



**Prometida
por contrato**

SIERRA ROSE

Prometida por contrato

Sierra Rose

Traducido por Lola Fortuna

“Prometida por contrato”

Escrito por Sierra Rose

Copyright © 2017 Sierra Rose

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Lola Fortuna

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Prometida | por | contrato | Libro 1 | Sierra Rose](#)

[Visita a Sierra Rose en: \[www.authorsierrarose.com\]\(http://www.authorsierrarose.com\)](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Continuará... | Si te ha gustado esta historia y quieres que siga escribiendo, por favor déjame un comentario. Muchísimas gracias. Una línea es más que suficiente. Gracias. No te imaginas cuánto aprecio vuestros comentarios. | Visita a Sierra Rose en: \[www.authorsierrarose.com\]\(http://www.authorsierrarose.com\)](#)

**Prometida
por
contrato**

Libro 1

Sierra Rose

Visita a Sierra Rose en: www.authorsierrarose.com



Capítulo 1

La habitación era un desastre. Había refresco en las paredes y pizza en el techo. Una botella de vino vacía sobre la cama. Iba a tardar siglos en limpiar una habitación en ese estado, lo cual dificultaba mantener el horario. ¡Por no hablar del factor asco!

Esa era la vida de una chica de la limpieza...

Desde luego no era la profesión con más glamour del mundo. Bella James estaba hablando otra vez consigo misma. Era más como un bisbiseo, dejando salir alguna que otra palabra escogida. A veces había que decir las cosas cuando no había nadie alrededor. Por ejemplo:

–¿Cómo llega un condón al aspa de un ventilador en el techo? ¿Es que se pusieron a dar botes, todos entusiasmados cuando terminaron? ¿Ella lo lanzó allí con asco o qué?

Se quejó mientras usaba los guantes desechables para recoger el ofensivo artículo que había salido volando del aspa cuando encendió la luz.

Hacía año y medio que trabajaba limpiando en el Golden Oaks Motel de la interestatal. El dinero no estaba mal, tomando en cuenta que le pagaban cuarenta horas a la semana sin importar cuántas horas trabajara en realidad. Al principio no le convenía porque echaba cincuenta horas o más para acabar con todas las habitaciones y de todas formas le pagaban cuarenta, ni una más. Pero ahora había menos clientes y eso le dejaba tiempo para dedicárselo a sus clases nocturnas y para hacer un par de turnos de cajera en una tienda de veinticuatro horas, con lo que se podía permitir algunos lujos, como comprar dentífrico y desodorante.

Bella ya había logrado terminar dos semestres en la facultad de empresariales tan solo con las clases nocturnas. No pensaba limpiar habitaciones de hotel para siempre. Era solo una fase, hasta que su vida de verdad empezara. Terminó de limpiar la habitación, echó un poco de ambientador y puso un rollo nuevo de papel en el baño.

Acabó de lavar la bañera.

¡Sí, señor!

No había nada como una bañera reluciente. El trabajo la animaba a ser perfeccionista.

Tardaba unos seis minutos en quitar las sábanas sucias, echarlas en el carrito y hacer la cama con sábanas limpias.

A ver, el sitio no destacaba por su calidad. Era para camioneros cansados o para rolletes ilícitos. No era un grupo demográfico que buscara hoteles de cuatro estrellas. Bella llevaba anotados todos sus métodos y mejoras de eficiencia. Algún día podría incorporar estrategias similares a una profesión en la que no tuviera que tirar los condones usados de la gente. Esa sí que era una aspiración profesional.

Cuando acabó con la habitación sonrió. Había convertido un cuarto asqueroso en un precioso paraíso. Había quedado gloriosamente reluciente.

Limpio las tres habitaciones que le quedaban aquel día y fue a la oficina a pasar la tarjeta de salida. Echaría un vistazo por si había más caramelos Dum-Dum en el cuenco de la recepción. A Bella le encantaban los caramelos Dum-Dum de sandía después de haberse lavado las manos como Lady Macbeth, unas treinta veces después del incidente del ventilador en el techo.

Ahí estaba el encargado. Bryan solía estar en el videocasino que había del otro lado del aparcamiento, pero hoy estaba aquí. Lo saludó con un movimiento de cabeza, deseando que alguien lo llamara por teléfono para que la dejara en paz. Era el típico pringado, como suelen ser los encargados de bajo nivel; al menos por la experiencia que ella tenía. En plan, *ay, que tú eres una subordinada. Espera que te dejo alucinada con mi colonia de los chinos; me voy a lamer los labios de tal forma que prefieras lanzarte a la máquina de un aserradero antes que permanecer en mi despacho.*

–Bella, espera –dijo.

El muy asqueroso ya se había restregado contra ella y le había tocado el culo demasiadas veces como para fiarse de él. Bella se quedó junto al mostrador, con la mano disimuladamente cerca de la campanita de llamada. Así, si lo necesitaba, podía llamar al sustituto de fin de semana de Mavis, que estaba en la sala de descanso.

–Sí, señor Donner –dijo.

Él frunció el ceño.

–Me temo que tengo malas noticias.

–¿Qué pasa?

–Mi padre ha vendido el Golden Oaks. Cerramos dentro de una semana.

Bella se quedó con la boca abierta.

–¿Qué?

–Van a convertir este espacio en un lugar de parada para camioneros, con duchas, cafetería y entretenimiento para adultos en dos escenarios –dijo con bastante más entusiasmo del que a ella le habría gustado escuchar.

–¿Eso significa que nos quedamos todos sin trabajo?

–La mayoría, sí. ¿Yo? He echado una solicitud para ser el encargado de las chicas en el nuevo negocio.

–Ah. Pues que tengas suerte. ¿Qué compensación nos van a dar? Ya que no nos han avisado ni con dos semanas de antelación.

–Te van a subir el sueldo para los días que quedan. Luego te desearemos lo mejor para el futuro –dijo, complacido con su propia frase. Se metió las manos en los bolsillos–. Salvo que sepas bailar. Vamos a coger bailarinas de fuera de la ciudad, pero puedes enseñarme lo que sabes hacer; te aseguro que podrías ser la bailarina estrella con ese cuerpo.

–No, pero gracias de todas formas –dijo ella sin más, sabiendo que necesitaba la paga de la próxima semana bastante más de lo que necesitaba darle una bofetada al muy capullo.

–Si cambias de opinión llámame, preciosa.

–Claro –dijo ella, saliendo rápidamente por la puerta.

¡Mierda!

¡Esto no era nada bueno! ¿Qué iba a hacer con tan poco tiempo de aviso? Sabía que entrar en pánico no le iba a servir. Patearía las calles hasta encontrar otro trabajo.

Así que su principal fuente de ingresos se acababa en unos cinco días hábiles. No había vacantes en la tienda de veinticuatro horas, salvo para jornada parcial, y necesitaba el dinero de jornada completa para sobrevivir y para pagar la universidad. Se había prometido a sí misma que no abandonaría las clases solo porque anduviera corta de dinero.

Bella no podía renunciar a su título por nada del mundo. Ser licenciada era su sueño. Pasara lo que pasara no iba a dejar de lado sus aspiraciones. Ni hablar de tirar la toalla. Si acaso, tenía ganas de luchar con más fuerzas. Porque de una u otra manera iba a conseguir su título universitario.

Cogería más trabajos de tiempo parcial. Donaría plasma por cincuenta pavos. No estaba dispuesta a vivir así el resto de sus días, tenía que luchar para encontrar una salida. Con el diploma de bachillerato no se llegaba lejos. Su padre, borracho y con un problema con el juego, no había sido precisamente ahorrador para darle una formación universitaria a sus hijas y una mejor vida.

Así que estaba en sus manos y en las de su hermana Madison trabajar duro y buscarse la vida. Se dijo que era algo noble. La obligaba a ser tenaz. De todas formas le habría gustado que algo hubiese sido fácil por una vez. Que la vida pudiera funcionar sin tener que pensar en la nobleza y la tenacidad para olvidar los fideos y los perritos calientes de marca blanca. Estaba convencida de que esas salchichas las hacían con uñas de cerdo. Aunque los cerdos tenían pezuñas, así que probablemente fueran de pezuñas y morros. Hizo una mueca. Podía con ello. Tan solo tenía que buscar trabajo por internet. Central Arkansas no era el paraíso de las oportunidades, así que si tenía que irse a otro sitio a trabajar no iba a importarle demasiado.

Llamó a su hermana Madison.

–Me acaban de echar –dijo Bella.

–¿Qué? Al final lo has hecho, ¿no? Le has dado una bofetada al perverso de tu jefe. Chica, ¡qué orgullosa estoy de ti!

–Ojalá. No, han vendido el hotel. Ahora tengo que buscar otro trabajo.

–No te agobies. Siempre caemos de pie. Y toda esta adversidad en nuestras vidas, bueno, nos hace fuertes. La búsqueda de nuestros sueños puede llevarnos por caminos inesperados, pero no podemos darnos por vencidas. Las cosas buenas llevan su tiempo.

–Lo sé. Soy demasiado cabezota para dejar que esto me pare.

–Por eso te quiero. Hace falta valor para cada paso que se da hacia adelante. Tú tienes agallas.

–Sí, pero voy a tardar siglos en acabar la carrera.

–Los sueños no tienen fecha de caducidad.

–Lo sé, hermanita. Gracias por los ánimos. Te llamo más tarde, cuando llegue a casa. ¿Vale?

–Vale. Y recuerda que nada que valga la pena llega fácilmente. Así que no te rindas.

–No lo haré. Ni hoy. Ni mañana. Ni nunca.

–Esa es mi chica. Hasta luego.

–Hasta luego.

Bella colgó y pensó en el problema que tenía entre manos. Pasara lo que pasara, iba a triunfar por encima del caos.

Capítulo 2

Volvió al apartamento que compartía con otras dos chicas y empezó a buscar trabajo. Las posibilidades a nivel local eran muy reducidas, ya que ni sabía cómo se manejaba una pala excavadora ni tenía titulación como esteticista. No daba el perfil para los cuatrocientos que pagaban por someterse a pruebas de medicamentos contra el estreñimiento y el sueldo como lavaplatos o lavacoches era demasiado bajo. Hizo una búsqueda rápida por Google para ver si podía aprender cómo instalar suelos de madera viendo vídeos en YouTube, pero resultó ser bastante complicado. De lo contrario se habría presentado a la selección para “instalador de suelos de madera con experiencia” y habría ganado doce pavos la hora. Decidió que debería haber hecho un FP de mecánica y amplió el radio geográfico de búsqueda de trabajo.

La nueva búsqueda le ofrecía trabajo como vientre de alquiler o como taxista (no quería ni alquilar su útero ni tenía coche propio), pero también apareció algo que ofrecía un sueldo bastante bajo, se llamaba especialista de control de inventario. Quizás se tratara de contar barritas de chocolate, los Milky Ways y los Slim Jims que se ponen junto a las cajas en los supermercados. Contarlos cada noche para ver si alguien ha robado. Algunos de los anuncios que decían ser la oportunidad para hacerse rico obviamente ocultaban algo oscuro detrás. Pero había otros que podía sopesar. Por ejemplo el de asistenta interna. Lo leyó unas seis veces, intentando encontrarle el truco. Luego llamó a su hermana Madison para pedir su opinión.

–Hola, estoy haciendo ensaladas. ¿Qué pasa?

–¿Por qué estás haciendo ensaladas? ¿Creía que eras *sous chef*?

–Exacto y ese es mi trabajo. *Sous* es la palabra francesa que indica que eres el que pringa y se lleva el peor sueldo. A veces me enseñan cómo pasar una lubina a la plancha, otras me ponen a hacer crostones.

–Cuando acabes la escuela de cocina todo será distinto, ya lo verás. Quería que me dieras tu opinión de una cosa.

–Bueno, primero tendré que matricularme en la escuela de cocina cuando pueda pagarla.

–Claro. Oye, ya sabes que el motel va a cerrar y tengo que buscarme la vida. Estaba mirando por internet...

–Espera. No, ni se te ocurra salir con chicos que conozcas por internet. Acabarás saliendo en el telediario como “cadáver de chica no identificada”.

–No estaba buscando contactos sino trabajo.

–Ah, vale. ¿Y qué has encontrado? Puedes hacerte representante de Avon o camionera.

–También puedo trabajar como mecánica.

–No tienes ni idea de mecánica.

–Ya. La cuestión es que no tengo por qué quedarme en Arkansas. Tú te mudaste a Tulsa, puedo acabar mis estudios en cualquier sitio. Así que estoy mirando por la zona oeste. Y he encontrado un anuncio de doncella.

–¿Doncella? Será asistenta, ¿no?

–No, es doncella y hay que vivir en el conjunto residencial.

–¿Conjunto residencial o burdel? A ver si va a ser uno de esos tíos ricos que tienen un sótano con instrumentos raros o algo así.

–Te encantó aquella peli, ¿eh? Bueno, ofrecen casa, comida y sueldo y yo sé limpiar. Con lo que paga no me importaría incluso limpiar ventanas y pulir la cubertería de plata.

–Léeme el anuncio.

–¿Tienes tiempo ahora? –preguntó Bella.

–Sí, tú lee. No necesito toda mi concentración para echar queso rallado.

–Vale. Pone “se busca doncella interna para un chalet en Phoenix. Limpieza y cuidado de ropa bajo la supervisión del mayordomo. Cuarenta y ocho mil dólares al año más alojamiento y comida”.

–Caray, yo le limpiaría el chalet por esa pasta. Debe ser un timo. Lo mismo es un tío que quiere perseguirte por el jardín con un uniforme de gobernanta.

–He investigado y no es un timo. El anuncio lo ha puesto una mujer que trabaja en una ONG. Busqué la ONG por Google y he visto que es para la protección infantil. También he visto fotos de la mujer. Así que el anuncio es real.

–Bueno, no creo que una mujer así trabaje para un viejo pirado.

–Yo tampoco creo.

–Si lo has mirado bien ve a por ello.

–No he encontrado mucho sobre el dueño de la mansión porque en el anuncio no aparece su nombre.

–Ten cuidado.

–Siempre lo tengo.

–Piensa que si el trabajo no sale bien tienes que coger un avión para volver y los billetes de avión son caros.

–Hay otro trabajo de limpieza en la misma zona. Voy a llamar primero a ese.

–Vale –dijo Madison–. Ya me vas contando.

Bella colgó y escribió para el trabajo en Bentonville. Casi en seguida recibió una llamada.

–¿Señorita James? –Era una voz de hombre.

–Sí. Acabo de llamar por el puesto de asistenta. ¿Podría informarme sobre el trabajo y los horarios?

–Necesito alguien que limpie y cocine. Es un chalet de tres dormitorios y tiene un sótano bastante grande.

–¿De cuántas personas se compone la familia?

–Una. Solo yo.

–Vale. ¿Y qué querría que cocine?

–Me gusta la pasta. Usted también puede comer, aunque no en la mesa.

–Vale, se refiere a que coma en la mesa de la cocina. Y usted comerá en el salón.

–No. Prefiero que usted coma en la cocina pero en el suelo, en el plato del gato.

–¿Cómo?

–Tiene que llevar uniforme. Es decir, quiero que se ponga un disfraz de gato negro con cola.

–¿Me está tomando el pelo?

–¿Sabe ronronear? ¿O bufar? Tendrá que aprender.

–¿Cómo se llama? –preguntó Bella.

–Bruce Wayne. Pero puede llamarme Batman.

–Esto es una broma.

–No. ¿Cuáles son sus medidas? El traje de gato de vinilo que tengo es para mujeres de 90-60-90. En la etiqueta pone que es para mujeres de entre 1,70 y 1,80. ¿Le valdría?

–No. No me vale. Es lo más siniestro que he escuchado en mi vida y voy a denunciar su anuncio –dijo y colgó, bloqueando inmediatamente su número.

Bella se puso los zapatos y bajó a comprarse un sandwich en *Hog n Taters*, la cafetería de la esquina, también vería si necesitaban una ayudante. Quince minutos después tenía trabajo como lavaplatos. Empezaba inmediatamente. Se puso el delantal y los guantes y se dispuso a aprender cómo cargar y descargar el lavavajillas industrial.

–No hay lavavajillas. Hay que fregar a mano –dijo el encargado, señalando un fregadero doble que estaba hasta arriba de sartenes grasientas y platos sucios.

Arrugando la nariz, Bella se recordó que si podía recoger los preservativos usados de otros también podía fregar platos ajenos. No hay ningún trabajo que no pueda hacer, se dijo con firmeza, todo me lleva hacia mi objetivo.

Trabajó seis horas, intentando fregar las sartenes, los platos y los tenedores a buena velocidad para cubrir las necesidades de esa cocina en la que el movimiento no cesaba. Se empapó la ropa y la cara con el agua que se le venía encima al lavar las sartenes enormes. *Hog n Taters* tenía muchísimo movimiento, volvió a casa apestando a grasa y mezquite. Se duchó, pero tan solo consiguió salir oliendo a mezquite mojado. Luego se fue a la cama.

El despertador sonó temprano, tenía turno como cajera en una gasolinera. Vendió cigarrillos, recambios de ambientadores, varios paquetes de seis donuts por tres y cobró a la gente que echaba gasolina. Era aburrido y la música country a todo volumen que le gustaba a los clientes a ella la ponía de los nervios, pero necesitaba el dinero de aquellas horas.

En cuanto acabó su turno allí, se fue a *Hog n Taters* a fregar platos. Ideó un sistema para lavar de forma más eficiente. Usó un enorme recipiente de plástico para llenarlo de agua con jabón. Remojaba los utensilios por orden. Primero los platos, luego las sartenes, luego los cubiertos. Así evitaba tener que rebuscar en el agua sucia para encontrar los tenedores. Todo parecía más ordenado según su cerebro pro-eficiencia.

Seis horas después, le pagaron la semana. Había ganado treinta y seis dólares por doce horas fregando platos a mano. Se quedó sin palabras. Miró al encargado y le preguntó por qué no daban el salario mínimo. Él le dio la explicación rutinaria; pagaban menos porque se lo daban en efectivo y además, se trataba de un trabajo en el que también cuentan las propinas, por eso el sueldo base es más bajo.

–Nadie me ha dado propina. Y no he visto que me tomaran en cuenta a la hora de repartir el bote. Solo he estado despegando grasa de cerdo por tres dólares la hora. ¡Esto es ridículo! –dijo.

–Vale, ya no trabajas aquí. Devuelve el delantal –dijo el encargado–. No entiendo por qué es tan difícil conseguir un friegaplatos decente.

–Quizás porque usted es un capullo –dijo ella y salió hecha una furia.

Bella estaba desesperada, miró sus estados de cuenta, repasó las facturas que llegarían en las próximas semanas y pensó en un plan que no se basara en mentir sobre su capacidad para instalar suelos de madera. Los números no eran buenos. No eran tan malos como para que la desahuciaran, pero no eran buenos. Podía cubrir las facturas de un mes si nada se torcía. Si no perdía el abono de transportes ni necesitaba medicina para la alergia ni había ningún otro gasto inesperado que diera al traste con las reservas. La principal fuente de ingresos, el trabajo en el motel, se había acabado y solo le quedaba el trabajo de cajera, que no le daba mucho dinero. Miró los anuncios de trabajo online, encontrándose una y otra vez con el de doncella interna en Phoenix.

Estaba preparada para marcharse de Arkansas y ese motivo podía ser tan válido como cualquier otro. Bella se veía viviendo en un lugar con mejor clima, en una mansión que seguramente sería preciosa, limpiando. Sabía limpiar y sabía cómo presentarse a una entrevista de trabajo. Aunque no tenía titulación, a pesar de su historial en trabajos de baja calaña, sabía que limpiaba rápido y que probablemente cabía en el disfraz de gata de vinilo, porque las medidas que mencionó el loco eran similares a las suyas.

Arrugó la frente.

Por favor, que el trabajo de doncella no sea como el de gata.

Respondió al anuncio y se quedó mirando a su móvil, esperando una llamada. Se sintió mejor al ver que en este caso el hombre, a diferencia del friki al que le gusta disfrazarse de Batman, estaba demasiado ocupado para llamarla en seguida. Cuando llegó la llamada, venía de una mujer.

–Hola, soy Greta, de la oficina de Harvey Carlson. Has mandado una solicitud para el puesto de doncella, ¿correcto?

–Sí, así es. Hola, Greta. Soy Bella James. Agradezco que me tengas en consideración para el trabajo. Por lo que parece tengo justo el perfil que estáis buscando.

–Háblame de tu trabajo hasta ahora, Bella –dijo Greta.

–Bueno, trabajo desde que tenía dieciséis años y repartía comida a domicilio. Los dos últimos años he trabajado en el departamento de limpieza del Golden Oaks Motel. Mi experiencia en ese lugar ha sido muy buena, pero va a concluir porque el negocio ha sido vendido a un constructor que lo va a llevar en otra dirección distinta a la de la industria de la hostelería.

–Ya veo. ¿Lo van a convertir en un albergue para gente sin hogar? He oído que se ha hecho eso con mucho éxito en California.

–No, me temo que no. Va a ser un local de entretenimiento con tienda.

–¿Un club de strippers? –dijo Greta acertando.

–Sí, no quería decirlo –Bella se rio.

–Has sabido darle la vuelta muy bien. En fin, ya veo por qué tienes que buscar otro trabajo.

–Estoy segura de que mi actual jefe puede darme buenas referencias. Especialmente, ya que me ha ofrecido hacer una audición para bailarina principal. En su despacho. A solas.

–Al parecer es un verdadero príncipe. Si no estuviera comprometida le rogaría que me dieras su nombre –dijo Greta y Bella volvió a reír.

–¿El trabajo sería contigo? Por favor, dime que sí.

–No, yo solo soy la asistente de Harvey. Tú vivirías en su mansión, es espectacular. Deberías buscarla en Google. Ha salido en un montón de revistas de decoración. Tiene un ama de llaves que se hace cargo de las tres chicas de la limpieza, el cocinero, el jardinero y la gente de seguridad. Tú solo tendrías que hacerte responsable de la casa principal, la de juegos y las casas de invitados. No tendrías que acercarte ni a los establos ni al invernadero.

–¿De verdad todo eso es la casa de un solo hombre?

–Sí. Un chico. Ni siquiera tiene mujer ni hijos. Estuvo en la lista Forbes de los 30 millonarios de menos de 30 hace algunos años. Tuve que contratar gente solo para responder a los emails y cartas de las chicas guapas que querían casarse con él. Duró seis meses; se montó una locura entorno a él. No quiso conocer a ninguna. Estaba demasiado ocupado. Eso era cuando tenía el trabajo anterior. Cambia de empresa cada dos o tres años para arreglar problemas. Se marcha cuando el plan estable está en marcha. Ahora está en el Bellingford Finance Group.

–Y si estaba demasiado ocupado para atender a sus pretendientes, ¿encuentra tiempo para admirar todas sus casas, jardines y caballos?

–A veces. Viaja un poco, pero tiene su base en Phoenix. Así que andará por ahí para apreciar tu limpieza. Te prometo que no es de los que acosa al personal ni nada parecido. No tendrás que preocuparte porque te vaya a poner contra la pared cuando estés quitándole el polvo a los cuadros.

–Gracias. Sería un cambio agradable respecto a Don Pásate-por-mi-despacho-del-motel. Te mando una copia de mi CV si quieres y espero que me tengáis en cuenta.

–¿No te importa tener que mudarte?

–En absoluto. Hace tiempo que me apetece un cambio.

–¿Puedes hablarme un poco más de tu experiencia laboral?

–He limpiado retretes, quitado el polvo, movido muebles, cambiado sábanas y ordenado habitaciones. He cambiado toallas sucias, pasado la aspiradora, limpiado habitaciones, barrido, fregado, he dado cera y he pulido suelos, tanto a mano como con máquina. He incrementado los índices de eficiencia en un diez por ciento al dar prioridad a la organización del cambio de toallas y sábanas sucias, en el uso de la aspiradora y otro tipo de rutinas diarias. Trabajo bien sin supervisión. Me adapto rápidamente a nuevos conceptos y tengo una pasión por la multitarea y la organización. Tengo excelente don de gentes y de atención al cliente. Manejo perfectamente las medidas de seguridad en el trabajo del hogar.

–Me impresionas. Cuéntame más.

–Me gusta hacer las cosas a conciencia y trabajo duro. Me he dedicado a ofrecerle a los clientes del hotel un entorno cómodo y limpio. Comprendo la importancia de ofrecer un servicio de la máxima calidad y de mantener una actitud educada y profesional en todo momento.

–Te llamaré, Bella, me ha gustado hablar contigo –dijo Greta.

–Muchas gracias por esta maravillosa oportunidad.

Greta colgó y Bella soltó el aire. No sabía si le iban a dar el trabajo. Sonaba genial. Esperaba que se lo dieran, y no solo por el dinero. Estaba en un lugar maravilloso, el jefe estaba demasiado ocupado y era demasiado honesto como para acosar al personal, y de verdad Greta le parecía muy simpática.

Quizás pudieran hacerse amigas. Sería un nuevo inicio. Bella se había sentido sola desde que su hermana Madison se había ido a vivir fuera, ya que no tenía buenos amigos.

Capítulo 3

Cuando recibió un email a la mañana siguiente que decía que la habían contratado y que le mandarían el billete de avión por email en menos de una hora, Bella se volvió loca de felicidad y empezó a meter ropa a toda velocidad en una bolsa de lona. El vestido negro y los zapatos, algunos pijamas y los vaqueros, así como un par de camisetas de tirantes. Nunca había estado en el desierto de Phoenix, ni en ningún otro desierto y sería divertido explorarlo.

Phoenix estaba en la parte sur-centro de Arizona, a medio camino entre Tucson (al sur y Flagstaff (al norte). El área metropolitana se conoce como el Valle del Sol, debido a su localización en el Valle del Río de la Sal. Bella imaginó las preciosas vistas del pintoresco desierto de Phoenix y sus espectaculares montañas.

¡Me apetece muchísimo!

Guardó las cosas de baño y el maquillaje en una bolsa de plástico y luego consultó las regulaciones de la línea aérea sobre líquidos, porque también era la primera vez que volaba.

Llamó a Madison para contarle la noticia.

–Es fantástico, cariño. Llámame cuando llegues. Será mejor que el motel. Y no te preocupes, puede que solo sea un tipo mayor que te necesita para que le prepares las papillas y le des las pastillas de la tensión.

–No me han contratado ni como enfermera ni como cocinera. Voy a limpiar.

–Vale, tengo que dejarte. ¡Los crostones me esperan! Te quiero –dijo Madison y colgó.

Bella recibió su pase de abordar, el vuelo era en cinco horas. Llamó al Golden Oak y a la tienda de veinticuatro horas para avisar que no iba a ir y luego intentó decidir cómo iba a empaquetarlo todo para llevárselo a Phoenix. Bajó al supermercado para conseguir cajas de cartón. Metió sus libros en una, su ropa y recuerdos en otra y las cosas de cocina en una caja grande, junto a las fotos, los imanes del frigorífico, las toallas y las sábanas. El apartamento en el que vivía lo había alquilado amueblado, así que solo tenía que encontrar un sitio para guardar la caja grande. Llamó a Kelly, la simpática encargada de la tienda de veinticuatro horas. Kelly aceptó guardar la caja en el sótano unos meses, después Bella tenía que mandar dinero para que le enviara la caja a Phoenix, de lo contrario Kelly donaría el contenido a una ONG.

El aeropuerto era enorme y estaba lleno de gente. Bella consiguió llegar hasta su asiento en el avión, un asiento ancho de cuero con mucho espacio para las piernas y una pequeña pantalla de TV pegada al asiento de enfrente. Entusiasmada, miró por la ventanilla para admirar las nubes que se movían por debajo. Vio parte de una película de superhéroes, bebió refresco gratis y se comió las galletitas saladas.

Después de dormir un poco, se despertó cuando el avión estaba a punto de aterrizar. Bella recogió sus cajas de la cinta de equipajes (estaban ligeramente golpeadas y sucias), las montó en un carrito y salió hacia la zona de taxis para que la llevaran hasta la ciudad. Esperaba ver algo grandioso, pero las rejas de hierro forjado, la espectacular altura de la Montaña Camelback y la preciosa villa de estilo español la dejaron sin respiración. Con la boca abierta, hizo una foto tipo

postal y se la mandó a su hermana en Tulsa para mostrarle aquel impresionante paisaje. Era increíble, especialmente para una chica criada en Arkansas.

Una mujer salió a recibirla y le dio instrucciones a un hombre para que llevara las cajas a la casa de invitados.

–Soy la señora Marks, ama de llaves del Conjunto Residencial Carlson, el lugar en el que te encuentras ahora mismo. Te haré un tour de la casa y del terreno cuando te hayas instalado. Encontrarás tu uniforme en el armario –dijo la mujer con sequedad, caminando delante de Bella para llevarla hasta su nuevo hogar.

La casa de invitados para el personal era un edificio grande al estilo de los ranchos, con acabado de stucco. Estaba detrás de la piscina, lo que significaba que Bella tenía que pasar delante de la enorme piscina de agua azul cristalina con su pared de rocas y su cascada. Bastaba con mirarla para sentirse refrescado en el asfixiante calor. Le dieron una llave con la que abrió la enorme puerta de madera que daba paso a una preciosa habitación de suelos de cerámica española. Había una cama de matrimonio con una colcha blanca impoluta, una ventana en forma de arco con contraventanas de madera que impedían el paso del calor del mediodía. Dejó su bolsa de lona en una silla y le dio las gracias a la señora Marks.

Un hombre joven le trajo sus cajas y luego la dejó a solas. Junto a la silla que había frente a la ventana se encontraba una lámpara de pie y una pequeña mesa, también había estanterías vacías que esperaban a sus libros y fotografías. Un televisor de pantalla plana colgaba de la pared situada frente a la cama. También había una cajonera. En el armario encontró un moderno uniforme que consistía en una túnica color verde oliva con remates negros y cuello blanco, así como unos pantalones negros de corte ajustado. Se lo puso con sus zapatillas de deporte y se lavó la cara, recogiendo después el pelo en una coleta.

Bella se presentó ante la señora Marks, quien revisó su aspecto asintiendo brevemente para mostrar su aprobación. La condujo hasta un armario de blancos en el almacén al que se accedía mediante una escalera de caracol de escalones recubiertos con baldosas y de poca altura, alrededor se extendía un pasamanos de hierro forjado. La señora Marks llamó a unas puertas de madera con intrincados grabados y un hombre les permitió el acceso.

–Señor Carlson, le presento a nuestra última incorporación al servicio, la señorita Bella James. Señorita James, él es nuestro jefe, el eminente señor Carlson, a quien todos le debemos nuestro hogar y nuestra cómoda forma de vida. Al señor Carlson le gusta entrevistar personalmente a los empleados cuando llegan para decidir si son adecuados. Llame a la campana cuando haya terminado, señor, y le daré a la señorita un tour –dijo la señora Marks, haciendo una reverencia antes de retirarse.

Bella contuvo la respiración. Primero por el hombre, ya que no se le había ocurrido buscarlo en Google. Resultaba que era espectacularmente, arrolladoramente atractivo. Tan guapo que... La mente de Bella se quedó atascada sin poder pasar del “tan guapo que”. ¿Lo había dicho en voz alta? Él sonreía. El tío bueno sonreía, así que era posible que lo hubiese dicho en alto. ¿Debía hacerse la loca? ¿Fingir que había olvidado tomar su medicación? No podía dejar de mirarlo. Pelo rubio oscuro, unos ojos azules demasiado intensos, hombros anchos y piel bronceada. Llevaba un traje de diseñador y corbata. Estaba sentado frente a un escritorio más grande que el apartamento que ella había tenido en Arkansas, había tres monitores de ordenador detrás de él y todo tipo de objetos electrónicos y papeles por todas partes. Realmente intimidaba pensar que este fuera su despacho de casa. Ella estaba acostumbrada a que un despacho se compusiera de un ordenador Dell, una

impresora y quizás un fax. Aquello en cambio era como un centro de mando ultra secreto de alguna película.

Lamentó enormemente no haberse puesto delineador, además aquella túnica tan suelta no le favorecía en absoluto. Sintió el aguijonazo característico de la atracción y el calor se apoderó de su cara. Luego se mordió a posta la lengua, ya que se trataba de su jefe. Un CEO multimillonario; a ella la habían contratado para que le lavara el w.c. No era un candidato. No se trataba de un tío que pudiese invitarle una cerveza en el bar. Se recordó a sí misma que el trabajo podía ser sencillo, pero aquel hombre estaba fuera de su alcance. Por no mencionar que no era ético flirtear o acostarse con el jefe. No. Tenía que acabar la carrera y sus ambiciones no se verían truncadas por una cara bonita. Tan bonita. Tan bonita que hacía que se le fuera la cabeza.

–Encantado de conocerla, señorita James.

–Gracias. Me alegro de estar aquí. Acabo de llegar de Arkansas.

–Ah, ¿y qué hacía usted allí?

–Me dedicaba a limpiar, trabajaba en un motel. Para poder vivir mientras estudio empresariales. Desafortunadamente el motel va a cerrar, así que tuve que buscarme otro trabajo. Su asistente Greta tuvo la amabilidad de hablar conmigo para este puesto.

–Ya veo. ¿Le gusta su alojamiento?

–Sí, gracias. Es precioso. Yo... Usted no necesita papillas, ¿verdad?

–¿Perdone?

–Nada, es tan solo que... nada. Imaginaba que tendría que trabajar para alguien más mayor que necesitase medicación y tomar cosas como Metamucil y eso. Lo siento. Lamento haberlo dicho.

–Está claro que no es como lo imaginaba. Aquí tiene su móvil. Llévelo con usted siempre. En sus días libres puede usarlo como teléfono personal. Tenemos un paquete de datos para el personal, así que puede navegar libremente. Solo tiene que preocuparse de llevarlo siempre con usted y de que siempre esté cargado.

–¿Por qué? –dijo ella arqueando una ceja.

–Por si hubiese alguna emergencia.

–¿Emergencia de limpieza? ¿Por ejemplo si se le derrama algo y necesita que venga a limpiarlo? –bromeó.

–Puede que necesite Metamucil, nunca se sabe –dijo él con una sonrisa devastadora.

Ay, madre. Era tan guapo. ¡Tan guapo! El cerebro de Bella estaba en cortocircuito, por eso se le aturullaban las palabras. ¿Por qué no se trataba de un hombre viejo y feo?

–Llevaré el móvil en el bolsillo. Lo llevaré siempre, salvo cuando me esté duchando.

Harvey Carlson la miró de arriba abajo apreciando lo que veía y ella se sonrojó.

–No, no tiene que llevarlo cuando se duche.

–Estoy deseando trabajar con usted. Para usted, quiero decir. Limpiar su suelo... No lo estoy haciendo muy bien, ¿verdad? Suelo pensar que hablo bastante bien, pero supongo que me siento un poco intimidada. No estoy acostumbrada a esto –Bella señaló a su alrededor para referirse a la riqueza, a la opulencia.

–Estoy seguro de que se adaptará bien. ¿Ha dicho que estaba estudiando empresariales? Yo estudié en Wharton.

–Yo iba a clases en la universidad estatal. Estoy en el tercer semestre.

–Digno de admirar, ambicioso también. ¿Qué le gustaría hacer en el futuro?

–Algo relacionado con marketing o con publicidad quizás. Aunque mi tutor me aconseja que me dedique a la logística, soy experta en resolver problemas. Era la experta de eficiencia en el motel –

sonrió al recordarlo.

–Ya me lo contará algún día, señorita James.

–Bella –dijo ella, sugiriendo que la tuteara.

–Un nombre muy bonito.

–Gracias. Su casa y la piscina son muy bonitas –dijo cambiando de tema, aunque resultara algo obvio.

–Gracias, disfrútalo. Hay una piscina para el personal detrás de la casa en la que te alojas. Espero que la aproveches. También hay gimnasio en el sótano, puedes usarlo. Pienso que si el personal está sano se mantiene más centrado y con más energía.

–Excelente. He leído sobre cómo pequeños gestos como usar escritorios para trabajar de pie o sentarse en pelotas de yoga aumenta la productividad, así que el fitness seguramente también la incrementa, señor Carlson.

–Esa es la idea. Me impresionas –dijo–. Puedes llamarme Harvey, tutéame, todo el mundo lo hace.

–¿Y la señora Marks? Hizo una reverencia.

–Es de la vieja escuela. Me cuesta que no cante “Dios salve al rey” cada vez que entro en una habitación –bromeó entre risas.

–¿Debería tararear “Saludos al gran jefe” para que ella se sienta más a gusto? –añadió Bella.

–Sí, de hecho puede que esa sea el tipo de emergencia que pueda llevarme a llamarte al móvil. Necesito que alguien en la casa principal tararee con ironía. Es tan difícil encontrar un buen cantante irónico estos días. Todo el mundo es tremendamente serio.

–Es culpa de los hipsters. El verano pasado salí con un chico que no hacía más que hablar de su nueva banda sonora de Hamilton. En vinilo. Lo más hipster que he oído en mi vida. Apuesto a que lo escucha en un fonógrafo de esos a los que hay que darles cuerda, así su amadísima plantación de tomates ecológicos crece mejor.

–Guau. Creía que se trataba tan solo de barbas y pantalones de pitillo.

–No, hay mucho más y es muy pretencioso. Y eso que hablamos del Medio Oeste, así que no quiero ni imaginar lo que será en las grandes ciudades y en la costa.

–No me muevo en esos círculos, pero es evidente que estamos ante una epidemia. Espera, ¿tú no tejerás la tela para confeccionar tu ropa, no?

–No. Bueno, me hice una rueca con palés viejos y la usé para convertir en hilo la cosecha de la plantación de lino que tenía en el tejado, luego lo intercambié en una cooperativa por quinoa y leche de avena integral... –Bella se echó a reír.

–Eso ha sido surrealista.

–Gracias. Me lo acabo de inventar. No sé tejer. No digo “cool” ni hablo de la cerveza ecológica como si fuera una religión.

–Recuérdame que no busque novia en Arkansas. No sobreviviría.

–Te harían bulling. No tienes barba abundante ni hablas como un paleta desempleado.

–Gracias. Tomé clases especiales de comunicación en Wharton para evitar hablar como un paleta.

–Ya. Me alegro de haberte conocido, Harvey. Eres bastante más sencillo de lo que esperaba.

–Gracias. Y más joven también, al parecer. Si tengo alguna emergencia de Metamucil sé a quién llamar.

–Sí. Yo podría encargarme de eso –dijo Bella cortada.

–Espero que te guste trabajar aquí. Nos alegramos de tenerte en el conjunto residencial.

–Eso suena a la familia Kennedy.

–No quería llamarlo propiedad, ni mansión ni nada tan pijo. No se trata de una casona antigua.

Tan solo de unos cuantos edificios residenciales juntos que están bajo el mismo sistema de seguridad. Eso es el conjunto residencial –Se encogió de hombros como si fuera algo de lo más normal. Ella le sonrió una vez más; su mirada se detuvo en la atractiva cara del jefe antes de abandonar la habitación.

Bella tenía un problema muy serio. Se había quedado colgada de su jefe.

Capítulo 4

Harvey Carlson no podía permitirse ninguna distracción. Que la nueva trabajadora fuera tan mona era un problema menor. Pero desde luego no podía ignorarlo. Lo que sí era un gran problema era la personalidad tan adorable que tenía. Se ofreció a prepararle el Metamucil. Hablaba deprisa cuando estaba nerviosa. Había hecho bromas afiladas acerca de los hipsters. En pocas palabras, la chica era un desastre. A él le gustaba que su personal fuera competente, que estuviera sano y que no se entrometiera. Les ofrecía todas las comodidades para que pudieran desempeñar a la perfección todo lo que él requería sin llamar la atención. Y entonces había llegado Bella James, que llamaba tanto su atención como una luz fosforescente.

Se le había acelerado el pulso. Había dejado sobre la mesa la pluma que estaba usando. De hecho, había dejado todo lo que estaba haciendo para limitarse a hablar con ella y flirtear un poco. Su mente no había estado pendiente ni de los negocios ni de cómo deshacerse de ella cuanto antes para que no le cortara el ritmo de trabajo. Le había prestado atención, toda su atención. El mundo corporativo requería de la atención plena de Harvey Carlson.

Había muchísimos ejecutivos en apuros y no tan en apuros que habrían pagado miles de dólares por obtener los diez minutos de atención que él había derramado sobre una sencilla empleada que le divertía. Había sido una tremenda pérdida de tiempo; se aseguraría de que la mandaran a trabajar al extremo más alejado de donde él vivía y tenía su espacio de trabajo. Podía decirle a Marks que le molestaba la voz de la chica o cualquier cosa superficial por el estilo. Pero el ama de llaves era capaz de despedir a la chica o de hacerla trabajar con un bozal, con la boca tapada con cinta adhesiva o cualquier solución extrema similar.

No, era mejor que dijera que no quería al personal cerca de su oficina salvo que los hiciera llamar. Así la zona estaría libre mientras él estuviese trabajando. Era tan sencillo como mantener a la chica que lo distraía fuera de vista. Ojos que no ven, corazón que no siente, tan sencillo como eso. Harvey se alegró de haber solucionado ese tema de manera tan eficiente. Le mandó un mensaje a la señora Marks dándole instrucciones para su absoluta paz y silencio mientras estuviese en el despacho.

Ahora Harvey podría concentrarse en los retos importantes, esos que pesaban más que la atracción adolescente que sentía hacia la guapa empleada. Por ejemplo el hecho de que su madre volviera a Estados Unidos dentro de un mes, después de viajar un año por Europa, eso sí que era un problema. Le pediría que se casara con alguna chica de la realeza inmediatamente o que evitara cualquier tipo de relación romántica para no acabar como su padre.

Al morir, el padre de Harvey estaba casado con su quinta mujer, una camarera de veintinueve años que se convirtió en heredera, habiendo vivido con su marido rico tan solo ocho meses. Se presentó al funeral con un vestido rojo con escote palabra de honor, aunque siempre había hecho que su padre pareciera ridículo, se pusiera lo que se pusiera. Lo peor que podía hacer era morir como su padre o lo contrario, morir sin haber tenido un heredero. Harvey había tenido que escuchar los mismos argumentos contradictorios de su madre durante diez años y el tiempo que ella pasó en Italia fue para él un año de descanso de su charla constante.

Tenía que tramitar los permisos para la adquisición de la planta de Jakarta y hablar con el departamento jurídico sobre la carga que supondría su reestructuración. También tenía que dejar de pensar en Bella y en si iba a usar la piscina de empleados o no. Había hecho instalar esa piscina dos años atrás y había resultado una buena inversión, tanto a nivel de fitness como de motivación. Él solo había estado allí el día de la inauguración, cuando hicieron una comida al aire libre para celebrar.

Les daba privacidad a sus empleados. No le gustaba que se quedaran mirándolo mientras hacía largos en la piscina de la casa principal, así que la razón decía que ellos también preferirían que su jefe los dejase nadar en paz. Le parecía de mala educación presentarse por allí para preguntar si disfrutaban de la natación o si notaban algún beneficio. Aunque quizás debiese pasar más tiempo estableciendo una buena relación con sus empleados. Solía organizar comidas de empresa con los distintos departamentos una vez a la semana. Esta vez se había ido con el personal de contabilidad al nuevo restaurante argentino. Era razonable socializar también un poco con el personal doméstico. Establecer una relación de lealtad y respeto mutuo, esas cosas.

Harvey decidió que cuando llamara al departamento jurídico y hubiese arreglado lo de los permisos de Jakarta se daría una vuelta por la piscina de empleados para ver si la aprovechaban. Seguramente la chica habría tiempo de terminar el tour. No es que estuviese calculando las cosas para que su visita coincidiera con el momento en el que una chica de Arkansas que acaba de llegar nadara por no poder resistirse. La presencia de ella no tenía nada que ver con el plan. Él solo quería establecer una relación positiva con sus empleados. Era tan solo una buena práctica comercial. Nada más.

Hizo las llamadas, revisó su email y salió a dar una vuelta por su propiedad. Era una buena ocasión para hablar con el jardinero sobre lo bien que estaban las plantas perennes y sobre los árboles más altos del ala este, que había que podar porque le tapaban la vista de la montaña Camelback en la ventana de su despacho.

Con las manos en los bolsillos, se dio cuenta rápidamente de que salir a dar un paseo no planificado con traje y corbata iba a resultar muy incómodo por el calor. Se quitó la chaqueta y se arremangó. Bien, pensó, un estilo arreglado pero casual. Harvey habló con el jardinero, señalándole las ramas que molestaban y luego paró en los establos para hablar con los cuidadores de los caballos y para saludar a Winnower, su purasangre.

Por último se dirigió hacia la casa del personal y saludó con un gesto de la cabeza a los dos guardias nocturnos que acababan de levantarse y salían a tomar café. Cerca de la piscina vio a uno de sus chefs, a uno de los cuidadores de caballos que había cogido tarde su pausa de comida y a la nueva chica de la limpieza con los pies en el agua. Llevaba un bañador de cuerpo completo de un aburrido color negro y no pudo evitar pensar lo guapa que estaría en uno de esos bikinis de Trina Turk que tanto le gustaban a las mujeres del círculo en el que se movía. Estaba acostumbrado a ver trajes de baño en cuerpos perfectos en su yate; las mujeres llevaban aquellas piezas de diseñador con collares y pendientes, con gafas de sol que quizás costaran más que el piso que la chica de Arkansas tenía.

Si Harvey estaba acostumbrado a observar la perfección, ¿por qué no podía arrancar los ojos de aquella chica? Aquella chica de la limpieza con sus chistes sobre hipsters y su experiencia limpiando en un motel, la que llevaba ropa de tiendas de descuento. No tenía carrera ni había participado en ningún programa de estudios en el extranjero, no tenía contactos de los que hablar. Y allí estaba él, uno de los ejecutivos más importantes del país, el hombre más rico del estado de Arizona, espiando a su empleada en la piscina. Superó la vergüenza y se acercó a saludar a Fabrice, el chef.

—¿Hay pato esta noche? —preguntó.

–Sí, señor. Con el glaseado de cerezas que a usted le gusta.

–Excelente. ¿Disfrutando de la piscina?

–Mucho. La piscina es un gran alivio en estos días de calor después de estar en la cocina.

–Bien, bien. ¿Y tú, Mariel? –le preguntó a la chica de las caballerizas.

–Refrescándome un poco antes de volver –dijo ella, zambulléndose en el agua.

–¿Te vas adaptando, Bella? –dijo, dirigiéndose finalmente a ella.

–Es genial. Me encanta la piscina. Ya me siento más productiva –sonrió.

–¿La señora Marks te ha hecho el gran tour?

–Sí. Sé dónde encontrar los productos de limpieza abrasivos, los cepillos para retretes y todas esas cosas buenas. Tu baño está en buenas manos conmigo.

–Es bueno saberlo. Y si encuentro una mancha de agua en el grifo ya sé a quién llamar.

–Las veinticuatro horas. Mi móvil está aquí en la toalla, junto a mí. Puedo salir corriendo del agua para atender tus necesidades –se sonrojó–. Bueno, no todas. Me refiero a las de limpieza. Si necesitas que... te... limpie algo –arrastró las palabras, claramente avergonzada.

Harvey tenía ganas de besarla. Se sentía locamente atraído hacia ella.

–Mis peticiones serán meramente profesionales, no te preocupes –dijo para tranquilizarla.

Ella asintió con gravedad.

–Sí, ya me dijo Greta que no eras ningún perverso. Se agradece. Y me disculpo por haber metido la pata con lo de tus necesidades. No estoy coqueteando. Es solo que estoy nerviosa y suelo decir cosas extrañas cuando lo estoy. Las suelto sin más.

–Por favor no te sientas nerviosa conmigo.

–Ya se ve que tú no tienes ese problema. Tienes mucho temple. Yo... Me gusta la piscina, muchas gracias por preguntar. Ya nos veremos cuando... bueno, supongo que no nos veremos. Si hago mi trabajo como debe ser, la señora Marks dijo que debía ser invisible. Nadie sabrá que estoy aquí. Todos debemos ser como gnomos.

–¿Gnomos?

–Los gnomos del zapatero. Los que entraban por las noches y hacían los perfectos zapatitos de hada... Supongo que no conoces ese cuento. Me hizo gracia lo que me dijo la señora Marks. Aunque me recuerda al cuento que leía de pequeña sobre los ayudantes gnomos que no permitían que nadie los viera. Esto es igual, en cierto sentido. Me escabullo para limpiar cuando no estás y luego tú lo encuentras todo limpio sin tener que pensar en quién lo ha hecho.

–Tienes una forma muy extraña de hablar, Bella.

–Lo de los elfos es de la señora Marks. Pero gracias. Quiero decir: lo siento. Me hago líos con los tíos buenos. No es que estés bueno. A ver, quiero decir, obviamente sí. Pero yo no pienso en ti como un tío bueno. Solo como mi jefe. Eso es todo. Aparte de eso no pienso pensar en ti para nada. Te lo juro –dijo, claramente agitada, con la cara rosa.

Él se echó a reír.

–Eres muy refrescante. Hay muy poca gente que se atreva a decirme lo que piensa. Supongo que son gajes del oficio. La gente siempre me dice lo que cree que quiero oír, nada más. Así que es interesante escuchar respuestas sin editar. Especialmente si piensas que estoy bueno.

–No es que yo piense que estás bueno, no es cuestión de opinión. Mariel, está bueno, ¿no?

–Supongo que sí. Sí –dijo la chica de las caballerizas secándose con la toalla–. Aunque no es mi tipo. Demasiado atractivo.

–¿Lo ves? –dijo Bella, como si así hubiese quedado demostrado–. No es una cuestión de preferencias o de atracción, eres guapo. Muy guapo –dijo casi suspirando–. Ay, no era mi intención

decir eso en voz alta, lo de “muy guapo”. Ha sido un accidente. ¿Ves lo que quiero decir?

–Creo que sí. Gracias por el cumplido. Te prometo que no me lo tomaré como algo personal.

–Gracias. Por hacer que esto no sea aún más vergonzoso. Si no te importa, voy a sumergir la cabeza y a tratar de olvidar que hemos hablado. Que pases muy buena tarde –dijo y se impulsó para entrar en la piscina. El agua cristalina se tragó todo su cuerpo. Él observó la mancha dorada que dibujaba su pelo, el tono oscuro del bañador mientras ella se impulsaba desde el fondo y nadaba a lo ancho de la piscina, sus piernas pálidas moviéndose como unas tijeras en el agua centelleante. Se había deshecho de él con soltura, como si ella fuera una directora de colegio y él un colegial recalcitrante. Para ser alguien que se ponía nerviosa ante la presencia de él, desde luego no le faltaba seguridad. De hecho ella había sido genial al mandarlo a paseo de aquella manera. Aquello lo electrificaba y no hacía nada por apagar la chispa de interés que había sentido con ella.

Capítulo 5

La primera semana de trabajo fue una locura. Bella le mandó por email a Greta los papeles de la seguridad social y empezó a trabajar. Después del encuentro en la piscina no había vuelto a ver al jefe. Se mantenía ocupada, aprendiendo lo que se esperaba de ella y los horarios de la casa; luego recibió su primera paga y estalló de alegría al ver que el dinero que ganara cada semana iba acompañado del seguro médico y dental de cobertura completa y del alojamiento y comida con piscina. El chef en persona servía las comidas del personal y cada noche había postres fabulosos. La señora Marks le contó que Fabrice había estudiado en Le Cordon Bleu y además había sido aprendiz en Stohrer, la famosa pastelería de París. Por supuesto, Bella nunca había estado en París, pero si en Francia hacían pastelillos como aquellos, no tardaría nada en pesar cien kilos si alguna vez visitaba la ciudad.

En su primera noche había un delicado bizcocho de capas esponjosas rellenas de crema de frambuesas. Luego llegó un postre de naranja con una ligera nata montada y pétalos de flores de adorno. Pero luego, el viernes, ay, la noche del viernes hubo una tarta de limón que estropeó todos los demás postres que Bella había tomado en su vida. Ella pensaba que los sundaes estaban buenos. Pero aquella tarta, dulce y a la vez ácida, de una ligereza imposible, hacía que el helado parecía serrín en comparación.

Se despertó en la noche, fantaseando con el sabor ligeramente ácido del glaseado cremoso. Era poco más de la una de la madrugada cuando retiró las mantas y se puso las chanclas para cruzar la propiedad y llegar hasta la cocina para ver si había quedado alguna rebanada de la cena. Abrió la puerta con cuidado para no hacer ruido. Llegó hasta el frigorífico y lo abrió. Cuando la luz se extendió por la cocina, ella emitió un ruido ahogado. Harvey estaba en la mesa, comiéndose un sándwich.

–¿Tú tampoco puedes dormir? –dijo, su voz mostraba diversión.

A ella se le había quedado atascado el corazón en la garganta.

–Buscaba tarta. No pensaba que iba a haber alguien aquí. Siento molestarte. Ya me voy.

–No, eres bienvenida. Ven a comer algo conmigo. ¿Qué tarta buscabas? –preguntó Harvey.

–La de limón. ¡No me digas que no la recuerdas!

–He salido esta noche. De todas formas casi nunca como cosas dulces. Me alegro de que te gustara. A Fabrice le encanta hacer postres y me temo que soy una pena de público para su talento. No me entusiasma el dulce.

–¡A mí sí! Esta tarta, oh, tienes que probarla. Quizás pienses que no te gustan las tartas, pero eso es porque no has probado esta –dijo, volviendo al frigorífico a coger la última rebanada. Un trozo de tarta blanca con relleno cremoso de limón, color amarillo claro. A ella se le hacía la boca agua con solo mirarla.

Bella la puso en la mesa e introdujo el tenedor en la suavidad del pastel, observando como el resto del bizcocho volvía a subir después de haberle arrancado el primer bocado. Le pasó el tenedor a Harvey.

–Toma, tú primero.

–Estoy bien, disfrútalo tú.

–Estarás aún mejor cuando te hingue el diente. Quiero decir, cuando se lo hiques a la tarta. Está buena, te gustará –dijo, maldiciéndose por tener que balbucear cada vez que estaba frente a él.

Harvey se inclinó y comió del tenedor que ella sostenía, dejando que le diera de comer. Ella observó su perfecta boca bajo la tenue luz, vio cómo capturaba el bocado de tarta y sintió que se le aflojaban las piernas. Quería dejarse caer en alguna silla o en la cama con Harvey encima. Sus mejillas se encendieron cuando se dio cuenta de que darle de comer aquel trozo de tarta a Harvey era lo más erótico que había visto en su vida.

–Mmm. Sí que está buena –dijo–. Gracias.

Agitada, Bella cortó un gran trozo y se lo metió en la boca sin pensar. Necesitaba tener la boca ocupada para no besarlo o morderlo o cualquier otra cosa estúpida que se le pudiese ocurrir.

Acabó el bocado y caminó hasta el fregadero para beber agua y poner un poco de distancia entre ellos. Aquella confusión, la atracción, era demasiado para Bella. No podía imaginar que él pudiera sentir algo por ella. Estaba segura de que él siempre causaba esa reacción en las mujeres. Bella, al ser joven y sin experiencia, probablemente era más susceptible a sus encantos que las mujeres sofisticadas.

–¿Cómo ha ido tu primera semana en el conjunto residencial? –preguntó él para darle conversación.

–Bien. He estado ocupada –dijo–. Y también he conocido al verdadero amor de mi vida, ¡esta tarta!

Rió y él le ofreció una sonrisa de medio lado.

–Fabrice se pondrá como loco cuando lo sepa. Es bastante vanidoso.

–Y tiene motivos para serlo. Esto es mucho más importante que una sinfonía. Poder hacer algo así... En fin, me haría cargo gustosa de la cadena de pastelerías con tal de asegurarme de que siempre tenga harina para hacer estas tartas.

–No las vende. Solo se puede acceder a ellas a través de mí –dijo.

–¿Así es como seduces a las chicas? ¿Les das a probar esta tarta y luego les dices que solo se puede acceder a ella a través de ti? –dijo Bella–. Apuesto a que funciona.

–Extrañamente, nunca he tenido que tentar a nadie con tarta para llevármela a la cama.

–Entiendo por qué, pero si tus encantos fallaran alguna vez, usa la tarta –le aconsejó.

–Me aseguraré de tenerla siempre por si acaso.

Él le lanzó una mirada llena de carga sexual, una de esas que solo un hombre seguro y con experiencia con las mujeres puede lanzar. ¿Cómo iba a poder vivir ella en un entorno tan lleno de deseo? La tensión sexual y la química entre ellos estaba a punto de explotar.

Bella se lamió los labios.

–El último trozo. ¿Lo quieres?

–Claro –dijo él y dejó que ella le diera en la boca el último bocado de la exquisita tarta de limón.

No sabía qué era, el escalofrío que la recorrió, el latigazo de atracción, casi de lujuria que sintió cuando volvió a darle de comer. A ella le habría gustado averiguar si se trataba de algo aislado o si él inspiraba siempre ese tipo de reacción. Desafortunadamente, él hacía que brotaran chispas por toda su piel. Su jefe, de entre toda la gente inalcanzable. Ni el chef ni el caballero, nadie con quien ella hubiese podido salir.

Bella llevó el plato al fregadero y lavó el tenedor. No quería dejar a Harvey en la cocina, no quería volver a la soledad de su habitación, aún no.

–¿Has tenido una buena semana?

–Pues sí. Superé todo el papeleo para comprar una fábrica en Indonesia con la que voy a expandir el negocio y mis acciones en bolsa subieron.

–Qué bien –dijo ella–. Y tu cena, ¿bien? La de anoche.

–Supongo. La comida estaba bien. Mi compañera estaba de mal humor.

–Oh.

–¿Qué pasa?

–Pensaba que era una cena de negocios, pero veo que era por placer.

–Sí, con una chica.

–Oh –dijo ella una vez más, intentando ocultar su tonta desilusión.

Desde luego que un hombre con su percha, que tenía un conjunto residencial y una fábrica en Indonesia salía con chicas. ¿Por qué había imaginado que no tendría pareja? ¿Iba a estar esperando a que apareciera una chica de la limpieza medio tartamuda de Arkansas con su diploma de secundaria y sus chanclas para limpiarle los lavabos? ¡Qué estúpida!

–Es una mujer con suerte –dijo Bella.

–No lo será por mucho tiempo si sigue poniéndome morros en la cena –dijo él–. Tengo muy poco tiempo libre y no me apetece pasarlo con mujeres veleidosas.

–¿Veleidosas?

–Inestables. Cambiantes. Rollazo, hablando en cristiano.

–Sí, conozco a gente así. A mucha gente así.

–Yo también. No parece que sea un problema de una sola zona del país. Están por todas partes.

–Lamento que tu novia sea un rollazo.

–Yo también, especialmente porque me lo he pasado mejor comiendo tarta con una de mis empleadas que degustando salmón con una heredera.

–Lo tomaré como un cumplido –dijo Bella. Sujetó con gracia los dos extremos de su camisón e hizo una reverencia. Se dio cuenta demasiado tarde de que su camisón ya le llegaba a los muslos en estado normal, así que al levantarlo enseñó demasiado. Avergonzada, dijo buenas noches y salió corriendo.

Capítulo 6

Harvey era un caballero y un profesional. Nunca se habría aprovechado de sus empleados. Nunca acosaría a nadie de la plantilla. Bella casi derribó su control de hierro al hacerle aquella reverencia y levantar inocentemente su camión hasta el límite de sus lisos y fuertes muslos. En el breve instante sin respiración que se abrió entre un latido y otro, había estado a punto de caer de rodillas frente a ella para rozar con la boca aquella carne suave. Pudo sentir el calor que salía del cuerpo de ella, tanto por la vergüenza como por la excitación sexual. Había sido como un tremendo cóctel de feromonas que había permanecido en el aire que había entre los dos.

Sabía que tenerla habría sido de lo más sencillo. Pero se contuvo, intentando ser respetable, actuar como una persona decente. Muchas de las mujeres que trabajaban para él le habían ofrecido darle lo que quisiera sin ningún reparo y él solía aceptar dichas ofertas. Pero había pasado página. Al menos lo intentaba. No se acostaría con ninguna de las empleadas bajo ninguna circunstancia. Ya había pasado por ahí y las cosas no habían acabado bien para él. Especialmente después de que un affair con una doncella terminara en desastre. Las heridas de aquella relación no habían dejado de sangrar. Su padre le había pagado a Jenny Harrison para que hiciera algo a sus espaldas que él jamás olvidaría. Aún ahora aquello lo atormentaba. Por mucho que intentara olvidarlo, sabía que las heridas nunca sanarían.

Disfrutaba saliendo con mujeres, era una distracción muy placentera. Apartaba su mente de todo el dolor que sentía, del resentimiento que tenía hacia sus padres y su hermano, del estrés del trabajo. Así que seguiría divirtiéndose y viviendo de manera despreocupada, pero marcaría el límite tanto con sus empleados de oficina como con los del hogar. Nada de salir con empleadas. Tenía que ceñirse a esa regla.

Y la había estado siguiendo, no había tenido ni que pensarlo. Hasta ahora. Hasta que aparecieron aquellos muslos pálidos y con pecas debajo de aquel camión y lo habían arrastrado a desearla. Se había quedado con ganas de probarla, de ofrecerle a aquel cuerpo tanto placer como él pudiera dar. Era una locura. Ella misma se había nombrado la chica de la limpieza de retretes y lavabos en su mansión de varios millones de dólares. Los únicos placeres que él podía darle de manera ética eran un buen seguro médico con cobertura dental y la piscina de empleados. Nada personal, nada íntimo.

En cuanto ella se marchó, él subió corriendo a la biblioteca y se sirvió una copa doble. Le temblaba la mano y vertió un poco de whisky en la alfombra. Soltó una palabrota, luego pensó que probablemente ella tendría que limpiarlo. ¿Debía llamarla? ¿Podía considerarse una emergencia de limpieza? Jugó con aquel pensamiento un momento. Bella iría corriendo, descalza y llevando tan solo el camión, lista para servir. Lista para limpiar el desastre que él había hecho por estar distraído pensando en lo que ella tenía entre sus suaves muslos y no poder ni servirse una copa de manera normal. Se lo habría contado de la forma más cruda posible, ella se sonrojaría y tartamudearía, luego daría algunos pasos hacia él, con inseguridad, pero atraída magnéticamente a estar más cerca.

Ella se agacharía para ver en qué punto de la alfombra turca se había desparramado el líquido ambarino, y él se pondría junto a ella en el suelo. La sorprendería besándola en la boca, poniéndole una mano en la jugosa curva de su trasero mientras buscaba el borde del camión.

En seguida ella se tumbaría de espaldas, deseando sentir sus caricias y él la escandalizaría, la haría gritar fuerte, lanzar un chillido hasta el techo mientras posaba su boca sobre la de ella, haciendo girar su lengua. Un latigazo de posesividad movió su sangre mientras pensaba en aquello. La sola idea de tumbarse sobre la nueva chica de la limpieza hacía que los pantalones le resultaran incómodamente estrechos y le temblaran las manos. La deseaba. Era obvio que ella lo deseaba a él. La única cuestión era si él se iba a permitir tenerla.

Una noche después, sus amigos vinieron a cenar en el jardín. Uno de ellos trajo a sus cuatro hijos, de cinco, seis, ocho y nueve años. Bella se había ofrecido a cuidarlos para que los chicos pudieran relajarse. Jugaba con ellos en el patio y él observó cómo se reía. Tenía una risa adorable. Supo que sería una madre excelente. Era dulce, paciente, comprensiva.

–Sería una niñera maravillosa si algún día le haces un bombo a alguna de tus conquistas –dijo Eric.

Harvey meneó la cabeza.

–Muy gracioso. Pero sí, sería una niñera excelente.

–No me llevo bien con la que tengo ahora. Bella sería perfecta. Mira lo bien que se lleva con mis hijos. ¡La adoran!

Harvey lo miró.

–Bella trabaja para mí, solo para mí.

–Podría robártela si le pago el doble.

Todos se echaron a reír.

–Voy a llevarles a ella y a los niños unas botellas de agua –dijo Mel.

Harvey le dio una palmada en el hombro.

–Ya lo hago yo. Tú eres mi invitado. Relájate y bebe, yo me encargo.

Caminó hasta Bella y ella le ofreció una amplia sonrisa.

–¿Quieres ayudarnos a atrapar luciérnagas? –preguntó uno de los niños.

Harvey sonrió.

–Me encantaría.

El niño señaló los frascos de cristal con tapas agujeradas para que los insectos pudieran respirar.

–Pero tenemos que dejarlas libres cuando terminemos.

–Atrapar luciérnagas es una actividad divertida para el verano. –Bella le dio un frasco.

Cuando sus dedos se rozaron, él sintió mariposas en el estómago y la electricidad recorrió su cuerpo. Los ojos de ambos se entrelazaron y ella le regaló una sonrisa radiante.

–¿Cuánto pueden vivir en un frasco? –preguntó Harvey.

–Uno o dos días –dijo Bella–. Pero los vamos a dejar libres esta noche.

Corrían por todas partes, intentando atrapar a los espectaculares insectos que iluminaban el cielo oscuro.

Los estridentes sonidos de los grillos perforaban el aire mientras los destellos de las luciérnagas flotaban en desorden alrededor de ellos; los niños no paraban de reír.

Flashes intermitentes brillaban alrededor. Había cientos de ellos por todas partes.

Harvey atrapó cuidadosamente a una luciérnaga que pasaba cerca de él.

–Mola ver el baile de las luciérnagas. ¿A que sí, Harvey? –preguntó el pequeño Eddie.

–Sí, lo estoy pasando de miedo –se echó a reír.

–Sí, es un espectáculo deslumbrante. Nadie ofrece mejor espectáculo que las luciérnagas –dijo Bella atrapando una.

Siguieron atrapando a los bichillos voladores. Harvey se reía y jugaba con los niños; todos hacían mucho escándalo. Él no recordaba haberse divertido tanto desde que era pequeño.

Eddie se tropezó y Bella lo atrapó, entonces cayó sobre Harvey. Los tres cayeron al suelo riendo.

–Eddie ha aterrizado en un lugar blandito –bromeó Bella.

–Lo siento –dijo el niño–. No quería caer sobre ti.

–No pasa nada. –Bella miró a Harvey–. Y yo no quería caer sobre ti. Lo siento.

Harvey se echó a reír y Bella sonrió mientras Eddie soltaba una carcajada. Los otros niños corrieron y se les echaron encima jugando. Harvey miró a Bella de reojo y observó su pelo dorado cubriéndole la cara. Ella se lo retiró de los ojos con una risa sofocada. Tenía unos ojos muy bonitos que brillaban bajo la luz de la luna cuando él la miraba.

Los niños empezaron una pelea de hierba. Había hierba volando por todas partes. Bella se agachó y se protegió detrás de Harvey. Ninguno de los dos podía parar de reír. Fue un momento relajado y, por un brevísimo instante, Harvey se preguntó si tener una familia era así. Era un sentimiento maravilloso.

Harvey le limpió a Bella algunos trozos de hierba de la cara. A ella le brillaban los ojos de felicidad. Era sencillamente adorable.

Él se levantó y cogió en brazos a los niños para hacerlos volar dibujando círculos. Bella se reía y él la miró a los ojos.

–¿Quieres volar tú también?

A ella se le iluminó a cara.

–No, no, no.

–¡Sí! –gritaron los niños.

–¡Estáis todos compinchados contra mí! –se quejó ella con una mueca.

–¡Atrápala! –gritaron los niños.

Bella echó a correr y todos la persiguieron con aire de juego. Cuando el padre de los niños los llamó para ofrecerles helado, estos desaparecieron.

Bella se dejó caer al suelo para recuperar el aliento y Harvey se tumbó junto a ella sobre la hierba.

–Se te dan muy bien los niños –dijo ella.

–Me encantan los niños.

–Ya lo veo. ¿Quieres tener hijos propios?

–No en este momento, pero algún día.

Ella giró la cabeza hacia él.

–Vas a ser muy buen padre.

Los labios de ambos estaban tan cerca que él supo que podía besarla, pero se contuvo.

–Tú vas a ser muy buena madre.

–Gracias.

Harvey la ayudó a levantarse y ella le ofreció una sonrisa encantadora y coqueta.

–Gracias, jefe.

Jefe. Exacto, es tu empleada, así que ¡pada ahora mismo!

Pero él no podía negar la increíble conexión que había entre los dos. Sus miradas se quedaron pegadas. Él notaba la atracción de ella. Se daba cuenta por la forma tan seductora en la que lo miraba. Ella lo deseaba sin duda alguna, tanto como él la deseaba a ella. Aquella mujer había logrado capturar por completo su atención. Le intrigaba su espectacular belleza y quería saber más de ella.

–Mira cómo brillan las estrellas –dijo ella.

Él levantó la mirada hacia las luces que centelleaban en el cielo nocturno.

Bella alzó los ojos para ver las estrellas.

–Me encanta ver las constelaciones. Mira –dijo señalando–, ahí está la Osa Menor.

–¿Dónde?

–Es como un carro con un tirador. Tres estrellas en línea. Cuatro que forman el carro, como un cuadrado irregular. Es como un cometa, la cuerda sería la parte para tirar del carro.

–Creo que ya lo veo.

–Algunos indios americanos veían la constelación de la Osa Menor simplemente como un oso. Las estrellas en la línea recta eran tres guerreros que perseguían al oso.

–¿De verdad? ¡Claro, ya lo veo!

Era increíble. Harvey acababa de distinguir su primera constelación sin tener que usar un telescopio.

–Y si podemos verla, significa que también vemos la Estrella Polar. Es una de las estrellas más brillantes que se pueden ver desde aquí. –Entrecerrando los ojos, Bella alzó la mirada–. La he encontrado. Mira, la Estrella Polar es la primera estrella que se ve en la línea que sale de la Osa Menor. La Osa Menor no es tan brillante como la Mayor. La línea que sale de ella se compone de tres estrellas que se unen con el rectángulo.

–La veo –dijo él–. Es más tenue, pero se ve.

Bella se alegró de ver la sonrisa de Harvey.

Ella era inteligente, guapa e interesante. Harvey podía pasar horas escuchándola hablar de estrellas. Lo había pasado mejor con ella esta noche que en muchas de las citas que había tenido en mucho tiempo.

–Harvey –Darrin lo llamó–. Venga, ¡hay helado!

No le importaba nada el helado. Lo único que le importaba era conocer a la maravillosa mujer que tenía junto a él.

Bella sonrió.

–Vamos. Nos llaman.

Harvey la siguió.

–Gracias por una noche maravillosa. Has hecho que me pare a disfrutar de algo que normalmente no disfruto.

–A veces estamos tan ocupados que nos olvidamos de las cosas maravillosas que tiene la vida. Pasamos horas marcándonos objetivos, planificando y trabajando como máquinas perfectamente engrasadas. ¿Cuándo fue la última vez que caminaste descalzo en la arena, que te fuiste de vacaciones o que echaste la siesta?

–Entiendo. Trabajo demasiado. Me estoy perdiendo muchas cosas. Pero tengo demasiados plazos de entrega. No puedo parar.

Ella sonrió.

–Sí que puedes. ¡Párate a disfrutar de las pequeñas cosas de la vida! La vida está para vivirla, para disfrutarla. Seguro que eres de esos que van a esquiar y mientras bajan por la montaña solo piensan en el trabajo.

Harvey sonrió.

–¿Qué te puedo decir? Soy un perfeccionista como mi padre.

–Como decía Confucio: “más vale ser un diamante con defecto que un canto rodado perfecto”.

–Tomo nota. Me has dado mucho en qué pensar.

–No se trata de que dejes de trabajar. Pero deja tiempo para ti mismo. Créeme, así serás mucho más feliz.

Eddie les llevó un cuenco de helado a cada uno. Mientras Bella se sentaba, Harvey permanecía pensativo. Ella tenía razón. Él no quería que la vida le pasara delante y tener que lamentarse en su lecho de muerte. Ninguna otra mujer le había hecho pensar en eso. Nunca había hecho cosas pequeñas, como atrapar luciérnagas en una cálida noche de verano. Sus citas solían consistir en cena en lugares caros, vino y algún espectáculo. Bella le ofrecía una perspectiva de vida totalmente distinta. Harvey veía a través de los ojos de ella lo mágica que podía llegar a ser la vida.

Capítulo 7

Bella se habituó a su nuevo trabajo en las siguientes semanas y se dio cuenta de que prácticamente no tenía en qué usar su sueldo, salvo comprarse un bañador nuevo y alguna chuchería en la tienda de alimentación. Llamó a Madison para ofrecerle dinero para ayudarla con los estudios de cocina, pero su hermana no lo aceptó; insistió en que Bella lo ahorrara para la universidad. En poco tiempo, tenía más dinero en el banco del que había tenido jamás. Hizo buenas migas con Mariel, la caballeriza, y una noche salieron ellas dos y Greta a beber cerveza.

Las mujeres se reían frente a sus Coronitas mientras Mariel echaba un pulso con un hombre para ver quién pagaba la siguiente ronda. Ella ganó y pagó él. Fue una noche magnífica. Bella, Greta y Marion estaban volviéndose buenas amigas muy rápido. Salir y echarse unas risas era justo lo que Bella necesitaba. Incluso volvió a casa con algunos números de teléfono. Conoció a un rubio que se llamaba Ed, a un chico de pelo oscuro que se llamaba Paul, y a un pelirrojo guapísimo que se llamaba Frank. Todos estaban bastante borrachos, así que no pensaba llamar a ninguno.

A Bella le gustaba levantarse temprano, normalmente era la primera del personal que entraba a la casa principal, además del cocinero de las mañanas. Ya era natural para ella ayudar a las visitas femeninas que se habían quedado a pasar la noche a salir disimuladamente por la puerta de atrás. Sabía cómo pedir un taxi, ofrecerle a la chica de turno una taza de café o un zumo para llevar, cómo ser agradable pero lo suficientemente cortante para que la visita se marchara antes de que alguien la viera. Desde que Harvey lo había dejado con su novia, había bebido bastante y solía traer chicas a casa. Casi nunca venía dos veces la misma chica.

En pocas semanas, Bella había ayudado a salir al menos a siete chicas por la puerta de atrás, llevándolas discretamente al taxi que esperaba detrás de los establos. Solo una de ellas había llorado. Muchas habían intentado que Bella le hiciera llegar una nota o algún mensaje a Harvey y ella siempre asentía comprensiva, asegurándoles que haría todo lo posible. Le daba las notas a Harvey, pero estaba segura de que él nunca las volvía a llamar. Pero, ¿qué esperaban? Acostarse con un notorio (Bella lo había buscado en Google) playboy multimillonario no era la forma de llegar a un romance duradero.

Ella al principio también se había quedado colgada de Harvey, pero él no era el tipo de hombre que quería en su vida. Sabía que solo podía partirle el corazón. Así que se quitó de en medio para que todo fuera meramente platónico.

Aunque él nunca mencionaba el servicio que Bella le daba sacando a sus novias por la mañana, estaba segura de que él sabía que era ella quien se hacía cargo de aquello. De hecho, una o dos veces había movido la cabeza como en un gesto de complicidad o de agradecimiento al salir a nadar por las mañanas. A ella le gustaba verlo nadar (desde detrás de las cortinas) mientras bebía zumo. Las brazadas largas y elegantes de sus brazos musculosos, los giros de su cuerpo debajo del agua cuando cambiaba de dirección, impulsándose con potencia desde la orilla para hacer otro largo, siempre le dejaban la boca seca y la distraían para todo el día.

De hecho, mientras trabajaba, pensaba en Harvey y su bañador negro, la toalla sobre los hombros, su pelo rubio escurriendo tiras perladas de agua que brillaban sobre la línea cuadrada de

su mandíbula. Estaba limpiando los rieles de las puertas correderas con tacos de algodón empapado en vinagre cuando sonó su móvil. Acabó el riel lleno de polvo, tiró el algodón y miró la alerta. Marnie y su hermana Jade acababan de indicar su entrada en un hotel de Phoenix. Bella casi no había visto a Marnie desde que estaban en el colegio, pero solían jugar al volleyball en el mismo equipo y le apetecía volver a ver a aquellas chicas. Les mandó un mensaje a las hermanas para preguntarles si querían quedar por la noche y diciéndoles que ella vivía a las afueras de Phoenix. Entusiasmada, siguió trabajando mientras esperaba respuesta. No oyó a Harvey entrar en la habitación hasta que habló.

–¿Buscando migas de tarta de limón ahí abajo? –bromeó.

–Para nada. Estoy limpiando –dijo ella.

–Estás restregándolo como si te hubiera ofendido personalmente.

–Me ha ofendido. Este riel estaba lleno de polvo y trozos de insectos muertos, nada que deba estar en tu casa.

–Me quito el sombrero ante ti. Mi hogar está limpio y libre de insectos gracias a ti y a tus compañeras.

–Sí, de no ser por nosotras te comerían las patas crujientes y las alas de los insectos muertos.

–Parece un inquietante relato de Kafka –dijo. Ella lo miró, incómoda porque a pesar de sus tres semestres en la universidad no sabía de qué hablaba. Se sentía en desventaja frente a Harvey. Él era demasiado guapo y demasiado inteligente.

Cogió el periódico y se quedó con la boca abierta al ver una foto de Harvey besando a una mujer casada en primera página. Se alegraba de no haberse liado con él. Era un tipo dulce. Se reían, bromeaban y hablaban mucho de cosas sin importancia. Pero Harvey solo era bueno como jefe y como amigo. Nada más. Ella lo sabía ahora.

–Veo que has visto el periódico.

–Pues sí.

–No me acuesto con mujeres casadas. No es mi estilo. Geraldine es una buena amiga mía que se está divorciando. Lo que no se cuenta es que el marido de ella le ha puesto los cuernos durante todo el tiempo que han estado casados. Estaba haciéndose a la idea de divorciarse. Se sentía mal y yo solo quería aliviar su dolor. Ella creía que no podría dar el paso. Le dije que era una mujer hermosa y sexy, que cualquier hombre saltaría de alegría ante la sola idea de salir con ella. Luego ella me besó.

–El periódico no dice nada de eso. Supongo que cuentan la historia a su manera para vender más.

–No nos hemos acostado. Solo nos besamos una vez. Pero los paparazzis nos hicieron la foto.

Un guardia de seguridad entró.

–Tenemos serios problemas. Hay equipos de telediarios fuera de casa. Parece que van a acampar. Y los periodistas quieren declaraciones.

–Yo me encargo –dijo él con su tranquilidad de siempre–. Tengo que irme a la oficina o llegaré tarde.

Salió por la puerta seguido de su guardia de seguridad.

Capítulo 8

Harvey se estiró la corbata y se pasó las manos por el pelo, revolviéndoselo intencionadamente. No le gustaba que lo acosaran en su propia casa ni que ahora le llamara la atención el mismo grupo de directivos que en octubre le ofrecía el sol y la luna para que se quedara en la empresa y la rehabilitara. Estaba listo para afrontarlos.

Entró en la sala alargada. La estrecha mesa cromada que él mismo había pedido brillaba bajo la iluminación de los rascacielos. Estrechó manos con unas doce personas, saludó y preguntó por hijos y mascotas de una manera tan amistosa como le fue posible.

–Siéntate, Harvey –dijo Davis Bellows.

Bellows era el miembro más antiguo del equipo, llevaba dos décadas en el comité de dirección. Le mostró la silla como si fuera el encargado de la caza de brujas. Harvey se sentó, entrecruzó los dedos de las manos cómodamente sobre la mesa y esperó.

–Como sabes, la prensa se ha hecho eco de tus últimas andanzas. Las webs y revistas del corazón locales han publicado fotos tuyas de fiesta con distintas mujeres. Ya solo eso era suficiente para que los accionistas y los posibles inversores cuestionaran la estabilidad de tu liderazgo y la ética de nuestros ejecutivos. Y ahora nos vienes con la tontería de Geraldine Brookheimer...

–Te refieres a Geraldine Montbatten, ya que va a volver a usar su nombre de soltera tras el divorcio –corrigió Harvey con serenidad.

–No se ha tramitado el divorcio. Ella y su marido se han reconciliado. Te han hecho fotos metiéndole la lengua hasta la campanilla a una mujer casada, y no una cualquiera, sino la mujer de un antiguo miembro del consejo de dirección y accionista. Marty Brookheimer es un buen amigo y ha apoyado a esta empresa durante muchos años. Tu comportamiento...

–¿Las acciones aún están al alza?

–Sí.

–¿Me contratasteis para dirigir esta empresa y hacer que volviera a ser productiva o para que mantuviese el celibato?

–Te tiras a todas las mujeres guapas que encuentras.

–Lo que yo haga y con quién lo haga no debería afectar en absoluto ni a ti ni a ningún otro empleado de esta empresa. De hecho, mi vida privada no está sobre la mesa.

–Por muy noble que eso suene, todo está en las redes sociales y, sinceramente, eres la cara que todo el mundo asocia con este negocio. Y si tu cara está pegada al escote de una mujer casada se mancha la reputación de la empresa y de todos los asociados.

–No veo que haya ningún impacto de mis actividades extracurriculares en nuestros precios en bolsa ni en la moral de los inversores. De hecho, estoy seguro de que habrás oído aquella frase que dice que no existe la mala publicidad. Mi principal objeción a esta reprimenda es que mis indulgencias privadas son asunto mío, solo mío. Mi contrato no incluye ninguna cláusula según la cual el consejo tenga que aprobar todos mis actos. Por ejemplo, si me pido un entrante de gambas, ¿tendré que llamar al consejo para que voten? ¿Bastará con que haya suficiente quorum para que pueda besar a la chica con la que salga alguna noche? ¿O todos los directivos tendrán que estar

presentes para darme luz verde? Mientras los negocios vayan bien y no tengáis nada que objetar respecto a mi trabajo, creo que, por hoy, hemos terminado, Bellows –dijo Harvey con voz firme, conteniendo la rabia que se acumulaba en su interior.

–Tu comportamiento moralmente reprobable te hace un flaco favor –empezó Bellows.

–Supongo que voy a tener que volver a interrumpirte, mi estimado Bellows. Estoy seguro de que todo el mundo en esta mesa tiene algún episodio en su vida personal del que no le gustaría hablar con sus socios de trabajo. No soy la estrella de un reality, ni he invitado al público a mi dormitorio. Con todo respeto, tampoco he invitado a mis compañeros de trabajo. Sigo una política estricta respecto a no mezclar placer y trabajo y creo que eso ya es más información de la que merecéis recibir respecto a mis asuntos privados –continuó Harvey.

–Podemos limpiar tu imagen.

–¿Ah, sí?

–Sienta cabeza. Elige una mujer y sal solo con ella. El equipo de Relaciones Públicas puede cubrir el romance. Será tan provechoso para ti como para los negocios. Creo que una historia tipo Cenicienta te haría ganar bastantes puntos frente a la opinión pública. Necesitamos que el público te adore, que seas un héroe para ellos. Sal con alguna de tus empleadas o con tu secretaria. Este equipo que te ha contratado apreciaría mucho ese gesto, tanto como lo apreciará el equipo que tiene que evaluar tu rendimiento dentro de dos meses.

–A ver si me queda claro. ¿Estás diciendo que aunque las acciones hayan subido un treinta por ciento respecto al punto de evaluación del año pasado, a pesar de que tanto el nombre como la opinión pública de la empresa también vayan hacia arriba, me haríais una mala evaluación porque no aprobáis a las mujeres con las que salgo?

–Si se tratara de una sola mujer podríamos estar de acuerdo, pero sabes que hablamos de más de una.

–Eso tiene muy poco que ver con los resultados de mi trabajo y me parece totalmente absurdo en el ámbito profesional.

–Aunque tomamos nota de tu opinión, la imagen pública de esta empresa es crítica en un momento en el que deseamos ampliar fronteras hacia el otro lado del mar. Tanto el público como el equipo de dirección deben poder confiar en nuestro líder, no puedes aparecer en las páginas de cotilleos. Limpia tu imagen. Tienes dos meses para hacerlo.

–¿Es una amenaza?

–Llamémoslo plan de negocios con caducidad –dijo Bellows–. Tienes que lavar tu imagen. Consíguete una buena chica. Muéstrasela al mundo. Deja que el mundo se enamore de ella. Hazle fotos mirándote a los ojos como si nunca hubiese sido tan feliz. Hazla vivir el romance de su vida y demuéstrole al mundo el tipo maravilloso que eres en realidad. Así volverás a ganarte el favor del público. Te perdonarán fácilmente. Solo tienes que decir que te has dado cuenta de que tus actos no estaban bien y que esta mujer te ha hecho ser mejor persona, que te has reformado. Y que el viejo playboy ha muerto. Que gracias al destino ahora eres un hombre de una sola mujer. Que, literalmente, esta mujer ha hecho que te pongas de rodillas. Muéstrale al mundo que has encontrado al amor de tu vida. Puedes hacerlo, Harvey. Sé que puedes.

Tambaleándose, Harvey asintió y salió sin decir una palabra más. No tenía elección. Su carrera, su reputación como estrella ascendente en el mundo de las finanzas cuyas arriesgadas decisiones profesionales eran prácticamente intocables, todo estaba en manos de directores hiperconservadores. Llevaba más de una década labrándose un nombre y había alcanzado grandes éxitos. Ser despedido de un puesto ejecutivo por “problemas personales” habría sido una mancha en su expediente, haría

que ya no se le buscara para rehabilitar empresas. Eso era lo que a él le gustaba: saltar de una empresa a otra cada dos o tres años, arreglando una antes de pasar a la siguiente. Era un poco como las personas que salen por la tele mostrando cómo le dan la vuelta por completo a casas antiguas, aunque lo de él era a una escala mucho mayor.

Él era rico y exitoso, pero no quería ni pensar en verse forzado a renunciar o en que lo echaran, ni siquiera le gustaba recibir ese tipo de amenazas o recriminaciones. Podía hacerle mucho daño a su marca personal, a su brillante trayectoria. Todas las empresas a las que había ayudado le habían rogado que se quedara en plantilla, le habían ofrecido sumas de dinero escandalosas e incentivos para que no se marchara. Hasta ahora. Estaban poniendo en tela de juicio su carácter y sus habilidades y no se lo había tomado bien.

Geraldine era una amiga con la que tan solo había compartido un beso. Si ella quería quedarse al lado de su marido infiel, era asunto suyo. Harvey también salía de vez en cuando con una preciosa heredera. No le tenía tanto cariño como para no poder cortar con ella en un instante. Lo que le molestaba era la esencia, el verse obligado a dejar de lado a una mujer atractiva e interesante antes de lo que a él le habría gustado. Sin embargo, tenía que dejarla. No era tan valiosa como su trayectoria profesional. Ahora tenía que buscar a la candidata ideal para ser su nuevo amor, a esa “prometida” que quería el consejo de dirección. No podía imaginar a ninguna de sus amantes recientes a la que pudiese llamar. Especialmente porque solía tener que cortar con ellas porque se volvían demasiado dependientes, se arrastraban frente a él rogándole sus favores y eso no lo atraía en absoluto. Tenía que ser alguien nuevo, alguien fresco a quien la prensa no conociera en absoluto.

Había que buscar una historia tipo Cenicienta para la buena publicidad. Pensó en sus empleadas. Quizás alguien a quien ya tuviese en nómina; alguien leal y de confianza que quisiera hacerle el favor por un poco de dinero extra. Greta estaba comprometida, así que quedaba descartada, a pesar de que él la admiraba por su naturaleza práctica. Ella habría accedido a fingir un compromiso con él y nunca le habría venido con tonterías sobre sentimientos. La señora Marks era demasiado mayor. Mariel era demasiado... daba miedo. Había dos de las chicas de limpieza que no hablaban inglés, lo cual convertía en un reto el poder darles instrucciones sobre cómo comportarse en los eventos formales. Su secretaria no lo consentiría por mucho dinero que le ofreciera. Su asistente personal estaba casada. Así que solo quedaba el intrigante bomboncito de Bella. Desde luego era tan atractiva que los medios de comunicación y los accionistas comprenderían que él se lanzara a por ella. Además tenía la inocencia rural que podría gustarle a la prensa. Joven, sin mancha y una rubia bonita. Sí, ella podía ser.

Harvey volvió a casa con el firme propósito de proponérselo. La encontró comiéndose una manzana en la cocina y charlando con Fabrice. Harvey le lanzó una mirada aguda al chef y este se excusó en seguida, dejando las verduras a medio cortar sobre la mesa y saliendo tal como se esperaba, con un gesto de la cabeza de su jefe. Bella alzó la mirada y le sonrió.

—No está tan buena como la tarta de limón, pero de todas formas es deliciosa. ¿Quieres una?

Él meneó la cabeza.

—Tengo que proponerte algo.

—¿Qué es? Mira que no me pongo trajes de gato.

—Te pido disculpas por ser tan directo, pero es que estoy en una situación que requiere que te cambie del equipo de trabajo de limpieza a otro departamento.

—¿De verdad? ¿He hecho algo mal? —preguntó. Era obvio que estaba poniéndose nerviosa.

—Para nada. Es solo que eres la más adecuada desde el punto de vista demográfico para un proyecto a corto plazo.

–¿Demográficamente?

–Sí. Tienes la edad y el físico adecuados. Resultas atractiva para mi grupo objetivo.

–¿Grupo objetivo? No me van las pelis porno. –Bella se rió mientras él sonreía–. ¿Y quién es ese grupo?

–El consejo de dirección y los accionistas de Bellingford Finance. No les gusta mi reciente actividad social y me han dicho que me vendría bien sentar cabeza. En teoría, es decir, no en práctica. Durante dos o tres meses, hasta que llegue mi evaluación. Necesito contratar una prometida y tú eres la mujer que he elegido.

–Yo... yo... Supongo que me siento halagada. Cuando vi *Pretty Woman* me pareció que el hecho de que te contratara un hombre guapo y millonario podía estar bien, pero no soy esa clase de chica, no estoy en venta.

–No tengo intención de aprovecharme de ti, ni física ni emocionalmente. Tampoco pretendo que vendas tu cuerpo. Esto sería un trato de negocios en el que yo te doy una compensación económica por aparecer en público conmigo y posar como mi prometida. Seguirías viviendo aquí y diríamos públicamente que tenemos una relación sentimental y que tenemos planes de futuro. Básicamente se trata de actuar.

–¿Platónico?

–Estrictamente. Solo tendremos actitudes cariñosas cuando nos vayan a hacer una foto.

–¿Tendríamos que besarnos? –preguntó ella.

–Sí. Podrías quedarte con cualquier prenda de vestir o regalos que adquieras, además de la compensación económica.

–No quiero cobrar por besar a alguien. Suena realmente cínico y frío. De todas formas, no creo que sea una buena idea para mí. Es una oferta muy práctica, pero me temo que voy a tener que rechazarla. Espero que encuentres a alguien que cubra lo que necesitas, Harvey. Gracias por ofrecérmelo –dijo, claramente preparada para salir corriendo de la cocina, sintiéndose fuera de lugar.

–Siento haberte incomodado. No era mi intención. Espero que cambies de opinión.

–No lo haré, pero gracias. Tengo que marcharme. He quedado en un par de horas con unas amigas de Phoenix.

–Que te diviertas –dijo él, montando un plan en su cabeza.

–Gracias.

–¿Y cómo vas a ir adonde has quedado?

–En bus.

–Tengo una idea mejor. Puedo llevarte.

–No voy a cambiar de opinión porque me lleves.

–Lo entiendo, pero será un placer llevarte.

–Entonces acepto. Gracias, Harvey. Mis amigas pueden traerme de vuelta.

Capítulo 9

Bella pensó en la propuesta de Harvey. Él le pagaría un montón de dinero y lo único que ella tenía que hacer era fingir que estaba prometida con él. Besarse de vez en cuando. ¿Quién no querría acariciarle el pelo y pegar los labios a los de ese espectacular hombre? Prácticamente podría pagarse toda la universidad.

No era lo que se imaginaba en sus sueños de colegiala con Richard Gere. Que le ofrecieran dinero por actuar como la novia de un millonario le daba una sensación mala, no romántica. Sabía que muchas de las exnovias harían cola para adquirir el papel. Sin embargo era tentador porque él era tan guapo y encantador; su primer instinto fue decirle que sí antes de saber lo que le iba a pedir. Eso hacía que él resultara peligroso y ella no tenía ninguna intención de involucrarse con él, ni siquiera de manera temporal.

Bella se lavó el pelo y se maquilló, eligió un top de tirantes y unos vaqueros; le costó cerrárselos porque su relación con los postres de Fabrice no le había hecho ningún favor. Había engordado casi dos kilos, ¡la próxima semana tenía que caminar en vez de comer tarta! Harvey la dejó en el centro, donde estaba la vida nocturna. Era un poco temprano, acababa de anochecer, pero ella tenía que levantarse temprano, así que pensaba dar una vuelta con las chicas, tomarse un par de cervezas y volver a casa sobre las diez para poder levantarse y trabajar al día siguiente.

Oía la música que salía de los bares y ver a los grupos de gente la hacía sentir bien, más joven de lo que se sentía normalmente. Aquella calle estaba llena de energía; se entusiasmó al ver las luces de neón, ante el ritmo de la música y ante la perspectiva de pasar una noche relajada con sus amigas.

Bella se abrió paso hasta la barra del *Metro*, observando los preciosos vestidos que llevaban las chicas y los cuellos en V de las camisetas ajustadas de los chicos. Todos charlaban y bailaban bajo las luces centelleantes del bar. Se sentó en una banqueta alta y buscó a Marnie y Jade. Habían quedado a las siete y media y era un poco temprano, así que se pidió un club soda para empezar despacio y se dispuso a disfrutar de la música. Hacía siglos que no salía, desde la última cita que había tenido con un hipster meses atrás. Había estado demasiado ocupada con los turnos de noche de la tienda de veinticuatro horas de Arkansas y no se había esforzado mucho por tener citas en Arizona. Así que esto era una novedad.

En vez de estar conectada a Netflix en camión y de escaparse de madrugada a la cocina, estaba fuera, viendo gente de su edad, escuchando el ritmo de la música discotequera, las voces y las risas.

Se acercó un chico a invitarle una copa. Ella le dio las gracias pero le dijo que estaba esperando a unas amigas.

–Si tu amigo no aparece, yo estoy por aquí –dijo.

Tras unos minutos más dándole vueltas a su club soda y mirando el móvil para asegurarse de que aquel era el bar y la hora a la que había quedado con Marnie y Jade, se acercó al chico y lo invitó a bailar. No había por qué no divertirse mientras esperaba.

Bailaron dos canciones y, justo cuando Bella empezaba a sudar y a tener sed, vio el inconfundible pelo rubio platino cortado en bob de Jade, lo llevaba igual que en el Instituto. Le dio las gracias al chico y corrió hacia ellas.

–¡Hola, chicas! –dijo.

–Hola, Bella –dijo Marnie, que ya parecía aburrirse–. ¿Ponen algo bueno aquí?

–Me encantan los Margaritas. Tienen un DJ muy bueno. Vamos a pedir y luego nos lanzamos a la pista de baile.

–Pensaba que primero íbamos a ponernos al día –dijo Jade, echándose el pelo hacia atrás y pidiendo un cóctel exótico cuyo nombre Bella ni siquiera podía pronunciar. Levantó la mano izquierda para dejar a la vista un anillo con un enorme diamante–. Solo vamos a estar esta noche en Phoenix. Mañana volamos a Los Ángeles para mi fin de semana de despedida de soltera.

–¡Genial, felicidades! –dijo Bella, admirando sinceramente el anillo.

–¿En qué andas ahora? –preguntó Marnie–. Lo último que supe es que limpiabas habitaciones para Donner.

–Así es. Luego me mudé aquí porque encontré un trabajo mejor.

–¿Ah, sí? ¿De qué?

–Estoy como chica de la limpieza en una mansión preciosa con piscina y...

–A ver que me entere. Yo me voy a casar, a Marnie acaban de ascenderla ¿y tú limpias retretes? –dijo Jade con altivez, bebiéndose buena parte de la copa.

–Bueno, es un buen lugar para trabajar y me pagan bien, así que podré acabar la carrera –dijo Bella con la cara encendida por la vergüenza. No tenía ni anillo de compromiso ni novio y trabajaba limpiando. Se preguntaba por qué había quedado con ellas, tan solo para compararse con unas mujeres que habían avanzado mucho más que ella en la vida.

–Ya. ¿Y las duchas que limpias son bonitas? ¿Eso es mejorar? La verdad, Bella, esperaba más de ti. Con una cara como la tuya al menos podrías haber atrapado a algún chico a estas alturas. Te podrías haber casado y limpiar tu propia casa.

–Tengo veintidós años. Ya tendré tiempo para eso una vez que termine la carrera y mi trayectoria profesional sea sólida –dijo con apasionamiento.

–Oh, creo que ya lo es, eres una estrella del cepillo de retretes. –Marnie se echó a reír mientras se bebían la segunda ronda.

Bella le mandó un mensaje a Harvey pidiéndole que viniera a buscarla. No se iba a quedar con aquellas idiotas ni un minuto más de lo imprescindible.

–Cuéntame de tu ascenso –dijo Bella sin más, estaba decidida a ser agradable.

–Desde el mes pasado soy vicepresidenta segunda de Marketing en Scherner Foods. Me han subido el sueldo a 65.000 al año más beneficios y coche de empresa –presumió Marnie.

–Qué genial, lo has hecho muy bien, Marnie –dijo Bella.

Aquel era básicamente el tipo de trabajo que le habría gustado tener, de ejecutiva en marketing y no limpiando casas. Se sentía cada vez peor consigo misma.

–¿Sabes? –dijo Jade exhibiendo su anillo de diamante, un poco borracha después de beberse tres copas–. Siempre podrías usar Tinder. No menciones que limpias casas, salvo que quieras ponerte el uniforme ese pequeñito para algún juegucillo... –dijo riéndose.

–Quizás si aprovechas lo de ser chica de la limpieza en Tinder, tipo me encanta limpiar, fregar, lavar ropa. Seguro que encuentras un hombre –añadió Marnie con otra risa.

Bella sintió que se le acumulaban las lágrimas en los ojos y se agachó para coger su bolso y pagar su copa para poder marcharse.

–Oye, te puedo organizar una cita con un tío genial que vive a las afueras de Phoenix.

–No necesito que me organices una cita a ciegas.

Vio cómo Jade se lamía los labios mirando a alguien de arriba abajo. Bella se giró para ver de quién se trataba y oyó la voz de Harvey.

–Lo siento, señoritas, pero me parece que no puedo permitir que le organicéis ninguna cita a Bella con nadie –dijo.

Bella lo miró por encima del hombro y luego se giró sobre la banqueta sintiéndose agradecida. Podía marcharse con él y las chicas pensarían que él era... ¡era perfecto!

Harvey le sujetó la cara entre las manos y le dio un apasionado beso estilo Hollywood. Los labios de él sobre los de ella, los dedos de él en los rizos rubios. Bella tuvo que sujetarse de él para no perder el equilibrio, para no caerse de la banqueta ahí, a la vista de todos. Cuando él se apartó, ella jadeaba. Hacía mucho tiempo que no la besaban y, de cualquier forma, nadie la había besado nunca *así*.

Sonrojándose, Bella agachó un poco la cabeza, notando que él estaba abrazándola y sintiendo el calor de su aliento contra el pelo.

–Él es... Harvey Carlson. Harvey, ellas son Marnie y su hermana Jade, unas chicas a las que conozco del Instituto.

–Anda, y yo que por estar con Bella pensaba que en Arkansas solo había rubias naturales –le dijo con arte a Jade, quien ya no se tocaba el pelo rubio platino artificial tan satisfecha como antes–. Me alegro mucho de conoceros, señoritas. ¿Ya os lo ha contado Bella? ¿O estás en plan tímido otra vez, cariño? –prácticamente estaba arrullándola entre sus brazos.

Bella no pudo evitar disfrutar las miradas incrédulas y envidiosas de las dos mujeres que hasta un segundo estaban atormentándola con su inferioridad. Se acercó a él para susurrarle al oído con una risita coqueta.

Harvey sonrió.

–Lo siento, chicas, supongo que mi amor aún no está preparada para compartir las noticias. Si la prensa se enterara no nos dejarían en paz.

–Tú eres ese millonario tan famoso que he visto en las revistas y en los programas del corazón de la tele –dijo Marnie. Sujetó el brazo de su hermana–. ¡Ay, por Dios! ¡Es él!

La boca de Jade se abrió casi hasta el suelo.

–¡Estás saliendo con un millonario!

–Multimillonario en realidad –añadió Harvey con suavidad.

Marnie le dio un puñetazo amistoso a Bella en el brazo.

–¡No! Eres la mejor, tía.

–Pero he oído que cambia de mujer cada semana. Eso no es bueno, Bella.

Harvey miró a Bella.

–Cierto. Aunque eso era porque aún no había encontrado a mi alma gemela. Ninguna de aquellas mujeres era Bella.

–¡Qué bonito! –dijo Jade.

–El día que conocí a Bella supe que había encontrado el verdadero amor. Sé que es la mujer que había esperado toda mi vida. Quiero darle todo lo que tengo.

Bella lo miró a los ojos.

–¡Guau, cariño, eso es tan dulce!

–Es la pura verdad –Harvey miró a las hermanas–. Que paséis buena noche.

–¿Os marcháis? –preguntó Jade.

–Siento robárosla, pero es que tenemos que hablar de algunas cosas importantes –dijo Harvey despidiéndose con la mano de las examigas y dejando sobre la barra un billete de cien dólares como

si fuera la cosa más normal del mundo.

Apoyó la mano en la parte baja de la espalda de Bella y la alejó de ellas, hacia una mesa para dos que había del otro lado del bar.

–Gracias por salvarme –dijo Bella–. Has hecho que mi noche sea perfecta gracias a aquel numerito.

–De nada. Me alegro de haberlas puesto en su sitio.

–¿Así que has venido para que hablemos de cosas importantes?

–No mentía cuando se lo dije a tus amigas.

–Quieres que acepte tu oferta de trabajo.

–Te lo agradecería eternamente.

Bella suspiró.

–Contrata a alguien.

–No puedo fiarme de cualquier persona, pero de ti sí.

–¿Así que me pagarías un montón de dinero para sobetearme en público como has hecho?

–Creo que hacíamos una pareja maravillosa. No dirás que no he sido el novio perfecto. Si incluso he puesto ojos soñadores de chico profundamente enamorado.

–No tienes precio como actor, eso desde luego. Me costó no reírme cuando dijiste que habías encontrado el amor verdadero el día que me conociste.

–Eres perfecta para este trabajo. Acabas de demostrarlo. Mira lo bien que nos ha salido. Tú y yo encajamos. Estamos de maravilla juntos. Ellas se lo han tragado de principio a fin.

–Yo ayudé a que fuera creíble.

–Yo también.

–Sí, ese beso le dio mucha credibilidad. ¿Tendríamos que hacerlo mucho?

–Lo siento. Sé que crucé la línea.

–Dijiste que todo iba a ser platónico. Con algún que otro beso. Pero aquello se podría calificar más bien de enrollarse. Pensé que me ibas a arrancar la ropa allí mismo.

Él guiñó un ojo.

–No me tientes.

Bella se echó a reír.

–Solo intentaba echarte una mano frente a tus amigas –dijo–. Sé que aquel beso vendió la historia de maravilla. Fue lo que mas las convenció. ¿No estás de acuerdo?

–Nunca creí que diría que mi jefe besa bien.

Harvey pidió un par de cervezas y le sonrió. Ella se dio cuenta de que era la primera vez que veía al maravilloso playboy y ejecutivo Harvey Carlson en ropa informal. Vaqueros que se le ajustaban a las fuertes piernas y una camiseta azul con cuello en V que resaltaba su bronceado y, sobre todo, sus cautivadores ojos azul cristalino. Parecía como cualquier tipo normal al que pudieras conocer en un bar. Siempre que habláramos de un tipo espectacularmente atractivo de esos que hacen que se te aflojen las rodillas y que todo te tiemble por dentro de interés.

–Harvey –dijo ella dándole un buen trago a la botella para reunir el valor–. Supongo que comprendo lo útil que puede resultar el teatrillo. Salvaste mi ego herido hace un rato y te agradezco el rescate. Es suficiente para que te ofrezca devolverte el favor. Si aún quieres que finja ser tu novia lo haré. Siempre que mantengamos las cosas platónicas.

–Estaba deseando que dijeras eso. Te habría besado de todas formas, tan solo por darles en la cara a aquellas dos petardas de la barra, pero me alegro de que entiendas mi perspectiva. Un

pequeño engaño puede tener muchísimo valor cuando influye en la manera en la que te ven los demás. Y es muy importante para mí la imagen que pueda dar ante los accionistas de Bellingford Finance.

–Te ayudaré encantada. Pero, ¿podríamos establecer algunos términos? Solo para que yo sepa lo que se espera de mí.

–Sí, encantado de dejarlo todo claro –dijo Harvey–. En primer lugar, tanto el departamento de Relaciones Públicas de Bellingford como Greta tienen que arreglarte un poco para que estés a la altura de lo que esperan los accionistas y el consejo de dirección. Luego programaríamos nuestra primera aparición en público como pareja e iríamos a algunos eventos juntos, quizás alguna escapada de fin de semana para que puedan hacernos un montón de fotos fingiendo una actitud romántica. Esto durará unos meses, hasta que me hagan una evaluación positiva. Poco después hacemos algunas declaraciones y desmentidos sobre nuestra ruptura y te doy tu bono por el buen trabajo que has hecho. Seguirás cobrando como empleada pero, obviamente, el extra será por debajo de la mesa porque la empresa controla el registro de gastos. Había pensado en unos cien mil dólares por dos meses de servicio. ¿Te parece razonable?

Bella se atragantó con la cerveza. Tuvo que cubrirse la cara con una servilleta mientras un chorro burbujeante de *ale* ardiente le salía por la nariz. Cuando dejó de toser y se le aclararon los ojos, parpadeó con fuerza, intentando pensar en cómo aceptar la oferta sin sonar demasiado entusiasmada por el dinero. Era lo que le costaba la universidad. Incluso podría cubrir todos sus gastos hasta acabar la carrera, así que podría centrarse tan solo en estudiar. Hasta podía ayudar a Madison a pagar la escuela de cocina. Esa cantidad de dinero le cambiaría la vida.

Asintió mientras buscaba las palabras en su cabeza. Él se encogió de hombros.

–Vale, veo que juegas duro. Te he subestimado. Digamos ciento cincuenta mil.

–Sí –dijo ella ahogándose. Acababa de ofrecerle más dinero.

–Tendrías que haberte mantenido firme, te habría pagado hasta un cuarto de millón –bromeó él, chocando su botella de cerveza con la de ella–. Ahora déjame tu móvil, voy a grabarte mi número. Puedes empezar a llamarme y a mandarme mensajes.

–¿Te mando un mensaje tipo “cariño, el lavabo está limpio”? –dijo ella.

–Ya no vas a limpiar mi casa. Te vas a mudar a la casa principal, a una habitación solo para ti, claro, junto a la mía. Y mándale tus medidas a Greta.

–No sé cuáles son mis medidas. ¿Quién sabe esas cosas?

–Ya nos haremos cargo de ello. Estoy seguro de que hay una cinta de medir por algún sitio en el conjunto residencial.

–¿Tú vas a medirme?

Harvey sonrió.

–Estoy de broma. Lo hará alguien de mi equipo.

–La señora Marks tiene una cinta. Mide las toallas de mano para asegurarse de que todas tengan el mismo largo cuando las colgamos en el toallero, para que queden iguales.

–¿Mide las toallas?

–Para que estén alineadas. No quiere toallas torcidas en tus baños –explicó Bella.

–Porque una toalla torcida daría al traste con mi energía de negocios y mataría toda mi carrera corporativa.

–Al parecer una toalla torcida puede hacer eso y mucho más. Quién sabe lo que podría ocurrir si encontraras una toalla torcida en el baño de invitados de la planta de abajo.

–¿Y en la casa del personal? ¿También las mide?

–Nunca se ha presentado en mi habitación para medirlas, pero no te aseguro que no lo haga cuando estoy trabajando en la casa principal.

–¿Colarse a hurtadillas para medir? Me la imagino.

–Una cosa que no has tenido en cuenta y que me dijo ayer Greta cuando le hablé del plan es que bueno, si quisieras casarte por dinero, estarías muy bien posicionada después de esto. Después de tener una relación de alto perfil con un ejecutivo millonario, otros hombres de posición similar te verían con buenos ojos. Solemos salir con la misma gente, un selecto grupo de mujeres de un estatus social adecuado, de buena familia, con buenos contactos, con una apariencia y estilo correctos.

–¿Y ahora yo formo parte de ese harem? No, gracias. Acabará mi licenciatura y me buscaré la vida por mi cuenta.

–Eso es muy noble de tu parte. Pero, ¿te has parado a pensar en lo fácil que sería? Encontrar un hombre que te cuide, dejar de preocuparte por las pequeñas cosas como el abono de transportes y pagar facturas.

–Lo fácil no es mi objetivo. Te agradezco las oportunidades que abres ante mí, pero te aseguro que esta es la conversación más rara que ha tenido ninguna pareja de novios.

–Estoy de acuerdo. Estoy intentando convencerte de que te cases con un tío rico. Con uno que no sea yo.

–¿Alguna vez piensas casarte?

–Claro, pero a mí me va el plan George Clooney. Ya sabes, ser guapo y rompedor durante varias décadas y luego encontrar alguna mujer espectacular con la que casarme cuando me haya aburrido de todo.

–Bueno, mientras tengas un plan... –dijo ella.

–Yo siempre tengo un plan, no te equivoques.

–Estoy entusiasmada. Soy la prometida falsa de un playboy multimillonario. ¿Qué más puede pedir una chica?

Él dejó escapar una risa ahogada.

–Sabes, Bella, creo que esto va a ser divertido.

–Yo también –asintió y se pidieron otra ronda.

Capítulo 10

Harvey salió de la ducha con una toalla alrededor de la cintura. Abrió el armario para buscar algo que ponerse y dejó caer la toalla despreocupadamente, oyendo cómo Bella gritaba detrás de él, junto a la cama *king-size*. La noche anterior se habían dejado llevar hasta demostrar que Jack Daniels no era su mejor amigo. Quizás hubiesen celebrado con demasiado entusiasmo su compromiso falso.

–Oye, las mujeres no suelen reaccionar así ante la majestuosa visión de mi trasero desnudo –dijo él en tono juguetón. Miró por encima del hombro y se encontró con Bella James sentada en la cama, subiendo el edredón hasta su barbilla.

–¿Qué... Qué haces aquí? ¿O qué hago yo? ¡Esta no es mi habitación! –tartamudeó. Sus ojos se movieron como flechas hacia la izquierda y la derecha, como si buscaran con ansiedad una salida.

Él se giró y se apoyó relajadamente en la puerta.

–Bella, no me digas que no te acuerdas de lo de anoche. ¿Después de todo lo que compartimos? –dijo con toda la solemnidad de la que fue capaz.

–Recoge. La. Toalla –siseó ella, tirando del edredón para cubrirse la cara en llamas.

Él volvió a envolverse la toalla alrededor de la cadera.

–Ya puedes descubrirte los ojos. He visto a mujeres menos horrorizadas con películas de Stephen King que tú con mi desnudez. Que no soy ningún exhibicionista, y después de todo, estoy en mi habitación. Ahora que hemos retomado el decoro y que has expresado tu terror ante mi cuerpo desnudo, ¿podrías quitarte esa estúpida sábana de la cabeza?

Bella retiró mansamente la sábana de sus ojos y lo miró, aunque con los ojos entrecerrados, como si sospechara que él tenía intenciones de volver a desnudarse repentinamente.

–¿Por qué estoy en tu habitación? –dijo y él se dio cuenta de que hacía un esfuerzo por parecer tranquila-. ¿Hemos...? ¿Tú y yo hemos hecho... algo? ¿Juntos? ¿En... en la cama?

–No te acuerdas de nada, ¿eh? Esto es una patada al ego masculino. Compartimos uno de los momentos más íntimos que pueden compartir un hombre y una mujer. En un determinado momento lloraste, dijiste que te sentías transformada por esta experiencia, como si ahora sí fueras una mujer de verdad –dijo con voz insinuante mientras se sentaba en el borde de la cama, cerca de ella.

–Mierda. Entonces lo hicimos, ¿no? Quiero decir, me he acostado contigo. Me emborraché y me acosté con mi jefe. ¡Es horrible! No puedo creer que haya hecho semejante estupidez. Supongo que estaba súper agradecida por cómo les tapaste la boca a Marnie y Jade en el bar y bebí con demasiado entusiasmo. ¿O fue porque estábamos celebrando nuestra estafa de falso compromiso? Por si no te has dado cuenta, no soy de beber mucho, normalmente con tres cervezas estoy tan borracha que me cuesta encontrar la parada del bus. ¡Te juro que nunca me había ido de un bar con un chico! Nunca me marché a casa de un tipo cualquiera, por mucho que hubiese bebido.

–No te preocupes, no te he robado tu virtud ni nada por el estilo. Te llevé a Las Vegas en mi avión a media noche y nos casamos.

–¿Qué? No. No, no. ¡No puedo haberme casado contigo borracha en Las Vegas!

–¿Preferirías haberte casado borracha en Las Vegas con otra persona? No. No respondas a eso –dijo.

–No. No es eso. No se trata en especial de ti. Es tan solo la idea de haber estado tan... Tan fuera de mí misma, tan borracha que pude subirme a un avión para casarme con alguien a quien apenas conozco y despertar en su cama. Es horroroso. De lo más cutre. Lo siento, Harvey. Firmaré lo que haga falta para deshacerlo. Tendremos un divorcio exprés. ¿Podemos hacerlo hoy? ¿Antes de que alguien se dé cuenta? Madre mía, no querrás que lo del matrimonio borracho en Las Vegas figure en tu evaluación, ¿no? Por favor di que no. ¡Por favor di que no vas a intentar que siga casada contigo para parecer un hombre de familia o algo así! –su voz se volvió aguda y temblorosa–. Puedo fingir que estoy prometida. Pero, ¡casarme de verdad contigo! Y representar el papel de la novia feliz, a la vez teniendo que fingir contigo.

Él guiñó un ojo.

–Te prometo que nunca tendrás que fingir conmigo.

–No me refería a un contexto sexual. Me refería a que tendría que...

–Sé a qué te referías. Que no compartiríamos la cama porque el asunto no sería real. Solo sería de cara a la galería. Y sería un numerito tan grande que ni yo podría deshacerlo.

Ella arqueó una ceja.

–¿Cómo?

–Relájate, Bella –dijo él riéndose, ya no podía tomarle más el pelo. Parecía enfadada de verdad–. Solo bromeaba. No hicimos nada. Si lo hubiéramos hecho habría sido inolvidable.

–¿No lo hicimos? –La incredulidad y la esperanza se mezclaban en su cara. Bajó el edredón y vio que aún llevaba puestos los vaqueros y la camiseta de la noche anterior. Arrugando el entrecejo, le lanzó una almohada–. ¿Te parece gracioso?

–Sí, la verdad que sí. Nunca me aprovecharía de una mujer borracha. Además, prefiero resultar memorable. Pero te lo has tragado todo, ¿eh?

–Sí. La verdad que sí. Bueno, ¿tengo que firmar algún documento para la historia esta de la prometida falsa?

–No podemos dejar rastro de este acuerdo sobre el papel. Te voy a pedir que no le cuentes nada de nuestro trato a nadie, ni mientras dure ni después. Y tienes que ser monógama mientras dure el compromiso falso. Nada de Tinder ni de Meetic, ni quedar con tíos ni follártelos. Sé que dos meses de abstinencia son muchos, pero tendrás una compensación económica.

–Dos meses de abstinencia no son muchos. Literalmente solo me he acostado con dos personas. Llevo en abstinencia, veamos, año y medio.

–¿En serio?

–Sí. No me acuesto con nadie si no vamos en serio. Eso hace que se reduzcan las posibilidades. Ya ves por qué me puse tan loca al pensar que me había acostado contigo. Yo no soy así.

–Ya veo. Así que, salvo que en los dos próximos meses conozcas a tu alma gemela, ni siquiera vas a estar tentada. Eso lo hace todo más fácil.

–No he dicho que no me sintiera tentada. Todo el mundo se siente tentado. Pero yo no cedo a la tentación.

–Bueno, aprecio tu discreción. Me aseguraré de que Greta te haga una cita con una *personal shopper*. Los de Relaciones Públicas han dicho que deberíamos salir a cenar a algún sitio exclusivo y notable, pero insistieron mucho en que lleguemos en coches separados y entremos por la puerta de servicio. Nos deben hacer fotos solo tocándonos una mano o mirándonos, o algo así que dé pie a especulaciones sobre una relación sentimental.

–Me parece lógico. Me voy a mi habitación a ducharme para trabajar. Ya llego tarde y mi jefe... Bueno, dicen que es un capullo si te presentas tarde.

–Creo que no tendrás ningún problema, ya que desde hoy ya no limpias en esta casa.

–¿Y entonces qué hago?

–Ve de compras, a la peluquería, a que te den un masaje. Tu tarjeta de crédito debería llegar esta tarde y espero que la uses para tus gastos personales.

–Me vendría bien un abono de transporte nuevo. Me compré el mensual cuando empecé a trabajar aquí y está a punto de caducar.

–¿Sabes qué? Deja que yo me ocupe de eso –dijo con una sonrisa de medio lado. De ninguna manera su novia (verdadera o falsa) iba a moverse en transporte público por Phoenix–. Y se acabaron las chancas de dedo de un dólar.

–Pero si estas son Old Navy. Hacen rebajas una vez al año...

–Nada de rebajas, Bella. Tienes que mantener una imagen que sea una extensión de la mía. Si mi novia o prometida lleva zapatos de plástico yo quedo como un cutre. Como un novio de mierda.

–A mí no se me ocurriría que mi novio me pague ni las facturas ni los zapatos.

–Sé que no se te ocurriría. Pero a la gente de mi círculo sí y desde luego mis accionistas me juzgarían desfavorablemente si andas por Phoenix vestida como si no te pudieras pagar un café. Tu trabajo ahora ya no es limpiar, sino ir a comprarte un bolso de diseñador, un café grande en el Starbucks y ver tiendas. Ve a comer a algún lugar bonito. Cómprate algo que te guste solo porque te gusta. Actúa como una mujer que tiene un novio nuevo y ninguna preocupación.

–Ah –dijo ella levantándose y colocando las almohadas para empezar a hacer la cama.

–Ya no tienes que hacer eso –dijo él con una débil sonrisa–. Hay gente que lo hace por ti. Ve a nadar o duerme hasta tarde. Greta te llamará para decirte cuándo tienes cita para ir de compras.

Harvey se sorprendió del placer que experimentaba al saber que podía mimarla. Estaba ante una chica acostumbrada a cuidar de sí misma. Era una experiencia extraña para él poder concederle caprichos. Estaba acostumbrado a salir con chicas que esperaban viajes exóticos y joyas. Mujeres imposibles de impresionar. Bella no era así. Era diferente a todas las mujeres que había conocido.

Capítulo 11

Bella nadó tomándose su tiempo, se duchó y fue a la cocina a desayunar. Greta le hizo cita a las dos de la tarde con la *personal shopper* y los de Relaciones Públicas dejaron un mensaje diciendo que tenían reserva en un nuevo club del centro donde la pareja podía dejarse ver. Eran las nueve de la mañana y no sabía qué hacer. No estaba acostumbrada a no trabajar. Comió yogur y fruta y decidió que iría a los establos. Al llegar, Mariel prácticamente le hizo un placaje, dando saltitos de felicidad.

–Cariño, qué calladito te lo tenías. ¡Vaya pedazo de buga!

–Eh... oh, ¿cómo?

–Tenía un buen presentimiento con Harvey y contigo, pero cuando vi el coche, entonces supe que iba en serio. Le he visto sacar a unas doce chicas de casa pero nunca le había visto hacer que una entrara, ¡y con qué estilo!

–¿Qué coche?

–No. ¡No me digas que no lo has visto! Vamos. Ahora mismo. A la entrada principal. ¡Muévete!

Empujó a Bella hacia la entrada en forma de herradura frente a la Villa de estilo español. Justo frente a la fuente, había aparcado un deslumbrante Corvette convertible último modelo, en un brillante rojo manzana de caramelo.

Bella se quedó con la boca abierta.

Se acercó sin poder creerlo, debía ser de alguien, de algún visitante rico. Al llegar al coche, vio que había un sobre pegado al volante con su nombre escrito a mano. Lo cogió y lo abrió. Las llaves cayeron en sus manos junto con una nota que ponía: *mi chica no se mueve en autobús.* –Harvey

Emitió un chillido agudo. Un chillido tipo “tía, no me lo puedo creer, nuestro equipo del cole ha pasado a las finales nacionales”. De esos gritos que se dan con coletas, aparato dental y gloss de labios de mal gusto. Casi arranca la puerta al abrirla y luego hizo una pausa cuando casi había montado por completo en el coche, fue como si se hubiera quedado congelada.

–¿Qué pasa? –preguntó Mariel.

–Nadie había hecho algo tan bonito por mí.

–Disfruta el momento. Esto es tuyo.

–Es la primera vez que monto en un coche nuevo. La primera. Tengo carnet de conducir, pero no he conducido desde que estaba en el Instituto, cuando las letras del coche empezaron a acumularse porque mi padre no lo pagaba; al final se lo quitaron.

–Ya es hora de que conduzcas. ¡Me pido el primer viaje! –Mariel entró al coche de un salto, a través de la ventana abierta del convertible.

–Hey, las botas sobre el papel. No quiero que haya mierda de caballo en mis alfombrillas – bromeó Bella y Mariel se echó a reír, quitándose las botas y lanzándolas fuera del coche.

–¡Vámonos!

El móvil de Bella sonó, era el de trabajo, el que se suponía que debía llevar siempre consigo. La cara de Harvey apareció en la pantalla y ella se apresuró a alisarse el pelo, dándose cuenta de que la llamaba por Facetime.

–¿Te gusta tu nuevo buga? –preguntó él con malicia.

–¡Me encanta! –dijo ella–. Pero estoy en shock. ¡No esperaba que me compraras un coche! A ver, es precioso, perfecto y todo lo que siempre había soñado, pero es tan... diferente a mi vida real.

–Esta es tu vida real ahora. Ahora que estás conmigo –dijo.

–Eres tan dulce, ¿puedo guardarte para mí? –dijo Bella riendo.

–¿Te refieres a una jaula? No, no creo. Pero si te refieres a usar esposas, podemos hablar de ello más tarde. No, espera, borra lo que he dicho. Eso no está en nuestro trato. Y te prometí que sería un perfecto caballero.

Bella ahogó una risa.

–Bueno, no se puede decir que hayas estampado tu firma.

–Pero soy un hombre de palabra. Bueno, ya está bien de hablar. ¡Vete a dar una vuelta!

–Gracias, amor –dijo ella, recordando que tenía que ser cariñosa frente a Mariel–. Ya te daré las gracias como corresponde cuando llegues a casa.

–No olvides tu cita con la *personal shopper*.

–¡Cómo la iba a olvidar!

–Que te diviertas. Me muero de ganas de verte en ese coche. Quería estar allí cuando lo entregaran, pero tuve que marcharme a una reunión.

–¡No te imaginas cuánto te lo agradezco!

–Ha sido un placer. Acostúmbrate a que te mime.

–No sé qué decir.

–Solo sal y diviértete.

–Lo haré. Eres el mejor jefe, quiero decir, el mejor novio del mundo. Me voy a dar una vuelta con esta preciosidad. Que tengas buen día, nos vemos al rato.

–Nos vemos al rato.

–Adiós –dijo Bella con alegría y giró la llave para arrancar.

Mariel soltó un silbido cuando Bella pisó el acelerador y el coche se movió.

–Este coche es increíble. ¿Te das cuenta de que cuesta setenta mil dólares? De pequeña tenía pósters de este coche en mi habitación.

–Tendría que trabajar sin parar durante dos años, sin gastar ni un céntimo, tan solo para poder pagar el coche y los impuestos, ni siquiera el seguro ni gasolina ni nada.

–Por eso es bueno tener un novio millonario, ¿no?

–Sabes que no es por eso por lo que estoy con él, ¿verdad? Quiero decir, sí, es maravilloso que sea tan generoso y cariñoso como es, pero él me gusta por sí mismo. Por lo divertido que es, porque es inteligente y amable.

–Lo sé, estaba tomándote el pelo. De toda la gente que he visto con él, de todas las chicas que han entrado y salido de esta casa, eres la primera que no lleva el signo del dólar en los ojos. Es muy obvio que te sentiste muy afortunada de poder trabajar aquí, no viniste a Arizona a buscar un chico rico.

–Gracias. Me molesta que pueda parecer lo contrario, que vine aquí en plan cazafortunas.

–Tú conduce y disfruta del paisaje –dijo Mariel–. De las montañas, del desierto y de la velocidad.

Bella pisó a fondo y se movieron a una velocidad de vértigo, con el viento haciéndoles volar el pelo.

–¿Cómo se siente? –preguntó su amiga.

–Espectacular. Este coche casi se conduce solo. Es tan potente y a la vez tan suave.

–Ooh, cuéntaselo esta noche –le tomó el pelo Mariel–. A los tíos les encantan las palabras como “potente”.

Siguieron conduciendo, luego se compraron dos *lattes* y bromearon sobre no dejar manchas en el coche nuevo, pero las dos tuvieron muy buen cuidado de no manchar nada, bromas aparte. Las dos sabían lo raro que era tener algo tan bonito y tan nuevo y no querían mancharlo. Volvieron a casa solo porque Mariel tenía que limpiar los establos y Bella que ir de compras. Se encontró en los probadores de unos grandes almacenes con una glamurosa y paciente mujer que la esperaba con una cinta de medir.

Cuando Greta se presentó para darle su apoyo moral, Bella sonrió. Greta la ayudó a elegir cosas que le gustaran y que la *personal shopper* aprobara. Les entró la risa tonta hablando sobre lo bueno que estaba Harvey (“Hasta mi novio admite que mi jefe está bueno” había dicho Greta). En muy poco tiempo, Bella había terminado. Nunca había comprado así. Se dio cuenta de que le encantaba que se preocuparan por ella, que la halagaran, que le pasaran ropa bonita para que se la probara sin tener que preocuparse por el precio. Le encantaba, siempre que tuviese a Greta para defenderla cuando hablábamos de algo loco, como el chaleco de flecos con el que la *personal shopper* quiso ponerse pesada. Cuando Bella se marchó, había una enorme bolsa llena de blusas, vaqueros y vestidos que le iban a mandar a la mansión en cuanto la *personal shopper* encontrara los vestidos y accesorios adecuados para cada look.

Deslumbrada, Bella condujo de vuelta al conjunto residencial. Se dio un baño de espuma y se afeitó las piernas. ¡Era todo tan divertido!

Capítulo 12

La mujer que bajaba por las escaleras de baldosas españolas, vestida para salir a cenar, estaba a años luz de la dulce y sencilla chica de Arkansas con la que él había cerrado el trato. Esta mujer llevaba tacones de siete centímetros, unos vaqueros que abrazaban sus curvas y un top brillante que dejaba al descubierto más piel de la que cubría. Su largo pelo rubio miel caía sobre sus hombros y espalda en una cascada de ondas suaves. Tenía ojos de sirena. Harvey tragó con dificultad, tenía la boca seca. Quería poner las manos sobre aquel cuerpo, levantar en aquel mismo instante ese top y lamer todo el camino hasta la tripa. Podía ver una porción diminuta de aquella tripa, pálida, probablemente con pecas. Tenía que decirle que usara protección solar porque el sol de Arizona podía estropearle aquella piel tan perfecta. Se preguntaba dónde más tenía pecas y se dio cuenta de que era incapaz de articular dos palabras juntas para decirle lo guapa que estaba.

Era como un ángel bajado del cielo.

–¿Cómo estoy? –preguntó Bella, sus ojos brillaban con picardía.

Él abrió la boca para hablar, pero en vez de que salieran palabras de alabanza sobre lo increíblemente sexy y preciosa que estaba, solo salió un rugido. Ella dejó escapar una risa ligera, un sonido que lo hirió como un cuchillo matándolo de deseo.

Harvey se pasó una mano por el pelo rubio arena y se arremangó, mantenía las manos ocupadas para que no se le fueran hacia ella. Estaba obligado a hacer aquella aparición en público, a limpiar su imagen por el bien de su carrera. De modo que subirla en brazos hasta la cama y tenerla allí durante la siguientes doce horas no era una opción práctica. En aquel momento le apetecía ser tremendamente impráctico. La tensión danzó entre los dos mientras él parecía haber olvidado cómo hablar.

–Estás deslumbrante –dijo.

–Gracias. Tú estás muy guapo –Bella sonrió.

–¿Nos vamos?

Le ofreció el brazo a Bella, pero cuando ella lo aceptó, deslizando la mano por el hueco de su codo, él quiso dar un paso hacia atrás, alejarse de aquel toque tan insinuante. Y es que, aunque se trataba de un toque mínimo, lanzaba insoportables oleadas de placer por todo su cuerpo, haciéndole imposible caminar como una persona normal hasta el coche. De ninguna manera era un hombre con poca experiencia. ¿Por qué aquella rubia era diferente? Aparentemente no era sino una mujer atractiva más que podía caer rendida ante sus encantos. Quizás fuese más casera, más inocente y más trabajadora que sus otras conquistas, pero no había nada tangible que decantara la balanza a su favor. Sin embargo era diferente, algo la hacía diferente, y quisiera o no Harvey Carlson empezaba a llevar a Bella grabada en la piel.

El ejecutivo de relaciones públicas que había trazado el plan le aconsejó que llegaran por separado, que luego bailara de forma sugerente con Bella en la zona VIP y que luego los “pillaran” besándose apasionadamente cuando iban a marcharse cada uno en su coche. El concepto era sencillo, el reto era no besarla apasionadamente ahora que se acercaban a los coches por primera vez. Montó en un coche con conductor mientras ella se marchaba en el Corvette, su melena rubia ondeó al viento

al salir del aparcamiento. Verla en aquel coche era tan sexy que le costaba pensar con claridad. O más bien sí podía pensar, pero lo único que se le pasaba por la cabeza era tumbar a Bella en el capó de aquel coche y hacer cosas con ella.

El club de copas tenía poca luz y la música estaba muy alta, pero tenían la sala VIP prácticamente para ellos dos. Allí no se podía grabar ni hacer fotos, pero los de relaciones públicas se aseguraron de darle instrucciones a una camarera para que los grabara con el móvil y lo subiera a las redes sociales. Harvey pidió las bebidas y se sentaron en una mesa privada, bebiendo de la copa del otro, compartiendo tapas y dándose de comer en la boca.

–Podría acostumbrarme a esto –dijo Bella.

–De eso se trata. Acostúmbrate a que te traten bien.

Le dio un beso suave en los labios.

Hablaron, bailaron y rieron.

Harvey bailó con ella siguiendo el ritmo de la música dance, manteniendo sus cuerpos anclados por la cadera. Ella alzaba los brazos al aire y el brillo de su top atrapaba las luces de colores mientras se retorció entre los brazos de él.

Bella subió al pequeño escenario con sus tacones y agitó los brazos, movió la cadera hasta que él la llamó. La cogió en brazos para bajarla y la besó con locura. Cuando llegó la hora de marcharse bajaron cogidos de la mano por la escalera trasera, con la camarera detrás de ellos. Justo antes de abrir la puerta, Harvey puso a Bella contra la pared, colocando las manos a ambos lados de su cabeza y pegó su boca a la de ella. Ella abrió los labios y Harvey se perdió, su lengua dentro de la boca de Bella, la rodilla contra sus muslos.

Harvey sentía el calor del cuerpo de Bella, que se rendía ante él, sabía que estaba excitada. Jadeaba y estaba sin aliento cuando él dejó de besarla. Abrieron la puerta y él volvió a besarla por si había algún otro fotógrafo afuera. Esta vez, Bella sujetó la parte frontal de su camisa y correspondió al beso ardientemente. Definitivamente habían dado pie a una buena foto, pensó él y esperaba que Internet echara llamas con aquellas imágenes.

Se marcharon en coches separados. Durmieron en habitaciones separadas. Más bien ella durmió. Él no logró acallar, ni en su cuerpo ni en su mente, el deseo que sentía por ella. Por la mañana temprano Harvey hizo una hora en el gimnasio y habló con el ejecutivo de relaciones públicas, que estaba encantado con la respuesta al “beso secreto” que estaba arrasando en las redes sociales. Corrían voces que decían que tenía una novia nueva y que no podía mantener las manos lejos de ella. Aquella misma noche tenían que hacer su estreno como pareja en una subasta de caridad y el fin de semana tenían una escapada en el yate de él. Aquello le iba a dar un nuevo sentido a la palabra romance y, con suerte, dejaría estupefactos a los del consejo de dirección.

Harvey no tardó en sentir que tenía tres trabajos: CEO, actor de una peli romántica y hombre que intenta no acostarse con su novia falsa. Habían hablado sobre el acuerdo, Bella había usado la frase “estrictamente platónico” unas cuatro veces y él había accedido. Solo porque hubiese una química tan fuerte entre ellos no podía romper su palabra. Ella dijo que podía besarla en público, pero nada más. De todas formas, si ella dejara de ponerse esa ropa intencionadamente seductora, como el pequeño vestido negro de cóctel, ese que no llevaba tirantes y que se puso para la subasta... Entonces él podría concentrarse.

Harvey tendría que superar todo un fin de semana con ella viajando por la costa de México sin tocarla de forma inapropiada; no podía hacer nada que no hubiesen preparado para las cámaras. ¿Cómo iba a sobrevivir a tantas fiestas bañadas en champagne y a los viajes en yate y seguir siendo un caballero? Solo pensar en ello lo hacía sudar. Por otra parte iba a estar más en forma que en toda

su vida porque no hacía más que quemar toda aquella tensión sexual en el gym. A veces entrenaba dos y hasta tres veces al día, haciendo un circuito para arrancarse la lujuria que Bella le hacía sentir.

Capítulo 13

Su jet privado era tan increíblemente perfecto como todo lo demás que pertenecía a Harvey Carlson y a su estilo de vida. El gran y cómodo asiento tapizado en cuero se reclinaba y tenía un espacio en el que ella podía colocar la copa fría de champagne. Bella vio parte de una película mientras una de las auxiliares de vuelo le daba un masaje en los pies. En realidad eso formaba parte del servicio del jet privado; una de las auxiliares era masajista titulada. Bella comía M&M's de cacahuete y veía la última película de Bradley Cooper mientras una chica llamada Petra le frotaba los pies. Era irónico que aquella fuese quizás la única ocasión en la vida adulta de Bella en que sus pies no estaban en absoluto cansados. Descansaba mucho. La mimaban mientras su pseudonovio hablaba por Skype con la nueva oficina de Jakarta. Una vez en México, cambiaron el avión por un helicóptero que los llevó hasta el yate de Harvey. El yate era tan grande que tenía un helipuerto en cubierta.

–Apuesto a que el alquiler de esto cuesta una buena pasta –dijo ella.

–No. El yate es mío –respondió Harvey.

–Guau. Supongo que después de haber visto el conjunto residencial y el avión ya no debería sorprenderme, pero esto es de locos. Me has dejado totalmente sin palabras.

Era de locos. Que hubiese una piscina con tobogán en una de las cubiertas era de locos. Había una sala elegante y sofisticada, el dormitorio tenía jacuzzi y unas vistas espectaculares del mar. Bella se puso el bikini nuevo y subió a la cubierta de la piscina, donde le dieron un margarita de fresa antes de que pudiera siquiera ponerse las gafas de sol. Se sentó en una tumbona y estaba lista para relajarse cuando Harvey le puso una mano en la pierna.

–Toma, crema para el sol. Me preocupa que te quemes con esa piel clara que tienes.

–¿Y te aseguras de que ninguno de tus empleados se queme?

–Totalmente.

Pasó un camarero y Harvey levantó una mano para llamarlo, luego levantó el bote de crema solar.

–Me preocupo de que no se queme ninguno de mis empleados. Por favor, ponte un poco de protección solar.

Bella se echó a reír mientras el camarero hacía una mueca.

–Ya lo he hecho, señor.

Harvey asintió.

–Muy bien. Puedes marcharte.

Bella estalló en una carcajada. Ahora veía un lado distinto de él, no era ni tan altivo ni tan controlado. Era refrescante.

Él se echó un poco de crema en las manos y empezó a untársela a Bella en los brazos, por los hombros y por la espalda, alrededor de la cintura y en la tripa. Ella se estremecía bajo sus manos.

–Puedo hacerlo yo –tartamudeó–, gracias.

Parecía que él estaba mirándole las piernas. Bella quiso cubríselas con una toalla porque las tenía muy blancas.

Cuando los fotógrafos y el equipo de relaciones públicas la rodearon de pronto, supo que había llegado la hora de las fotos del montaje de pedida de mano. No estaba segura de cómo lo iban a

hacer. Obviamente no se lo explicaron para poder obtener de ella una expresión de sorpresa genuina.

–¿Es hora de que Harvey empiece a declararme su amor? –preguntó.

–No –dijo el fotógrafo–. Solo estamos haciendo fotos, nada de vídeo.

–Bueno, me ayudaría a ponerme en situación.

Harvey la miró fijamente a los ojos.

–Créeme si te digo que sé cómo hacer que te pongas en situación.

Ella se sonrojó.

–Me refería a que si quieres que... que parezca que estoy sorprendida, tenemos que empezar a actuar para que me meta en mi papel.

Harvey le ofreció su sonrisa de estrella de cine, con aquella dentadura perfecta.

–Vale, eso lo podemos hacer.

–Empecemos desde el principio.

–Luces, cámara, ¡acción! –dijo bromeando uno de los fotógrafos.

Bella fingió una sonrisa.

–Tengo algo especial para ti –dijo él cogiéndole la mano para que se pusiera de pie.

Bella lo miró sin saber qué ocurría y él apoyó una rodilla en el suelo mientras sacaba una cajita de terciopelo negro.

Bella sabía que era falsa. Que todo era una puesta en escena. Sin embargo se quedó sin aliento, su mano voló hasta su boca mostrando sorpresa, como si fuera real, como si fuera un gesto romántico auténtico que la tomara por sorpresa. Él abrió la caja y dejó a la vista un anillo de platino coronado por un enorme diamante de corte cuadrado rodeado de diminutos diamantes redondos. Brillaba y centelleaba bajo la inclemencia del sol y Bella lo miraba extasiada.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Es precioso.

–¿Quieres fingir que te casas conmigo? –preguntó él con una enorme sonrisa.

–¡Sí! Me encantaría tener un prometido falso. He oído que es lo último entre los playboys multimillonarios en apuros.

Harvey se rió.

–¿Lo ves? Ese es el espíritu y la actitud que necesito de mi adorada prometida por contrato. ¿Por qué contratar una actriz cuando te tengo a ti?

Bella no podía borrar la sonrisa de su cara. El viento le hizo volar el pelo mientras seguían riéndose y bromeando.

–Muy bien, tortolitos –dijo el fotógrafo–. Sigamos con la comedia.

Por supuesto que solo estaban posando, pero iba a haber fotos de la reacción de Bella y de su abrazo por todas partes. Así que ella agitó la cabeza vigorosamente y él se puso de pie y la besó antes de ponerle el enorme diamante en el dedo. El anillo pesaba mucho. Bella se rió y lo besó otra vez.

–Que corra el champagne –gritó Harvey mientras todo el mundo se reía. Cogió la botella del cubo de hielo y la levantó en un gesto de victoria–. ¡Vamos a celebrar!

El corcho salió volando y le pasaron una copa a Bella. Sonriendo, Harvey le sirvió champagne a todo el mundo. Era tan encantador, el mejor de todos.

–Por mi hermosa, cariñosa y paciente futura mujer por contrato, por lo mucho que me soporta.

–Por Bella –gritó el fotógrafo–. ¡Va a necesitarlo!

Harvey se rió.

–Por Bella.

Brindaron, chocaron las copas y ella bebió un buen trago.

–Me siento como en un cuento de hadas contigo.

Los labios de él cubrieron la boca de ella con su suave beso.

–Te necesito –dijo Harvey–. Porque me haces reír como nadie. Me haces reír cuando ni siquiera tengo ganas de sonreír. Eres muy especial. –Sus labios se apretaron, haciendo que se le marcaran unas líneas oscuras–. No me merezco esto. ¿Por qué haces esto por mí?

–Porque resulta que yo también pienso que eres especial y quiero que tengas una segunda oportunidad. Creo que te la mereces.

Se cogieron de la mano y, siguiendo instrucciones, corrieron y saltaron juntos a la piscina, levantando una ola tremenda en su espectáculo de felicidad y romance despreocupado.

–Estoy loco por ti –dijo Harvey, retirando un mechón de pelo mojado para ponérselo detrás de la oreja–. No pienso tanto en nadie como en ti.

–Y yo, de verdad, no puedo dejar de pensar en ti.

Todas las palabras de ella iban en serio.

Después de retozar un buen rato en la piscina, se salpicaron de forma juguetona, puntuándolo todo con muchos abrazos y besos apasionados, luego se sentaron en el borde de la piscina y bebieron y charlaron juntos.

–¿Te sorprendiste de verdad o es solo que eres muy buena actriz? –preguntó Harvey.

–Pues, digamos que me sorprendí. Hombre, es el diamante más grande que he visto en mi vida. Tendría que estar en un museo, en una corona o algo.

–Me alegro de que lo apruebes.

–¿Que lo apruebe? Jamás me pondría una cosa así en la vida real. ¡Podrían cortarme la mano para robármelo!

–Nadie te va a cortar la mano. No sé a qué tipo de barrios estás acostumbrada, pero ahora viajas de forma segura.

Se acercó un hombre con una bandeja de fruta y Bella escogió una enorme fresa y una copa de champagne.

–Primero el coche y ahora el anillo. Me mimas en exceso.

–De eso se trata. Puedes quedarte con las dos cosas, por supuesto. Te dije que cualquier regalo que te hiciera era tuyo de verdad, esto también.

–¿Esto? ¿De verdad? Este anillo vale más que, más que una casa.

–Véndelo y cómprate una casa cuando todo esto termine si eso te hace feliz. O guárdalo en su cajita de terciopelo como algo sagrado para recordarme. El primer hombre que te propuso un matrimonio falso.

Ella se echó a reír.

Aquella noche durmieron en el mismo camarote. Harvey durmió en el sofá como un perfecto caballero. Bella pensó en el beso de película que él le había dado para ayudarla frente a sus amigas. Fue uno de los besos más espontáneos que le habían dado. Y fue tan tremendamente sexy.

¿Por qué no se podía sacar ese beso de la cabeza?

Le habría gustado que él fuese un poco menos perfecto, o al menos un poco menos caballeroso. Era imposible dormir con él tan cerca. Se quedó despierta en la oscuridad, su cuerpo alerta ante la cercanía de él y ante lo intocable que era para ella. Era tan inalcanzable.

Las revistas y webs del corazón echaron chispas con la noticia y las que se hacían llamar fuentes cercanas a la señorita James decían que su jefe le había hecho tocar las estrellas. Los titulares decían: “¡El CEO que hizo que la chica de la limpieza tocara las estrellas!”. La noticia de su compromiso corrió como la pólvora. Miraron las fotos y leyeron los artículos juntos. Algunos miembros del consejo de dirección de Harvey lo llamaron para felicitarlo y ella se sentó a su lado mientras él hablaba por Skype con un hombre llamado Bellows que estaba muy impresionado por lo comprometidos que se veían con la relación.

Lo único que Bella tuvo que hacer fue apoyar la cabeza en el hombro de Harvey y mirarlo con ojos de adoración, ofreciendo un movimiento de cabeza dulce y tímido y dar las gracias cuando los felicitaba. Harvey no soltó su mano en ningún momento, aunque no se veían las manos a través de la webcam. A ella le resultaba reconfortante que él la apoyara de esa forma. Se maldijo a sí misma por desear estar más cerca de él, por querer tocarlo todo el tiempo.

Capítulo 14

El fin de semana en barco acabó con una escala en San Francisco para una cena de trabajo. Bella se puso un vestido de cóctel blanco nuevo, se recogió la melena rubia en parte y se pintó los labios rojo cereza.

Harvey la llevó al restaurante, con la mano sobre su espalda, muy cerca de su cintura. Ella le aplastó la mano con un gesto juguetón, sonriéndole con más sinceridad de que la habría querido mostrar. Le presentaron al Señor Sánchez y al Señor Domingo, dos hombres que estudiaban fusionarse con una de las filiales de Bellingford Finance's.

Los dos le besaron la mano y felicitaron a la pareja por su reciente compromiso. Bella se sentó en la mesa y le dio un pequeño trago al vino, escuchando la conversación con avidez. Cuando sirvieron los entrantes, se dio cuenta de que el tono empezaba a enfriarse hacia una discusión. El Señor Domingo, especialmente, parecía cada vez más negativo respecto a la posibilidad de una fusión.

–Siempre he pensado que una fusión internacional puede ser problemática. Quizás deberíamos buscar mejor un afiliado en nuestro propio terreno –dijo.

–Verá, Señor Domingo –comenzó Harvey–, le aseguro que tenemos muchos empleados bilingües en el departamento legal que están preparados para aclararle cualquier duda que tenga.

–No creo que sea eso a lo que se refiere, Harvey –intervino ella y todos los de la mesa la miraron como si el servilletero hubiera hablado y no una persona.

Uno de los hombres le dio un codazo a Harvey:

–Controle a su chica de la limpieza.

Harvey se levantó.

–Márchase.

–¿Perdone?

–Ya me ha oído. Que se marche. Ahora. O haré que saquen de aquí su lamentable trasero a patadas. Nadie se refiere a mi prometida en esos términos.

Bufando, se marchó inmediatamente.

–Lo siento, cariño –dijo Harvey.

–Bueno, si la chica de la limpieza puede hablar libremente, me gustaría decir algo.

–Eh, ¿cuál crees que es el problema entonces? –le preguntó Harvey.

–Veamos, Señor Domingo, corrijame si me equivoco. El problema no es que el personal sea bilingüe. Creo que la clave está en que Recursos Humanos no ha participado en la planificación estratégica hasta ahora y al Señor Domingo le preocupa lo que ocurrirá con la plantilla en el proceso de integración.

–¡Exacto! –dijo el Señor Domingo, parecía aliviado.

La mirada de Harvey pasó de los hombres a Bella y luego a los hombres otra vez.

–He estudiado varias fusiones y adquisiciones recientemente y ese punto es uno de los conflictos más importantes en muchos casos, incluso puede parar por completo la comunicación.

–Entonces, si abordamos lo que Bella acaba de identificar como obstáculo, ¿cree que conectarse por Skype con el departamento de Recursos Humanos de Bellingford le sería útil? Podríamos poner sobre la mesa la dirección en la que deseamos que vaya su empresa una vez esté bajo el conjunto de Bellingford y también podríamos intentar conservar la mayor cantidad de empleados posible.

–Sí, eso sería muy satisfactorio –dijo el Señor Domingo mientras cortaba su filete.

Harvey miró a Bella, obviamente estaba impresionado y ella se sentía tan bien que la sensación le llegaba hasta los dedos de los pies.

No era un mero objeto decorativo, había resultado útil para las negociaciones y había podido aplicar algo de lo que había estudiado. Se sentía orgullosa de sí misma y le enorgullecía también poder ayudar a Harvey.

Al volver a casa (Bella empezaba a considerar la mansión como su casa), se alegró de poder relajarse en su habitación viendo la tele mientras saboreaba un bagel con queso crema. Después del torbellino que había vivido en México, de la proposición de matrimonio y de San Francisco, venía bien tomarse un descanso entre apariciones públicas. Pasó unos días nadando, leyendo revistas y planificando su futuro, pero después se aburrió. Se encontró con Harvey en el pasillo, él acababa de cambiarse para ir a una cena de trabajo.

–¿Qué se supone que debo hacer, exactamente?

–¿A qué te refieres? Has venido a todas las apariciones que nos han preparado los de relaciones públicas. Estás haciendo mucho. Nuestras acciones suben como la espuma y me he vuelto a ganar el favor del consejo de dirección. Todo va bien –dijo mientras se colocaba la corbata.

–Durante el día, quiero decir. No tengo nada que hacer.

–Ve de compras, sal a comer. Apúntate a una clase de yoga, no sé –dijo encogiéndose de hombros.

Bella puso las manos sobre las de él.

–Espera, está torcida, déjame arreglarla –Enderezó el nudo de la corbata y alisó la seda lamentando que se marchara. Ya le echaba de menos–. No nos hemos visto mucho últimamente y me preguntaba si debo estudiar algo para nuestros próximos eventos.

–No. Después de salvar la fusión con los españoles el otro día en San Francisco, te has ganado de sobra tu sueldo. Dedícate a divertirte, Bella. Te lo has ganado –dijo y le dio un beso distraído en la mejilla antes de marcharse.

En aquel preciso momento Bella decidió duplicar la carga de sus estudios. Ya llevaba adelantada buena parte de las clases a las que iba. Podía coger más asignaturas para adelantar. Se matriculó en clases adicionales y se puso a trabajar. Las siguientes semanas se le fueron entre lecturas obligatorias, trabajos y citas de autores, además de un par de apariciones en público con Harvey.

Fueron a un concierto al aire libre, a una cata de vinos y a algunos eventos de beneficencia. Corrieron cinco kilómetros en una carrera por el Alzheimer y su foto abrazados al cruzar la línea de meta de la mano inundó Internet, convirtiéndose en trending topic con el hashtag #MetaRelación. Harvey la levantó del suelo y la hizo girar en el aire mientras ella echaba la cabeza hacia atrás y reía. Fue la foto de la pareja perfecta.

Pero Bella estaba muy sola. Usaba las clases de la universidad para llenar la soledad que sentía cuando no estaban juntos. Se dio cuenta de que se estaba enamorando de él y ahora estaba perdida. Había caído en las redes que ellos mismos habían tendido para camelar al consejo de dirección. Creía en cosas que sabía que no eran reales. Él tan solo era un hombre guapo que la trataba bien, eso era todo. Eso, y el Corvette y el anillo de diamante; las dos cosas existían para reforzar la imagen

pública, no tenían nada que ver con ella a nivel personal. Sin embargo eran el lazo que adornaba al gran problema: los sentimientos reales que habían nacido de un romance fingido.

Ser prometida por contrato es una mierda.

Bella empezaba a dormir mal. Se iba a la cama a buena hora y permanecía despierta pensando en Harvey, en los bailes, charlas y besos que habían compartido, en su acuerdo de que todo fuera platónico. Analizó al detalle cada palabra y gesto de él cientos de veces, peor que una colegiala enamorada, intentaba convencerse de que él quería más que una amistad, de que ella le gustaba como algo más que su cómplice de engaño. Deseaba que él sintiera el mismo latigazo de afecto y deseo que sentía ella cada vez que lo veía.

Capítulo 15

Bella bajó las escaleras con unos shorts vaqueros, una camiseta de tirantes y un sombrero, llevaba el pelo recogido en una coleta. Harvey la miró confundido y ella sonrió.

–No puedes ir así a la comida. Por mucho que disfrute viendo tus largas piernas, a la señora Anthony le da un ataque.

–La comida de beneficencia se ha pasado a mañana, fue una cosa de último minuto. Greta no te encontró y yo tampoco. Estabas montando a Sadie. Y luego yo tuve que salir a arreglar algunas cosas para hoy. ¿Estás listo? Tenemos que ir a algunos sitios y ver algunas cosas.

Él arqueó una ceja.

–¿Adónde tenemos que ir?

Aquella cara de confusión era adorable. Se notaba que era un hombre que odiaba perder el control. Pero hoy... no tenía elección. Bella sonrió con malicia.

–Venga, sube a ponerte algo más casual –le dijo–. Te voy a llevar a un sitio.

–Ya veo esa gran sonrisa en tu cara. Te encanta cambiar las tornas conmigo, invertir los roles.

Bella sonrió.

–No vas a ser tú el único que se divierte. Venga, quítate ese traje.

–¿Me das una pista?

–Ponte botas de montaña y una gorra. También te aconsejaría pantalón corto, vamos a estar a más de cuarenta grados. Pero ese es el tiempo normal en Phoenix.

Él dejó escapar su risa profunda, esa que ella adoraba.

Harvey quedó con Bella en la puerta principal y sonrió al ver el Jeep que ella había alquilado.

–Mencionaste un día que querías explorar Phoenix –dijo él–. Yo te lo enseño. Dame las llaves, yo conduzco.

Bella caminó hasta él y sonrió.

–No siempre puedes tener el control.

Él le puso el pelo detrás de la oreja.

–Pero me gusta ir en el asiento del conductor para poder controlar la acción.

–Vamos a ir por algunos caminos complicados, pero no te preocupes, lo tengo controlado.

Harvey guiñó un ojo.

–Me gusta la complicación.

Ella le dio un empujón suave.

–Monta en el Jeep. Siéntate y disfruta. Yo conduzco.

Harvey montó y se puso el cinturón de seguridad.

–¿Adónde vamos?

Ella sonrió.

–No sería sorpresa si te lo dijera, ¿no?

–Qué mujer tan misteriosa.

–Me gusta tenerte en vilo.

–Y lo consigues.

–Tú me has llevado en barco, a cenar a sitios preciosos en limusina, al teatro –dijo–. Todo ha sido fantástico. Ahora me toca a mí enseñarte otra cosa, algo a lo que no estás acostumbrado.

–¿De qué se trata?

–Naturaleza.

Pisó el acelerador y se marcharon. Charlaron y se rieron durante todo el camino. Cuando llegó el momento de conducir fuera de la carretera, Harvey insistió en ponerse al volante.

–¡Ni hablar! –rugió ella mientras conducía sobre la tierra llena de baches–. ¡Aguanta!

Bella estaba maravillada ante el espectacular desierto y las vistas de las rugosas montañas. Había cactus, arbustos salvajes y arena hasta donde llegaba la vista.

El sol brillaba con fuerza y el cielo era de color azul claro. El viento les bailaba en el pelo. Bella miró a Harvey, le encantaba verlo tan feliz y relajado. El camino era extremadamente irregular pero aún así resultaba excitante y divertido. ¡Un chute de adrenalina! Pisaron charcos a toda velocidad y se deslizaron sobre rocas y peñascos.

Las rocas del desierto eran duras y escarpadas, pero valía la pena abordarlas con los dientes apretados y pegando botes. ¡Disfrutaron cada minuto! A veces iban rápido, cargados de adrenalina, otras iban despacio y relajadamente, disfrutando en ambas ocasiones.

Pararon para caminar por las rocas.

Cuando disminuyeron la velocidad para girar en una curva, ¡Bella vio su primer correccaminos!

–No son para nada como el de los dibujos animados –Sacó el móvil para hacerle una foto pero salió desenfocada. Sin embargo pudo hacerle una segunda foto justo antes de que saltara detrás de un cactus.

–No son como los de los dibujos, no. Nunca había visto uno de verdad –dijo él.

Bella bebió de la cantimplora.

–Yo tampoco. Esperaba ver un búfalo del desierto, pero me conformo con esto.

La caminata empezó con una ligera inclinación que serpenteaba entre las rocas. Caminaron siguiendo una hendidura, teniendo mucho cuidado en cada paso. Harvey estaba en forma, así que caminaba como un profesional. Un par de veces tuvieron que ayudarse con las manos para trepar.

Harvey le dio la mano a Bella para ayudarla a subir. Cuando llegaron a la cima, pudieron disfrutar de unas vistas panorámicas y del buen aire.

Bella sonreía de oreja a oreja, levantando las manos en un gesto de victoria por lo que habían logrado y gritó:

–¡Somos los reyes del mundo!

Sonriendo, Harvey la levantó y la hizo volar por los aires mientras estallaban en una carcajada.

–¡Lo hemos logrado! –dijo él.

–¡Somos los mejores!

Bella levantó el móvil y se hicieron un selfie para subirlo después a las redes sociales.

Tras la caminata volvieron al Jeep. Condujeron sobre las rocas rojizas, rodeados de las imponentes paredes del cañón, cuyos colores explotaban bajo el potente brillo del sol.

Bella aparcó el Jeep y sacó cosas para comer. Había echado un mantel de cuadros blancos y rojos y una gran cesta de comida. Incluso echó una hielera con agua fresca.

–Solo te pongo una condición –dijo–. No puedes usar el móvil.

–No lo he mirado ni una vez.

–Pero podrías tener la tentación ahora que hemos parado.

–Lo dejaré en la guantera.

Harvey extendió el mantel bajo la sombra de un árbol y comieron sándwiches.

–¿Esto es una cita romántica sin paparazzis? –preguntó.

–No es realmente una cita.

–¿De verdad? A mí me parece romántico. Estoy aquí sentado con una mujer preciosa, en un lugar remoto, disfrutando de una comida al aire libre. Estamos rodeados de una belleza espectacular.

¿Cómo no va a ser romántico?

Ella inclinó la cabeza con una mueca.

–No es una cita romántica. Pero gracias por el cumplido.

–¿No es una cita romántica? Pues sí que sabes herir el ego masculino. ¿No vamos a enrollarnos?

–Creo que no. Venga, no parezcas demasiado desilusionado.

Él miró el móvil.

–Creo que les voy a mandar nuestra localización exacta a los paparazzis. Así nos veremos obligados a dar el espectáculo.

Bella le dio una bofetada juguetona.

–¡Para! Nada de llamar a la prensa. Quiero que solo estemos tú y yo. Te he traído aquí para enseñarte que la vida es mucho más que estar encadenado a tu mesa de trabajo. Tienes mucho estrés y quería traerte a un sitio silencioso y tranquilo donde te desestresaras.

–Esto es una maravilla para mi alma –dijo él.

–Bien, de eso se trata.

Un águila voló sobre sus cabezas en el cielo azul, pasando a toda velocidad. Estaban disfrutando la serenidad del cañón y la espectacular belleza de Arizona.

–Veo que te encanta la naturaleza –dijo Harvey.

–Sí. Antes la usaba para alejarme de mi padre cuando estaba borracho. Mi hermana y yo pasábamos horas al aire libre, a las dos nos encanta. Cada vez que estoy estresada salgo a la naturaleza y lo miro todo, No se puede escapar de los problemas, pero me gustaba marcharme para disfrutar de un momento de tranquilidad. Lo he pasado muy mal, pero también lo he pasado bien. Cuando mi padre estaba sobrio solíamos ir a la playa. Aún recuerdo el olor de la sal en el aire, el sonido de las gaviotas volando sobre nosotros, mis pies aplastando la arena blanda, las olas chocando contra la orilla. Jugábamos al volleyball, luego comíamos helado y les dábamos pan a las gaviotas. Así que supongo que asocio los buenos momentos con estar al aire libre.

–Son recuerdos muy bonitos.

–Siempre había querido ver el desierto. Y ahora lo he visto. Puedo tacharlo en mi lista.

Él miró a su alrededor.

–Esto es precioso. Qué majestuosidad, es increíble. Me alegro de que me hayas obligado a parar un poco.

Bella se rió ante su comentario.

–Sí, es genial. Ya había venido unas cuantas veces en mis días libres. Esto me había dejado alucinada, así que pensé que podía arrastrarte hasta aquí aunque fuera gritando y pegando patadas.

–No he gritado ni dado patadas. Me encanta pasar tiempo contigo, Bella. Me has enseñado cosas que me estaba perdiendo. En el poco tiempo que llevamos de conocernos me has enseñado cosas que nadie me había enseñado. Me has hecho ver que vivir detrás de un escritorio no está bien.

–Si puedo dejarte algo, que sea... sal y vive la vida. La vida no está en el dinero, en el estatus ni en el poder. Respira hondo y mira a tu alrededor, sabes que tengo razón.

Bella miró los preciosos ojos de él y sintió que se le encogía el estómago.

–Me has enseñado una lección de vida que no olvidaré jamás. Revisar constantemente mi email es desperdiciar mi vida. Supongo que no me había dado cuenta de cuánto me absorbe el trabajo.

–Si vives para trabajar te pierdes lo mejor de la vida.

–Empiezo a verlo. A veces me cuesta relajarme.

–¿A veces?

–Vale. Muchas veces.

–Se trata de encontrar el equilibrio. Y ahora mismo la balanza está totalmente del lado del trabajo.

–Mi padre me dijo que nunca llegaría a nada –confesó Harvey en voz baja–. Supongo que quiero demostrar que se equivocaba. Nunca se lo he contado a nadie.

–Has hecho muchas cosas. Creo que has demostrado lo mucho que vales. Estaría orgulloso de ti, tanto como yo. Así que intenta relajarte un poco.

–No quiero ser como me ve la prensa –dijo.

–Estás acostumbrado a seducir mujeres y a tener todo lo que quieres.

–Ese no es quien quiero ser. No es que esté poniendo excusas, pero no he tenido un buen modelo a seguir. Mi padre perseguía mujeres todo el tiempo. Tristemente, he seguido sus pasos. He tenido mujeres. Dinero. Estatus. Poder. Una mansión. Un avión. Un yate. Creía que mi vida era perfecta, pero ahora veo que no lo era tanto. Quiero ser mejor persona para así poder un día merecerme a alguien como tú.

Se miraron a los ojos y compartieron un momento de silencio.

¡Vaya si era intensa aquella mirada!

Él agachó la cabeza y sus labios rozaron los de ella. Él tenía los labios suaves. Bella sintió que se le aceleraba la respiración mientras la electricidad recorría su cuerpo.

Harvey se apartó.

–Lo siento.

–No, yo lo siento.

–No debo liarme con una empleada tan valiosa. Lo mismo un día diriges una de mis empresas.

Bella sonrió.

–Eso te lo aseguro. –Él confiaba demasiado en ella–. Pero eso es el futuro. Hablemos del presente, de cuando se acabe este trabajo –dijo–. ¿Seguiré trabajando para ti? ¿Qué le vamos a decir a la gente?

–¿Quieres volver a limpiar?

–Sé que me pagas por hacer este trabajo, pero voy a usar el dinero para pagar la universidad, para saldar mis deudas y para ayudar a mi hermana con sus clases. Tengo que ganarme la vida de alguna manera hasta que acabe la licenciatura.

–Si quieres quedarte te puedo dar trabajo de oficina. Puedo empezar a enseñarte cosas, así cuando acabes la carrera puedes tener un mejor puesto en la empresa.

–Supongo entonces que mis días de limpiar se han acabado. Ya no voy a tener que trabajar para que las mesas de otros brillen.

–Ese trabajo era solo un escalón, nada más. No tienes por qué avergonzarte de ello. Eres inteligente y tienes mucha determinación. Vas a llegar lejos en la vida. Eres una mujer fuerte y segura de sí misma, sé que nada te detendrá.

Le tocó la mano y ella sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

–Pero no puedo vivir en tu casa siendo una empleada. Especialmente tras la ruptura falsa. Tengo que volver a la casa del personal. Tendré que fingir que estuve saliendo contigo y que lo dejamos. No quiero tener que mentir. Puede que me busque un piso. Mis antiguos compañeros no trabajan en tus oficinas, así no tendría que mentirles.

–Me parece un buen plan.

Capítulo 16

Una noche en la que Bella no conciliaba el sueño se puso el bañador y salió a la piscina. Sus brazos se movían partiendo el agua iluminada, las patadas rítmicas de sus piernas hacían que el ligero chapoteo se diluyera en el silencio de la noche vacía.

No vio a Harvey entrar en el agua, pero sintió su movimiento. Unas olas que ella no había provocado. Sacó la cabeza y se lo encontró de frente, con el pelo rubio chorreando y su ropa en una montaña al borde de la piscina. Sin camisa, musculoso y demasiado cerca para que ella pudiera sentirse cómoda. Harvey nadó hasta llegar adonde Bella estaba. La luna brillaba sobre él. Había gotitas que se deslizaban sobre su atractivo rostro y tenía el pelo echado hacia atrás.

Estaba tan sexy, tan atractivo. A Bella se le pasaron todo tipo de fantasías por la cabeza, pero intentó tranquilizarse.

–¿Has tenido un mal día? –preguntó.

La penetrante mirada de él no la abandonaba.

–No podía dejar de pensar en ti. Así que he venido a verte, porque verte es la mejor parte del día.

Ella tocó su pecho musculoso.

–No deberías pensar en mí tratándose de una relación falsa.

–Es que eso es lo que ocurre, Bella. No quiero que esta relación sea falsa. No es justo que solo te pueda besar cuando haya cámaras grabando. Ahora no hay cámaras, así que sé que no debería estar aquí, intentando robarte un beso. Pero a la porra las reglas. Estamos solos. Sin cámaras. Lo que siento por ti es real. Absolutamente real. Y no sé qué hacer con ello.

–Sé que los dos nos sentimos atraídos, eso está claro.

–Es más que atracción. Me has robado el corazón. Solo puedo pensar en besarte.

Ella le lanzó una mirada seductora.

–Yo también lo deseo, pero tenemos que ser profesionales. Dijiste que eras un hombre de palabra. Un beso podría romper nuestro trato, no debemos romper nuestro contrato verbal.

Harvey la abrazó.

–Voto porque renegociemos el contrato.

Los ojos de Bella brillaron con malicia.

–También podemos añadir una cláusula.

–Besarnos aunque no haya medios de comunicación a la vista está permitido.

–Hmm –dijo ella–. Eso es muy interesante. ¿Eso significa que podemos besarnos siempre que queramos?

–Yo estaba pensando en besos húmedos, con la boca abierta, lengua incluida, a cualquier hora, cualquier día. ¿Podrías con esa cláusula?

–Creo que necesitamos unos términos más seguros –dijo ella–. ¿Y si los besos nos llevan a otra cosa?

–Los besos nos pueden llevar a un sexo maravilloso.

–Me encanta besar y que me besen. También me encanta el sexo maravilloso.

Harvey le acarició la cara y cubrió su boca con la de él sin decir ni una palabra más. Los brazos mojados de ella se entrelazaron alrededor de su cuello y murmuró algo en los labios de él, quizás una protesta que se perdió en la pasión, mientras la lengua de él se hundía en su boca, con sabor a cloro, caliente, con todo lo que Bella deseaba.

—No sé qué tienes que siempre quiero más —dijo Harvey contra su cuello—. Quiero que sientas lo que no has sentido nunca.

Ella prácticamente ronroneaba cuando él le lamió el cuello y la apretó contra su cuerpo.

Bella se derritió, como si toda su determinación, todas sus objeciones perfectamente racionales respecto a liarse con Harvey, a desear una relación de verdad con él se hubieran evaporado. Todo se había quemado en el infierno de sus besos. Bella ya no puso ninguna resistencia. Lo único que la había mantenido alejada de él era pensar que no la quería. Ahora que sabía que para Harvey lo suyo no era una mera actuación, era suya.

Bella se enroscó sobre él, es la única forma para describir cómo sus largas piernas lo envolvieron, enrollándose sobre su cadera, besándolo con locura, como si nunca fuera a parar. Puso en ese beso cada gramo del amor y atracción que sentía por él.

Harvey movió la boca hacia el cuello de Bella, encendiendo chispas de deseo en ella, haciendo que escalofríos calientes recorrieran su cuerpo. Bella quería más, así que lo buscó, se colgó de él. Se sujetó de sus hombros mientras la boca de él bajaba hacia su escote. Ella gimió y apretó la cara de él para que estuviera más cerca.

Él deshizo el nudo de su bikini y se lo quitó, dejando que los dos triángulos naranjas de spandex flotaran alejándose de ellos. El frescor del agua sobre sus pechos desnudos la sorprendió y se le erizó la piel antes de que las manos templadas de él acogieran sus pechos. Sus pezones se pusieron duros al sentir el tacto de él. Bella se frotó contra él, presionó los pezones contra sus manos.

Con un solo movimiento, Harvey la levantó y la puso en el borde de la piscina, en topless, temblando por él. Él salió de la piscina, cogió una toalla y le secó la cara con suavidad, luego el cuello, luego frotó la tela suave contra sus pechos sensibilizados, jugando con sus pezones, luego le secó la tripa.

Bella se retorció ante sus cuidados y finalmente se sentó erguida, sujetando la cara de Harvey entre las manos para besarlo con fuerza. Montó sobre él, quedando a horcajadas sobre su cadera. Sentía la presión de su potente excitación y se frotó contra ella hambrienta, deleitándose en la sensación.

En cuestión de segundos se habían deshecho de a otra parte del bikini y habían liberado su erección. Él exploró la suavidad de los muslos de ella con su rígida espada y ella se clavó encima con un gemido de placer. Bella le mordisqueaba el lóbulo de la oreja mientras se balanceaba sobre él. Harvey le apretaba la espalda con la mano, moviéndola contra él al ritmo que quería, enseñándole cómo debía montarlo. El deslizamiento húmedo sobre él hizo que Bella se quedara sin respiración, que se sintiera necesitada, hundió las uñas en sus hombros mientras seguía moviéndose.

Pequeñas gotas heladas que le caían del pelo se deslizaron sobre el pecho de Bella y entraron en ella. El rastro del agua fría sobre sus pezones sensibles la excitó aún más y se movió sobre Harvey como un molino. Hasta que él la sujetó por las caderas para apretarla hacia abajo, embistiéndola con fuerza hasta que algo brillante, frío y espectacular pareció explotar dentro de ella. Cuando sus gritos agudos partieron la noche en dos, sintió que Harvey se corría, sintió el temblor de sus brazos, su respiración acelerada y el gemido gutural que lanzó contra su pelo mojado al llegar al orgasmo.

Bella se tumbó junto a él, apagada, sacudida. Él le besó la cara, la frente, las mejillas y los labios cien veces. Harvey se estiró sobre la piedra y dejó que ella se tumbara sobre él, estrechándola

entre sus brazos. Ella sentía la humedad entre las piernas, en el lugar en el que él había estado y tenía ganas de llorar de lo mucho que deseaba volver a sentirlo allí. Sollozó un poco en su pecho.

Él simplemente le acarició el pelo sin cuestionar su ataque de emoción. Bella se dijo enfadada que probablemente él estaba acostumbrado a que las mujeres se vieran desbordadas de placer y cariño, a que perdieran el control emocional en sus brazos. Tal vez eso le ocurría todos los días a Harvey Carlson. La novia del momento. El ligue del momento acababa de darse cuenta de que la habilidad de él no sustituía al amor. Bella se maldijo por pensar que lo que acababan de hacer junto a la piscina podía llegar a más. Él solo había dicho que la deseaba, lo que no podía contarse como declaración de amor. Se apartó de sus brazos.

–Lo siento, Bella –dijo Harvey–. Me he dejado llevar, sé que prometí que nuestra relación solo sería platónica.

–Por favor no te disculpes, yo insistí en que añadiéramos una pequeña cláusula. Yo deseaba esto tanto como tú.

–Los dos nos deseábamos. Hemos estado mucho tiempo juntos, con todas esas poses para los medios es normal que se cree un poco de tensión sexual. Por lo que a mí respecta, hace semanas que siento cosas por ti. Me ha encantado descubrir que los sentimientos eran recíprocos y que te intereso más allá de la paga.

–Hemos cruzado la línea. Teníamos un trato y...

–¿Por qué solo podemos estar juntos si hay un contrato de por medio? El mundo ya piensa que somos pareja. ¿Por qué no lo hacemos real? ¿Por qué no estar juntos tanto como queremos?

–Porque no creo que pueda estar contigo sin creérmelo. Empezaría a pensar que es amor de verdad o algo así, que es lo que le estamos enseñando al mundo.

–¿Y por qué no puede ser?

–Porque la vida no funciona así. Los chicos como tú no se enamoran de chicas como yo, Harvey. Pueden tontear con nosotras, bailar con nosotras, incluso pegarse un revolcón, pero cualquier otra cosa es un cuento de hadas.

–¿De verdad piensas que estamos sometidos a un sistema de clases? Tú eres la chica a la que elegí de entre todas para que fingiera estar prometida conmigo.

Ella se rió.

–¿Estás de broma? Ya te he dicho que no voy por ahí acostándome con unos y con otros, corro el riesgo de enamorarme en serio de ti.

–No es ninguna broma, cariño, hablo en serio. Me gustas, Bella, creo que podríamos funcionar, tenemos tantas posibilidades como cualquier otra pareja. Ven a mi habitación conmigo y déjame que te lo demuestre.

–No tienes ni idea de cuánto me apetece creerte, pero es demasiado arriesgado para mí. ¡Yo lavaba platos en una taberna mientras tú estudiabas en Wharton! Hay un golfo entre nosotros, ninguna cantidad de atracción sexual serviría para tender un puente.

–No creo que técnicamente se pueda tender un puente sobre un golfo. Sobre un foso, quizás o sobre un estrecho. Pero un golfo es demasiado grande, desde el punto de vista geográfico.

–Esa actitud no te ayuda, compañero –dijo ella esbozando una sonrisa involuntaria.

–Incluso sobre un cañón, pero no sobre un golfo. El Golfo de México, por ejemplo, creo que tiene unos mil kilómetros de ancho en su parte más estrecha. Desde el delta del Mississippi hasta la Península de Yucatán. Lo leí cuando buscaba información para nuestro viaje a México, para que lo sepas.

–¿Y cómo sabes esas cosas?

–Ya te lo he dicho. Busqué información de México.

–¿Y decidiste memorizar todos los datos sobre el Golfo? ¿De verdad?

–Soy un hombre del Renacimiento, ¿qué te puedo decir? Me gustas y quiero pasar más tiempo contigo. No digo que esté preparado para sentar cabeza porque no lo estoy, pero eso no debería ser un obstáculo para nosotros. No deseándote tanto como te deseo –sonrió de oreja a oreja.

Era tan increíblemente atractivo cuando sonreía así que algo dentro de ella se movió.

–Me gustas, Harvey. Me gustaría estar contigo, pero no me fío.

–Pues no te fies de lo que no te quieras fiar pero confía en mí. Yo no te voy a hacer daño, cariño. No hay riesgo respecto a eso. Soy exactamente como piensas que soy; un tío rico que se acostaba con demasiadas mujeres y que pasa la mayor parte del tiempo trabajando. Que no le gusta lo dulce y que hace deporte para evitar pensar en ti todo el tiempo.

–¿De verdad?

–La tensión sexual, como la has llamado, viene junto con una camionada de energía física extra. Tenía que hacer algo para no ponerte las manos encima.

–¿Por qué? ¿Por qué no querías ponerme las manos encima? He estado deseando que me tocaras –dijo ella con un poco de timidez y las mejillas encendidas.

–Entonces tienes que venir a mi habitación conmigo. Tenemos que aclarar algunas cosas y creo que a mis manos les apetece tocarte.

Bella emitió una risa ligera mientras una sensación de felicidad se apoderaba de ella. En su corazón florecía la creencia de que tal vez, solo tal vez, un hombre como Harvey Carlson podía aprender a querer a una chica como ella.

Capítulo 17

Eran felices. Pasaron todo el día siguiente juntos en la cama. Harvey le mandó un mensaje a Greta para que cancelara todas sus reuniones porque necesitaba un día para asuntos personales. Luego apagó el móvil y centró toda su atención en despertar el cuerpo de Bella. La besó en sitios que nadie la había besado. La hacía reír, la hacía gritar, era todo para ella. Bella no pensaba en otra cosa.

–Solo existes tú –le dijo, demasiado asustada al admitir que estaba enamorándose, le asustaba aún admitirlo ante ella misma.

Él la besó y le dijo que era suyo. Fueron los mejores días, los más bonitos que Bella había vivido.

Cuando él se marchaba a trabajar la llamaba, le mandaba mensajes o fotos súper graciosas e incluso le pedía opinión sobre asuntos de negocios. Bella adelantó de forma espectacular en los estudios, más rápido que nunca. Obtuvo notas estelares y se adelantó al programa, entregando trabajos que correspondían a temas que ni siquiera habían visto. Se sentía como si estuviera dentro de un arco iris, con remolinos de colores brillantes a su alrededor, todo era fácil y bonito con Harvey a su lado.

Las semanas pasaron volando. En un estreno de alfombra roja en Los Ángeles Bella se puso un vestido de noche de Monique Lhullier y figuró en la lista de las mejor vestidas. Fueron a una carrera a beneficio de niños con enfermedades terminales, a varias cenas de entrega de premios y a otra subasta de beneficencia. Un sábado Harvey la sorprendió alquilando un globo aerostático para llevarla a un picnic privado. El globo era majestuoso, de color azul profundo, igual que el cielo de Arizona, aunque con rayas de un blanco inmaculado que hacían que el azul pareciera aún más intenso. Mientras la enorme bolsa de seda se hinchaba y empezaba a propulsarlos hacia arriba como una seta gigante que cobraba vida, Bella sujetó la mano de Harvey, tan sorprendida como encantada de poder compartir aquello con él. Admiró las vistas panorámicas del rugoso desierto de Arizona.

–¿Qué te parece? –preguntó Harvey.

–Me parece que, oficialmente, me has dejado loca. Se ve todo a vista de pájaro. Es una experiencia mágica. ¡Es arrebatador!

Él la abrazó y la besó con suavidad.

Paseaban llenos de paz, como en un sueño.

Fabrice les había preparado una comida digna de reyes; un festival de los platos favoritos de Bella para que los comieran cuando bajaran en algún lugar. El placer de flotar sin prisa se extendía frente a ellos, sin horarios ni fotografías. Podía ser “solo nosotros, sin cámaras”, como habían sido aquella noche bajo la luna después de nadar.

Cuando Harvey la levantó para meterla en la profunda góndola que había debajo del voluminoso globo, la miró a los ojos.

–Eres tan hermosa –dijo.

–Gracias. Tú eres tan dulce.

Se sentía halagada por su obvia adoración, se sentía como si los dioses les hubieran sonreído para darles fortuna y para hacerlos tan felices como lo eran en aquel momento. Se dieron la mano, se

besaron y señalaron edificios y colinas por debajo de ellos. Las vistas eran cada vez más exquisitas. Bella hizo docenas de fotos con el móvil, en alguna que otra asomó la cara por un costado para hacerse un selfie.

—¿La vas a tuitear para que la vean todos nuestros seguidores? —bromeó Harvey.

—No, esa es solo para mí —dijo ella con un guiño astuto, guardándola en la memoria. Se pegó a él y él la abrazó. En las alturas hacía un poco de frío.

—Sé que comeremos cuando aterricemos, pero creo que esto merece un brindis.

—¿Champagne a mil pies de altura? ¡Cuánto glamour! —bromeó Bella, aceptando la copa de cristal que él le acababa de servir. Bella la bebió agradecida, sintiéndose la mujer con más suerte del mundo.

Cuando Harvey le ofreció más ella meneó la cabeza, diciendo que ya estaba bastante mareada por la altura del globo. Harvey revisó la altitud y buscó un sitio adecuado para aterrizar. Haciendo que el globo bajara lentamente, consiguió que la góndola se posara con suavidad en un espacio abierto. Ayudó a Bella a salir de la cesta y sacaron la comida.

Extendieron una gran manta de cashmere en el suelo. Bella abrió la cesta de picnic y sacó platos de porcelana y cubiertos de plata. Había un paquete de gambas sobre un lecho de hielo, Bella las colocó en un plato, echando las salsas en los pequeños cuencos que tenían. Había verdura a la plancha en otro plato. Untó unas pequeñas tostadas con una *tapenade* salada. Bebieron limonada casera en una botella que se pasaban de uno al otro y comentaron lo delicioso que estaba todo.

Tumbados uno al lado del otro sobre la manta, miraban las blancas nubes que se deslizaban sobre el cielo brillante. Harvey se apoyó en el codo y le retiró a Bella el pelo de la cara. Sonrió y empezó a cantar: “You’ve got eyes of the bluest kind...” A ella le dio risa.

—¿Qué pasa, nunca te han dado serenata en una cita? —preguntó.

—No, ni siquiera había imaginado que pudiera ocurrir. Y si lo había imaginado no habría elegido una canción de Metallica.

—Guns n Roses. Qué sacrilegio no saber qué grupo cantaba aquello.

—¡Pero si fue antes de que yo naciera!

—De todas formas es un clásico —argumentó él y ella lo besó.

—¿Cuánto falta para que vengan a recogernos en Jeep? —preguntó Bella.

—Media hora, ¿por?

—Hazme el amor en la góndola —dijo ella, sonrojándose al sugerirlo.

—No me lo digas dos veces.

—¿Tu atracción por mí sobrevivirá a mi incapacidad para recordar lo que cantaban los Guns n Roses?

—Intentaré ser fuerte a pesar de tu educación incompleta —dijo él con picardía y la besó, poniendo la mano en su nuca para zambullirse en su boca.

Fueron hasta la cesta con pasos torpes, sin dejar de tocarse en ningún momento. El camino desde la manta hasta el globo quedó marcado por un rastro de la ropa que iban quitándose. El chaleco de él, la chaqueta de ella, los zapatos que los dos se quitaron de una patada, el cinturón y la camisa de él, los vaqueros de ella; todo dejaba un rastro hacia el lugar de su encuentro.

Arrancándose el resto de la ropa, montaron en la góndola. Harvey y Bella se tocaban y se besaban, resguardados del viento por las altas paredes de la cesta. Completamente desnudos, les costó encontrar una postura cómoda en la pequeña góndola, que además tenía las tres botellas de propano dentro. Finalmente Harvey tomó el mando y le dijo a Bella que se tumbara bocarriba.

Harvey le levantó las piernas para apoyarlas sobre sus hombros y se arrodilló entre sus muslos. La ola de deseo ya se agolpaba en el pecho de ella cuando Harvey le empujó las piernas para llegar hasta su pezón y poder cubrirlo con la boca para saborearlo con su ardiente lengua. Luego, mientras Bella intentaba recuperar la respiración, sus dedos arañando detrás de ella, él empujó y entró a fondo de una sola vez, haciendo que un grito escapara de sus labios. Bella se tapó la boca con la mano, avergonzada por haber gritado de una forma tan obvia, pero él le quitó la mano y le susurró:

–No, quiero oírte. Aquí solo estamos tú y yo, cariño.

Colgó una de las piernas de ella sobre su ancho hombro y empezó a empujar sobre el cuerpo suave y deseoso de ella. Bella cerraba los ojos con fuerza, quería memorizar la sensación de tenerlo encima, de sus piernas contra el pecho de él, su potente erección penetrando en ella, la humedad, el calor y el dulce aroma de la excitación de los dos llenando la góndola.

Abrió los ojos y miró al cielo brillante encima de ella, a la cara de él, a la intensidad de sus ojos mientras le hacía el amor en aquel lugar tan único tan solo porque ella se lo había pedido. Lo hacía para evitar que sus labios dejaran escapar una declaración, mientras él le arrancaba un lamento largo y agudo al hacerla estallar en un orgasmo.

Le temblaron las piernas y movió la cabeza hacia adelante y atrás sin ningún control; los dedos de Harvey la frotaban entre las piernas mientras la embestía. Bella se quedó floja, inmóvil, mientras él acababa dentro de ella y ella lo disfrutaba. Adoraba vivir dentro de aquel cuerpo que había hecho que Harvey Carlson se hubiese corrido con tanta fuerza que pronunció su nombre apretando los dientes.

Bella emitió un pequeño gemido de placer al oír su nombre en los labios de él. Harvey le bajó las piernas, salió de ella y la acercó para poder besarla con profusión. Ella entrelazó los brazos detrás del cuello de Harvey con poca fuerza, medio dormida y dejó caer la cabeza sobre su brazo mientras él la besaba. Estaba llena, satisfecha y cansada. Deseó con pereza que tuvieran la manta en la cesta para cubrirse porque una siesta post-coital habría sido divina.

Luego oyó el pitido de un coche. Sus ojos somnolientos se abrieron inmediatamente. Había llegado el Jeep que venía a recogerlos. Estaban desnudos y su ropa estaba por todo el suelo. Mortificada, se encogió dentro de la cesta sin saber qué hacer.

–Chicos, ¿podéis lanzarnos la ropa? –gritó Harvey con soltura.

Los hombres se echaron a reír y les tiraron las prendas dentro de la cesta. Lo primero que cayó fue una camiseta y Harvey se la pasó a Bella sin decir una palabra. Ella se envolvió agradecida. Por nada del mundo quería que los empleados de una empresa de globos aerostáticos la vieran desnuda. Una a una, las prendas fueron recuperadas y salieron de la góndola. Harvey sonreía, Bella estaba avergonzada.

Él le dio un beso en la cabeza.

–Relájate, cariño, no es que el director del colegio acabe de pillarnos. No estábamos haciendo nada malo.

Volvieron en el Jeep hasta el sitio desde donde habían despegado y montaron en el Corvette. Bella paró en un restaurante de comida rápida para que Harvey probara su primer nugget de pollo. Harvey aún se reía de lo malo que estaba cuando aparcaron en la entrada en forma de herradura del conjunto residencial, entonces dijo:

–Mierda.

–¿Qué? ¿Has tirado fritura en mi coche? Porque esto tiene que estar immaculado –dijo Bella bromeando.

–Mi hermano –dijo con la voz ahogada.

–¿Tienes un hermano?

–Tengo un gemelo.

–¿Y por qué eso no sale en Google? Y, ya que estamos, ¿por qué no me lo has contado?

–Esperaba que permaneciera debajo de su piedra y no reptara hacia la luz del sol. Es un tipo muy... negativo, Bella. No lo llamaría necesariamente sociópata, pero tampoco te aseguraría que no lo sea. –Harvey se frotó la cara con una mano, frustrado–. ¿Podrías irte a un hotel hasta que él se vaya?

–¿Quieres esconderme?

–No. En realidad no quiero que la ponzoña de su presencia manche lo que tenemos.

–Te estás poniendo dramático. Me encantaría conocer a tu hermano.

–Vale. Puede que mi reacción sea exagerada. Pero no... No porque sea mi hermano creas que es de fiar –dijo Harvey cogiéndola de la mano y apretándosela. Bella se quedó planchada por su desesperación.

–¿Me va a venir a contar todas las trastadas que hacías de pequeño?

–Ojalá fuera solo eso. Ha pasado los últimos cinco años en Europa. Antes de eso pasó algún tiempo en Asia, hasta que recibió una petición gubernamental para que saliera de las fronteras de Tailandia.

–¿Lo echaron de Tailandia? Pero, ¿de todo el país?

–Exacto. Mira, Ryan es... muy parecido a nuestra madre, no da puntada sin hilo. Si pide una tostada en el desayuno es porque tiene algún plan, porque pretende...

–¿Usarla en mi contra en un ataque hostil?

–No conoces a mi hermano –dijo Harvey–. Me pone muy nervioso, de verdad.

–¿Qué hace aquí si lo odias?

–No lo odio, es solo que no disfruto su compañía. Aparece cuando le viene bien.

–¿Necesitará dinero?

–Poco probable. No se puede decir que mi padre haya dejado a sus hijos empobrecidos. Yo he invertido mi herencia para crear una carrera corporativa de éxito. Ryan está consagrado a derrocharlo todo en viajes y mujeres, pero necesitaría varias vidas para poder acabarse su herencia.

–Y si tienes tanto dinero, ¿por qué te importaba tanto perder tu puesto en Bellingford? Es decir, ¿por qué exactamente me contrataste para ser tu novia?

–No quería manchar mi reputación profesional –dijo como si fuera algo obvio.

–Bueno, deja de poner excusas y vamos a encontrarnos con tu gemelo malvado.

–Lo dices como si fuera una broma –dijo Harvey con sequedad y la llevó al interior de la casa.

Harvey deseaba que el maldito hijo de puta se hubiera quedado lejos. Era un problema con patas, vestido con chaqueta de cuero, ni más ni menos. Que su hermano estuviese cerca de Bella le ponía los pelos de punta. Ryan, más que malvado, era insinuante. Podía hacerte creer prácticamente cualquier cosa si le dabas tiempo. Solo los que lo conocían bien –como su hermano gemelo– sabían que siempre representaba un papel, siempre ganaba al juego que jugaba. Así que si Ryan decidía que le divertía llevarse a Bella para que se enamorara de él en cuestión de días, o si quería convencer al comité de dirección de Bellingford de que él era Harvey y Harvey era el impostor (algo que ya había hecho en la universidad y que casi le costó a Harvey su MBA), era solo cuestión de tiempo que lo lograra.

Harvey quería y odiaba a su hermano. Se había preguntado en más de una ocasión si necesitaría una bala de plata para poder matarlo. Se preguntaba muy en serio si no llegaría el día en el que tuviese que ser él mismo quien apretara el gatillo. Porque Ryan era destructivo, no le perdonaba la

vida a nadie. Harvey era mucho más feliz cuando su hermano estaba emborrachándose y jugando en los mejores casinos y burdeles de Europa. Pero ahora estaba aquí, bebiéndose el buen whisky de Harvey en su salón.

Harvey vio cómo la mirada de Bella pasaba de uno a otro como si estuviera estupefacta por el parecido casi antinatural. Ryan llevaba el pelo más corto. Su postura era más rígida, casi encogida. ¿De verdad había amenaza en la forma en la que estaba sentado en el sofá, con los brazos abiertos en un gesto de dominación? ¿O se trataba tan solo de una construcción de la mente de Harvey? Se sintió amenazado, sintió que habían invadido su casa. Solo podía hacer una cosa.

–Mañana te irás a un hotel en Phoenix si pretendes quedarte.

–Yo también me alegro de verte, hermano –dijo Ryan con suavidad–. ¿Quién es tu amiguita?

–Bella James, él es Ryan Carlson, mi hermano pequeño.

–Por cuatro minutos –puntualizó Ryan, derrochando encanto mientras se agachaba para besar la mano de Bella–. ¿Has oído aquello de que lo mejor siempre se deja para el final?

–Encantada de conocerte. Es una sorpresa –dijo Bella con gracia.

–No me digas que mi ultra responsable hermano mayor olvidó informarte de mi existencia –dijo Ryan–. Cuando los dos sabemos que está tan orgulloso de mí como yo lo estoy de él. Ven a dar un paseo conmigo, enséñame el conjunto residencial y podemos contarnos historias sobre Harvey. Es un joven tan refinado –dijo Ryan con sarcasmo.

–Lo siento, pero tengo algunas cosas que hacer. Me ha encantado conocerte, te veo en la cena –dijo ella y Harvey emitió un suspiro de alivio.

Era un respiro que ella se hubiese resistido a su hermano. Por supuesto Ryan lograría llegar a ella, pero no ahora. Quizás pudiese convencerlo de que se fuera antes de la cena o quizás pudiese convencer a Bella de que se fuera a visitar a alguien durante algunos días. Mantenerlos separados era crucial.

Vio a Bella subir a la planta de arriba y se giró hacia Ryan.

–¿Qué quieres?

–¿Qué quiero? Tan solo pasar un poco de tiempo de calidad con mi único gemelo. Hace siglos que no nos vemos. Estoy seguro de que sabrás que mi móvil tiene la función de reconocimiento facial y empecé a recibir alarmantes notificaciones sobre que mi cara había sido vista en una especie de telenovela americana de cuento de hadas con una chica de la limpieza. Los titulares están por todas partes, hermano. Imagínate cómo me hacen quedar.

–No pensé que te haría quedar de ninguna manera porque esto no tiene nada que ver contigo.

–Vas por ahí con mi cara, con mi apellido. No hay forma de que no me afecte. Imagina lo difícil que es encontrar a una mujer, aún en Europa, que no esté encandilada con esta comedia tuya. Se niegan a mirarme siquiera porque piensan que estoy loco por la chica de la limpieza. Nadie quiere entrometerse en nuestro amor.

–No se trata de ti. Admite que tienes un hermano gemelo y ya está.

–Eso no es muy justo de tu parte. Lo menos que puedes hacer después de restringir mis actividades de las últimas semanas es dejarme probar a tu novia. Es bastante apetecible. A pesar del lugar de donde proviene, aplaudo tu gusto clásico: rubia, ojos azules, cuerpo de anuncio de bikinis.

–No pensarás en serio que voy a dejar que te acerques a ella.

–Por supuesto que lo harás. Ya nos hemos intercambiado de lugar antes.

–Cuando éramos jóvenes y tontos. Esto es asqueroso.

–¿No echaste tu primer polvo con mi novia cuando teníamos quince años? Yo te la dejé y ella ni se enteró.

–Yo era joven, tonto, un idiota. Y no me acosté con ella, solo la besé. Fue cruel, lo he lamentado desde entonces, Ryan. Tú también deberías lamentarlo.

–Te la ofrecí porque sabía que te morías por ella y sentí que te estabas quedando atrás. Puede que no te hayas acostado con ella, pero tuviste la oportunidad de hacerlo. Ahora concédeme la cortesía, una década después, déjame saber lo que me he perdido.

–No. Y de todas formas ella nunca me confundiría contigo. No es una adolescente tonta, Ryan. Y es una persona, merece respeto, no es un juguete que nos podamos prestar.

–Ya veremos. Nos divertíamos mucho intercambiándonos las vidas. Ha llegado la hora de volver a esas prácticas.

–Fuera de aquí, Ryan. No puedo creer que hayas venido a mi casa a sugerir algo así.

–Siempre me lo he preguntado, ¿por qué no terminaste en aquella ocasión? Mi novia estaba lista y te esperaba. Y tú la rechazaste.

–¡Porque aquello no estaba bien! No sentía que estuviera bien. No le podía hacer eso. ¿Cómo pudiste prestarme así a tu novia?

–No me enseñes moral. No después de haberte follado a la chica de la limpieza cuando volviste de la universidad. Te aprovechaste de ella.

–No fue así. Ella tenía la misma edad que yo y teníamos una conexión increíble. Nos íbamos a fugar juntos pero papá lo impidió.

–¿Qué esperabas? Ibas a tirar a la basura todo tu futuro por un pedazo de trasero. Tienes mucha suerte de que papá le pagara para que se marchara y prometiera no volver a estar en contacto contigo nunca más.

–¡Yo la quería!

–Obviamente ella no sentía lo mismo si te dejó como lo hizo.

–¡Papá la obligó a abortar sin mi consentimiento! ¡Yo nunca obligaría a una mujer a hacer eso! Tiene que haberse sentido fatal, con el corazón destrozado. ¡Joder! Ni siquiera pude estar allí para consolarla.

–No, saltó ante la oportunidad de ganarse un buen dinero y no volver a verte.

–No sé ni por qué me sorprende de que seas tan rastrero, pero no te saldrás con la tuya. Fuera.

–¿Y cómo vas a echarme? ¿Le vas a decir a tu gente de seguridad que no le permita la entrada a alguien que tiene exactamente tu mismo aspecto? Un poquito complicado. ¿Cómo iban a saber de cual de los dos se trata? No soy de los que se quedan quietos para un escáner de retina.

–Joder, Ryan, vete. Se decente por una vez en la vida y sal de mi propiedad.

–No puedo. Mamá está de camino. Se quedaría desolada si me marchara antes de que llegue.

¿Cuáles eran sus opciones? No podía coger a Bella y escapar con ella. Tenía un trabajo y unas responsabilidades, pero su hermano no se saldría con la suya esta vez. La única alternativa era enfrentarse a él con valentía y esperar que la insoportable de su madre se llevara cuanto antes a su igualmente insoportable hijo.

–Y, por supuesto, está preocupada por la gente con la que sales. De verdad que es obsceno que otra vez te estés follando al servicio. Es tan obvio.

–Voy a llamar a nuestra madre.

–¿Para chivarte de mí? Buena suerte con eso, Harvey –se burló Ryan–. Mientras tú te quejas sobre mi injusticia con mamá yo estaré descargándome con tu dulce chiquita de la limpieza. ¿Se pone aquel pequeño uniforme tan mono?

–¡Déjala en paz! Ni te acerques a ella.

–Me cuesta creer que vaya a ser tan fría conmigo como piensas. También me pregunto cómo pretendes evitar que conozca a fondo a la mujer que has elegido para convertirla en mi cuñada.

Ryan caminó hacia la piscina y Harvey sacó el móvil para llamar a su madre. Oyó el tono de llamada justo mientras la puerta principal se abría. Dos hombres de seguridad llevaban su equipaje de Louis Vuitton bajo su supervisión. Llevaba el mismo peinado rígido, rubio hielo, que cuando él era pequeño. El abrigo de pieles era mortal con el calor de Arizona y ella lo dejó caer para que uno de los sirvientes lo atrapara y lo llevara a colgar.

–Harvey, cariño, ¿en qué lío te has metido ahora? Me lo ha contado tu hermano. Es espantoso que no llames a tu propia madre para anunciarle tu compromiso.

–Fue algo repentino, madre. Ryan se ha presentado como salido de la nada y ahora llegas tú también. Los dos tenéis que instalaros en un hotel. Hay varios muy bonitos en la ciudad. Búscate un spa, o un casino para Ryan. Llévatelo contigo.

–Y pensar que yo te di la vida, Harvey Carlson. Esto es absurdo. No te permitas hablarle a tu madre de esa manera, ¡es impensable que quieras echarnos a la calle!

–No se trataría de la calle precisamente. Volved a sacar su equipaje. Buscad a Ryan y sacadlo a él también. No os voy a alojar a ninguno de los dos. Tengo...

–Novia. Una sirvientita cursi, lo entiendo. Típico de ti, Harvey. No puedes ir en serio con ella.

–No es asunto tuyo.

–Por eso no me quieres aquí. Tienes miedo de que la juzgue.

–Sí. No quiero hacerla pasar por eso.

–Bueno, pues entonces sal con alguna chica respetable y no tendrás que volver a tener miedo de mí.

Harvey suspiró frustrado.

–¿Por qué no puedes dejar de tirarte al servicio? –preguntó su madre–. Al menos antes eran meros juguetes. Pero ahora... ¿de verdad te has enamorado de una de ellas?

–Sí.

Capítulo 18

Bella estaba en las escaleras escuchando a la mujer que era la madre de Harvey referirse a ella como sirvientita cursi. Suspiró. Era de esperar que una mujer rica no saltara de alegría ante la idea de que su hijo saliera con la chica de la limpieza. Sin embargo, creía que la mujer tendría más educación. Bella se fue a arreglar para la cena, echándole la culpa al sol y al aire caliente del globo aerostático de su dolor de cabeza. Nunca pillaba resfriados ni la gripe, pero quizás estuviese encubando algo. Se sentía débil.

Por ello, cuando Bella iba hacia el comedor y Ryan le ofreció el brazo ella lo aceptó más con tristeza que por amistad.

—¿Qué te parece el conjunto residencial? —le preguntó él.

—Es precioso.

—Debo admitir que mi hermano tiene una casa bonita, pero parece que no abandona las viejas costumbres. Cuando Harvey venía a casa en las vacaciones de la universidad... bueno... siempre se metía en líos con las chicas de la limpieza. Dejó a una embarazada en aquellos días. La despidieron, por supuesto, y creo que mi padre se hizo cargo de todo, le dio una cantidad de dinero estratosférica para que se deshiciera del bebé y desapareciera por donde se pone el sol. —Se encogió de hombros—. Los viejos hábitos nunca se pierden. A mi hermano siempre le ha caído bien la servidumbre.

—Quizás sea porque es gente sencilla y no niñas mimadas y altivas.

Él soltó su brazo, le hizo una reverencia bufonesca y la dejó en el pasillo, respirando con dificultad. A Harvey siempre le habían gustado las chicas de la limpieza, tenía un historial acostándose con ellas, incluso había dejado preñada a una y la había abandonado. Desde luego aquello le había dolido por serle tan cercano. Le temblaban las manos y se le cerró la garganta. Seguramente era el maldito virus que había pillado. O quizás estuviese desarrollando alguna alergia o algo raro.

La preciosa mesa del comedor estaba puesta con velas y Bella se sentó en una de las sillas, colocando educadamente las manos en el regazo. Ryan ya se había sentado cuando su madre entró del brazo de Harvey.

—Madre, quiero presentarte a Bella James. Bella, esta es mi madre, Sylvia Carlson.

—Seguro que estás encantada —dijo Sylvia con frialdad, mirándola de arriba abajo y sorbiendo la nariz con desdén—. Me muero por saber de tus fascinantes orígenes. ¡Eres tan sencilla! Cuéntame donde más has fregado suelos.

Bella tenía las mejillas en llamas y no sabía cómo contestar. Harvey entró al rescate.

—Cariño, debes disculpar a mi madre, siempre ha sido maleducada. Como tiene dinero, mucha gente se lo tolera. Pasa lo mismo con mi hermano.

—Nunca me he preguntado por qué no hemos vuelto a estar los tres juntos en la misma habitación desde Copenhague, hace seis años —dijo Sylvia con alegría—. Nunca nos reunimos sin que haya una

gran cantidad de alcohol del bueno. –Bebió a fondo su copa de vino y la ondeó frente al servicio para que se la rellenaran.

–Es verdad, desde Copenhague, ¿no? –dijo Ryan–. ¡Qué momentos! ¿No salías entonces con aquella pelirroja? ¿Cómo se llamaba? Nunca me acuerdo de los nombres de todas tus chicas, Harvey.

–No sé de qué estás hablando –gruñó Harvey, acariciándole la mano a Bella para infundirle seguridad. Ella lo miró con unos ojos que pedían que le dijera que se trataba de una broma extraña. Harvey meneó la cabeza–. Es solo una cena, podemos con ello –le susurró.

Ella enderezó los hombros. Si él la había rescatado de Marnie y Jade ella podía al menos permanecer a su lado mientras su horrible familia estuviera en la ciudad. Era justo.

Bella aguantó más recuerdos pretenciosos de gente rica (¡aquella vez que nos fuimos todos juntos a Lisboa a pasar la Navidad!) dándole tragos al agua en silencio. Le ofreció a Harvey una sonrisa de apoyo, intentando animarlo. Y por fin sirvieron los entrantes. Frente a ella había un aguacate perfectamente bien presentado, relleno con gambas rosadas. Sintió que le caían pequeñas gotitas de sudor por el cuello y la cara. Le dieron arcadas, boqueó y respiró con dificultad y vomitó allí mismo en la mesa. Cerró los ojos, parecía que no pudiera borrar de su vista ni sacar de su nariz aquella monstruosidad de aguacate con gambas.

–¿Estás bien? –le preguntó Harvey mientras el personal limpiaba y ella se ponía de pie con lágrimas en los ojos.

–Estoy bien. Lo siento. Es solo que... tengo un virus estomacal. Perdonadme.

Bella salió corriendo del comedor. Sintióse enferma y derramando lágrimas de humillación. Oyó el comentario de Sylvia mientras se marchaba.

–Más le vale a esa indigente no estar embarazada.

–Por supuesto que no lo está, madre –dijo Harvey, pero no salió a buscarla.

Bella se tumbó en la bañera llorando, preguntándose si un virus de estómago podía hacerla sentir tan floja, tan mareada si podía ponerle los sentimientos a flor de piel. O si Sylvia tenía razón.

Aquella noche, mientras estaba tumbada en su cama, preocupada y desolada con el estómago haciendo ruido, Harvey entró en la habitación.

–¿Te sientes mejor? –susurró.

Por primera vez desde que estaban juntos, Bella fingió que estaba dormida. No quería tener que enfrentarse a él con la sospecha de estar embarazada, ni tener que confesar llena de tristeza que había oído lo que su madre había dicho de ella, o que lo que Ryan le había contado sobre hacerle un bombo a la chica de la limpieza había vuelto a ser realidad. Se juró que si estaba embarazada no habría dinero en el mundo que la hiciera abortar. Él se marchó en silencio y ella no dijo nada.

Capítulo 19

A la mañana siguiente Bella se levantó temprano y fue a la farmacia más cercana. Sabiendo que la prensa podía reconocerla en cualquier parte tuvo la precaución de ponerse una sudadera con capucha, pantalón de chándal, gafas oscuras y una gorra de béisbol. Echó un montón de revistas y Dramamine en su cesta, un bálsamo de labios, crema para las manos y champú para ocultar el pack de tres tests de embarazo que había ido a comprar. Pagó en la caja, manteniendo la vista fija en el datáfono, marcando los números correctos de la tarjeta, sin mirar a la cajera en ningún momento. Odiaba que la gente fuera así cuando trabajaba en la tienda de veinticuatro horas, eran todos unos snobs, se creían demasiado buenos para decirle hola a la cajera, pero ahora pensaba que quizás tan solo tuviesen algo que ocultar.

Bella temía volver al conjunto residencial y pensó en llamar a Greta para ver si podía ir a su piso para hacerse la prueba de embarazo, pero entonces Harvey se enteraría. No debía ser nada, una falsa alarma. La única vez que había echado pis sobre un palito tenía diecinueve años y había salido negativo. No había ningún motivo para que la gente que había en su vida supiera que estaba paranoica y que había creído estar embarazada por un simple comentario maleducado de la madre. Seguro que era un virus de estómago. Después de todo se había sentido débil por la mañana, ni siquiera había comido nada. El olor a café hizo que sintiera ganas de vomitar en cuanto entró por la puerta trasera de la mansión. Subió a su habitación, se encerró en el baño y meó sobre los palitos, alineándolos en la encimera de mármol como algo terrorífico.

Hojeó las revistas que había comprado, pasando las páginas tan solo para descubrir que eran unas horribles revistas de cocina llenas de fotos de estofados. Las tiró a la basura, se negaba a mirar el resultado de las pruebas hasta que sonara la alarma del móvil.

Cuando finalmente miró, con cautela, con cuidado, por el rabillo del ojo, vio seis pequeñas líneas azules, dos en cada pantalla, que la señalaban acusándola: embarazada. Embarazada. Embarazada.

Bella se puso la mano en el abdomen en un gesto protector, dejó caer la cabeza y se puso a llorar. Pobre bebé. Inesperado e imposible. No había forma alguna de que Harvey, el señor No-estoy-listo-para-sentar-cabeza quisiera jugar a las casitas con ella cuando fueran tres con el bebé. Le horrorizaba que hubiese ocurrido algo así, que se hubiera dejado llevar, que hubiese sido tan despreocupada para echarlo todo por la borda con Harvey Carlson. Ahora iba a ser madre. Tenía que ser mejor por el bien del bebé, nada de decisiones descuidadas e impulsivas. Tenía que usar todo su buen juicio y elegir bien para su hijo. Después de todo, ella era lo único que tenía ese bebé. Bella envolvió los tests de embarazo en metros y metros de papel higiénico y los tiró a la papelera.

Cerró las cortinas, apagó la lámpara y se metió en la cama. Acurrucándose entre las mantas, lloró y lloró. Cuando Harvey fue a verla por la tarde ella le dijo que tenía un virus estomacal y le pidió que la disculpara con su madre.

—Vale. Cuídate. Si te sientes mejor más tarde baja con nosotros —Harvey le dio un beso en la mejilla y la dejó allí, en la oscuridad, con instrucciones de que llamara al servicio si necesitaba agua con gas o galletas saladas.

Ojalá las cosas fueran tan sencillas, pensó ella con tristeza. Ojalá el agua con gas pudiera arreglar sus problemas. Ojalá arreglara a la mala y snob de su madre, al falso de su hermano con sus revelaciones molestas sobre el pasado de Harvey, o a la empeñada determinación de Harvey de no sentar cabeza tan joven. Ojalá pudiera rebobinar las últimas veinticuatro horas y sentirse feliz con su embarazo, contárselo a Harvey entusiasmada, sin saber que no es la primera chica de la limpieza a la que le había hecho un bombo. Entonces estaría feliz y relajada, en vez de estar llena de miedo.

Quizás debiera intentar hacer las paces con la familia de él ahora. Estaban en la planta de abajo, esperando verla. Podía al menos ponerse un vestido y bajar a saludar, excusándose de la cena con el pretexto del virus estomacal. Si veían cuánto quería a Harvey, que no estaba con él por su dinero, quizás rebajaran el tono de ataque. Quizás resultara que eran gente decente, gente que podía alegrarse por ellos cuando llegara el bebé. Intentó imaginar a Sylvia presentándose en el hospital con un enorme oso de peluche y una caja de ropa bonita para el bebé, pero era pedirle demasiado a su imaginación. De todas formas se puso un vestido, sandalias y bajó a verlos.

Se detuvo frente a la puerta del comedor, donde seguramente estaban disfrutando del postre. Le rugía el estómago al pensar en las fantásticas creaciones de Fabrice. Con una mueca de dolor, intentó recomponerse y escuchó –se esforzó en hacerlo– las voces dentro de la sala.

–Entiendo tu protesta, hijo, lo único que digo es que más vale que no hayas vuelto a dejar preñada a una chica del servicio. Piensa en todo el dolor de cabeza que nos va a dar pasar por las cortes. Tendríamos que hacer todo el papeleo para asegurarnos de que el niño esté con nosotros, antes de que esa basura blanca de su madre pueda corromperlo. Ningún Carlson se va a criar en una caravana en Kentucky.

–Arkansas, madre, y esa no es una opción. Ya te lo he dicho, no es mi prometida. La contaré para que fingiera.

–Así que es una chica contratada. Nada más.

–Al principio, pero...

–No pudiste mantenerte la polla guardada.

–No podía parar de pensar en ella. Es increíble. Si la conocieras la adorarías.

–Resumiendo, te acuestas con ella. Así que podría estar embarazada.

–No lo está. Además, si lo estuviera podría comprar su silencio. Si le ofrezco un millón de dólares firmará lo que le pida. La tengo completamente controlada, te lo aseguro.

–¿Tanto confías en tus encantos, Harvey? –oyó a Ryan decir.

–Está embobada conmigo. De todas formas no es un problema porque no está embarazada. Es todo un montaje para que el consejo de Bellingford vuelva a estar bajo mi control. Es una mujer a la que he contratado, nada más. De todas formas, si estuviera embarazada, yo podría asegurar muy fácilmente a un hipotético niño. No hay motivos para preocuparse tanto, madre –dijo, sonando exasperado.

Bella se llevó las manos a la tripa para protegerla. Las lágrimas partieron sus mejillas. Sacudió la cabeza, subió corriendo las escaleras y empezó a guardar lo necesario en la bolsa de lona con la que había llegado de Arkansas. Todas sus cosas entraron allí, unas cuantas de las que Greta le había ayudado a elegir, más su nuevo maquillaje y el brazalete de diamantes que le habían regalado en la subasta de beneficencia. El ordenador portátil que él le regaló para que hiciera el trabajo de la universidad. Miró con pena tanto el smartwatch como el móvil que Harvey le había regalado. Podían tener localizadores por GPS, así que los dejó.

Le escribió una carta a Harvey, por si acaso le importaba lo suficiente como para leerla.

Estimado Señor Carlson,

Aunque aprecio su generosidad al haberme pedido que fingiera ser su prometida, ya no puedo continuar. La falta de honestidad es demasiado para mí y sé que no hay nada verdadero entre nosotros. Conocer a su familia me ha hecho ver que no encajo aquí y nadie, ni siquiera la prensa, podría creer que íbamos en serio. Estoy segura de que no tendrá ningún problema en encontrar una sustituta a la que le queden mis zapatos. Los he dejado todos en el armario para su próxima chica.

Le deseo lo mejor para sus negocios y para su vida.

Considere esta carta como mi renuncia con efecto inmediato.

Su antigua empleada:

Bella

Dejó la nota en la cama recién hecha. No tenía ningún sentido decírselo a él en persona. A Harvey ella no le importaba. No era sino alguien con quién divertirse mientras tuviese que fingir que era un hombre comprometido. La conversación que Bella había escuchado destruyó sus ilusiones por completo. La esperanza romántica de que él correspondiera a su amor, de que pudieran acabar juntos, había desaparecido. Lo único que podía hacer era escapar antes de que Harvey le quitara lo que más le importaba: su bebé.

Bella no tenía ninguna duda de que tenía que marcharse y rápido. Si se quedaba Harvey descubriría que estaba embarazada tarde o temprano y entonces habría una batalla legal o algo que le impidiera marcharse. Estaría atrapada hasta que diera a luz y le quitarían a su bebé. Aquella familia tenía muchísimo dinero para pagar a todos los abogados del mundo hasta demostrar que ella no estaba preparada para la maternidad. Ella no tenía recursos, ni abogado, ni siquiera una familia ni un título para demostrar que era competente. ¿A quién iba a poder llamar como testigo a su favor? ¿A su padre que apostaba y se emborrachaba? ¿O a su madre, que la abandonó cuando era niña? No tenía un trabajo estable ni ningún medio para mantener a un hijo. Cualquier juez estaría loco si dejara al niño en sus manos en vez de con la familia rica del padre, que podía darle una vida más estable y próspera.

Por ningún motivo renunciaría a su hijo. Ya amaba a su bebé. Había querido a Harvey con todo su corazón y él no había querido ese amor, así que ella lo desviaría hacia su hijo. Hacia el bebé que habían hecho juntos. Lo querría tanto que compensaría todas las equivocaciones, todas las desventajas de nacer como “basura blanca”, tal como había dicho Sylvia. Pensaba terminar su licenciatura, conseguir un trabajo y cuidar de su hijo. Tendrían una buena vida juntos. Bella ya se imaginaba arrullándolo para dormir, cantándole nanas. Se le escapaban las lágrimas cuando se imaginaba llevando al bebé a la biblioteca para sacar un libro de rimas de la Mamá Ganso para leérselas.

Había pagado las tasas de la universidad para todo el curso. Solo tenía que terminar las asignaturas y, con un bebé a su cargo y un trabajo a tiempo completo —algo necesario—, iba a llevarle bastante tiempo acabar la carrera. Salvo que pudiese vender el brazalete de diamantes por una cantidad que le permitiera quedarse en casa con su bebé durante algunos meses para concentrarse en el trabajo de la universidad. Podía trabajar mientras estuviera embarazada, ahorrar y compartir piso con su hermana Madison. Todo iba a salir bien. Solo tenía que tranquilizarse y pensar con la cabeza fría.

Corrección: tenía que salir de donde estaba y luego tomarse un tiempo para pensar. Cogió las llaves del Corvette.

Dudó acerca del coche. No tenía derecho a llevárselo, era propiedad de la prometida de Harvey y esa NO era ella. Sin embargo era la forma más rápida de salir de la ciudad. Se escabulló por la

puerta de la cocina, echó la bolsa en el coche y se marchó. Vendió el coche en Phoenix, en el mismo concesionario en el que lo habían comprado e ingresó todo el dinero en el banco más cercano. Luego subió todo el trabajo de la universidad a la nube y limpió el disco duro del portátil para empeñarlo. Le encantaba, pero podían rastrearlo con tanta facilidad como a un móvil o a una tablet.

En el aeropuerto se compró una botella de agua y se sentó a bebérsela porque recordó que había leído en algún sitio que las mujeres embarazadas tienen que beber mucha agua. Iba a empezar a llevar una vida más sana y ese era el primer paso; dejar atrás Arizona y todos sus recuerdos. En una hora se encontraba en un avión con destino Tulsa. Por suerte nunca le contó a Harvey que tenía una hermana pequeña ni le habló de su conexión con Oklahoma. Si quería buscarla no podría encontrarla.

Todo había sido solo un montaje, eso era lo que él le había dicho a Sylvia. Bella sabía que no significaba nada para él. No había ningún motivo para que él la buscara ni para que intentara perseguirla. Todas las precauciones que había tomado al marcharse habían sido para nada, pura paranoia. Harvey no quería nada de ella. Y mientras no se enterara del bebé, nunca la buscaría. Bella pensó en lo horrible que sería si él se enterara y fingiera amarla, si quisiera estar con ella solo para esperar hasta que diera a luz. Luego entraría como un villano de una película antigua para robarle a su bebé. Podría irse a Europa o a Tailandia, ella nunca los encontraría, especialmente al no tener dinero para pagar detectives y abogados todopoderosos. Estaba en total desventaja al haberse involucrado con alguien tan rico y poderoso.

Harvey Carlson no la quería. Se lo repetía una y otra vez en el avión con los ojos apretados. ¡Qué diferente era aquello al avión privado a México! Los días en el yate, las noches en la mansión, todo había quedado muy lejos. Eso era lo que les ocurría a las chicas como ella cuando apuntaban demasiado alto. Se quedaban embarazadas y solas. Harvey nunca querría criar a un niño con ella, ¡con una empleada! El “montaje” era para asegurarle una buena evaluación por parte del consejo de dirección, no para traerle pañales, biberones de madrugada y toda una vida de amor y preocupaciones. Si Bella hubiese pensado por un solo instante que Harvey le había mentado a su madre le habría contado la verdad. Pero no podía poner en riesgo a su hijo por una diminuta posibilidad de que Harvey hubiese deseado en serio una vida juntos.

¿No había dicho que no estaba listo para sentar cabeza? ¿No había oído ella misma todas aquellas malditas palabras en el comedor mientras él hablaba con su hermano y su madre? Había más posibilidades de que le dijera la verdad a ellos que a una chica a la que contrató para representar un papel. Ningún niño Carlson crecería en una caravana, había oído cómo Sylvia lo decía. Bueno, pues este no iba a ser un niño Carlson. Sería un niño James, como ella. Sería suyo y sería el niño más deseado y más querido del mundo. Nunca sabría que tenía un padre que no los quería, ni a él ni a su madre, que existía un hombre que se lo habría querido llevar. Bella no dejaría que eso ocurriera. Cuando el bebé tuviese edad suficiente le diría que su padre había muerto en un accidente de coche. Que ella había estado tan triste que había roto todas las fotos, pero que su padre lo quería muchísimo y sabía que eran una familia con o sin él.

No, nunca podría contarle semejante mentira. Bueno, ya vería qué le contaba cuando llegara el momento. Pasarían años antes de que el niño empezara a preguntar.

Estaba sentada en el avión deseando tener la foto que había hecho el día anterior en el globo aerostático; ¿cómo podía ser tan solo ayer? ¡Tantas cosas habían cambiado! Aquel momento congelado en el tiempo en el que habían sido felices juntos se había perdido para siempre. Ahora estaba sola y embarazada y lo mejor era que dejara de pensar en un hombre que no podría tener jamás. Un hombre cuyo único interés sería quitarle al bebé que habían hecho juntos.

No, ella nunca permitiría que la obligara a abortar ni daría a su bebé en adopción, tampoco le cedería jamás a su valioso hijo a Sylvia con su millonaria familia para que fuera criado por niñeras. No contemplaba ninguna de esas opciones. La única opción que le interesaba era tener a su hijo y criarlo ella misma.

Bella no tenía otra opción.

Si quería conservar a su hijo tenía que escapar antes de que alguien descubriera la verdad.

Se tocó la tripa.

–Te quiero, querido hijo o hija. No quiero separarte de tu papá, pero no tengo otra opción. Lo hago por ti, para que estemos juntos.

Una lágrima rodó por su mejilla. Quería que Harvey supiera, aunque le daba miedo pronunciar las palabras, que él había sido el único hombre al que ella había querido, el único al que querría durante el resto de su vida.

Fue la decisión más difícil que tuvo que tomar.

Continuará...

Si te ha gustado esta historia y quieres que siga escribiendo, por favor déjame un comentario. Muchísimas gracias. Una línea es más que suficiente. Gracias. No te imaginas cuánto aprecio vuestros comentarios.

Visita a Sierra Rose en: www.authorsierrarose.com



Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com